





El Lago de Carucedo  
(tradición popular)

BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO  
Volumen II

- © *El Lago de Carucedo*, de Enrique Gil y Carrasco, Paradiso\_Gutenberg, 2014.  
© *Introducción*, Francisco Macías, 2014.  
© *Ensayo de una novela*, Michael P. Iarocci, 2014.  
© *Tema y leyenda en El Lago de Carucedo*, Paz Díez Taboada, 2014.  
© *Cuento y drama romántico*, Borja Rodríguez, 2014.  
© *La dama del Lago*, Valentín Carrera, 2014.  
© Fotografías, Pepe Esteller, *in memoriam*, 2014.

1ª edición en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO 1815-2015,  
al cuidado de Valentín Carrera y Francisco Macías.

Portada: Fragmento de *El bosque de Fontainebleau*, Jean-Baptiste-Camille Corot,  
1834, óleo sobre lienzo, 175,6 × 242,6 cm. National Gallery of Art, Washington.

Diseño portada y colección: Denis Fernández Cabrera, Sacauntos.

Esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO ha sido posible gracias a  
una generosa beca de la *Fundación Carmen Rosa Carracedo*, cuyo mecenazgo  
agradecemos.

Obra Completa: ISBN 978-84-941762-9-6

Volumen II, *El Lago de Carucedo*: ISBN 978-84-941762-1-0

Dep. Legal C 558-2014

Esta obra no puede ser reproducida total ni parcialmente sin la autorización de los  
propietarios del copyright.

**Paradiso\_Gutenberg**



[www.bibliotecagilycarrasco.com](http://www.bibliotecagilycarrasco.com)

# EL LAGO DE CARUCEDO

BIBLIOTECA



GIL Y CARRASCO

Paradiso\_Gutenberg



## Prólogo: Algo más que un libro más



**E**n los alrededores de un apacible y misterioso lago, el de Carucedo, Enrique Gil y Carrasco situó esta su novela, no menos misteriosa y quizás nada apacible. Tiene el lago que da nombre a la novela un origen desconocido: que si los romanos, que si la desglaciación, que si los lloros de una princesa, que si... Nace con misterio para contagiárselo a la novela de Enrique Gil, *El Lago de Carucedo*.

Una primera lectura nos desconcierta, nos descoloca. *El Lago de Carucedo*, de agradable lectura, muestra todas las características de la obra de Gil: su gusto por lo histórico, las descripciones, el amor al Bierzo, el espíritu observador y crítico, y su carácter sentimental.

Pero nos descoloca porque el atrevimiento del autor con su estructura novelística, e incluso con los episodios históricos introducidos, nos hace sospechar que estamos delante de una obra distinta, quizás misteriosa.

Su trama erótico-religiosa, distraída con episodios históricos; la introducción del viejo truco del “manuscrito encontrado”, que demuestra que Gil y Carrasco conocía la tradición literaria; la maestría en el análisis psicológico de los personajes en este relato sentimental; la transgresión del orden establecido, del compromiso religioso; el carácter transcendental de la escenografía, con la ilustrativa presencia de la diosa Diana; la caracterización como vengativo de Dios... Todo esto, y mucho más, hacen de *El Lago de Carucedo* una novela merecedora de mayor atención que la que le hemos dedicado hasta ahora.

Alguien la ha calificado como “parábola descreída”, otros como “un encantador disparate”. Pero debemos desconfiar de nuestras propias palabras, pues el autor villafranquino era una persona culta, reflexiva, informada, atenta a su época... un autor que no parece inconsciente, más bien todo lo contrario.

Su posición valiente ante la religión dominante en la época, nos lleva a sospechar de la existencia de claves en su escritura. La innovación que supuso su obra dentro del Romanticismo, anticipándose a Rosalía de Castro o Gustavo Adolfo Bécquer, hacen de Gil y Carrasco un rupturista, un escritor profundo.

Es así que esta obra de Enrique Gil y Carrasco, *El Lago de Carucedo*, tal como el resto de su escritura, deberían seguir siendo estudiadas. Aplaudimos la inclusión en este segundo volumen de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO de los estudios de tres prestigiosos especialistas, Paz Díez-Taboada, Michael Iarocci y Borja Rodríguez Gutiérrez, pues gracias a ellos comienza *El Lago de Carucedo* a ser considerado un texto bien complejo e interesante que, sin embargo, se lee con facilidad y gozo.

FRANCISCO MACÍAS  
LAGO, MARZO DE 2014

## Introducción a una novela ¿satánica?

VALENTÍN CARRERA

### 1. La dama berciana del lago

En 1825 el músico vienés Franz Schubert compuso el lied *Ellens dritter Gesang* (*Tercera canción de Ellen*), inspirada en el poema épico *The Lady of the Lake*, que Walter Scott había escrito unos años antes. En el poema de Scott, Ellen Douglas, la dama del lago, se esconde en la Cueva del Duende para evitar la venganza de un rey malvado. Allí, la dama canta un salmo a la Virgen María, invocando su ayuda, pero su protector, Roderick, ocupado en la batalla, no oye su plegaria. Este *lied*, *op. 52* de Schubert, fue posteriormente adaptado y hoy se conoce popularmente como “el Ave María de Schubert”, pero la oración latina [“Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus...”], apenas tiene que ver con el poema original [“Ave María, mansa doncella...”, traduce la web *Infocatolica*].

Quince años después, en 1840, un escritor romántico, culto, informado, atento a las novedades literarias de su época, lector y admirador de Byron y de Walter Scott, el novelista berciano Enrique Gil y Carrasco, escribió su propia versión –indígena, podríamos decir– de la leyenda del lago, motivo que tampoco inventó Scott y que aparece de modo constante en la literatura en forma de sirenas, ondinas, templos, palacios y ciudades sumergidas, como seguidamente documenta Paz Díez-Taboada.

La dama del lago de Gil y Carrasco se llama María y su amante, diríase vecino de Priaranza del Bierzo, Salvador. Toda la novela corta es “un laboratorio de ensayo”, dice Iarocci, plagada de guiños que

anticipan *El Señor de Bembibre*: igual que el futuro don Álvaro Yáñez, aparece un don Álvaro Rebolledo, señor de Cornatel; una doña Beatriz de Sandoval y un maestro don Rodrigo, aunque no es templario, sino de la Orden de Calatrava. El autor prueba en estas páginas técnicas y escenas que luego desarrollará en su novela monumental: Cornatel como decorado natural desde el que don Álvaro amenaza con tirar a Salvador “desde lo alto del castillo”, las Médulas y la Guiana; o el propio final de la leyenda en el mismo lago donde pocos años después doña Beatriz de Osorio pasará su melancolía. Las dos obras comparten un trasfondo de órdenes de caballerías y guerras moras y hasta expresiones: «una tarde de marzo» se transforma en el famoso inicio de *El Señor de Bembibre*, «una tarde de mayo».

Por su argumento, esta novela del lago es, ciertamente, un disparate, encantador, eso sí. Gil y Carrasco sitúa la acción a finales del siglo XV, lo que luego se concreta en torno a 1492, pues Salvador, tras participar en la toma de Alhama, está nada menos que en la conquista de Granada, lo que permite al autor propiciar un encuentro entre Salvador Téllez y Cristóbal Colón. Sin reparar en gastos, Gil y Carrasco embarca al protagonista en la carabela de Colón en su primer viaje a las Indias, y ¡lo convierte en Rodrigo de Triana! Es Salvador quien ve y grita por vez primera, «¡Tierra!». Un berciano tenía que ser, aunque berciano adoptivo; con ironía, el novelista nos hace saber unos párrafos después que Salvador es hijo bastardo de don Pedro Girón, personaje histórico, que en efecto fue maestro de Calatrava, conde de Osuna, señor del castillo de Peñafiel y no sé cuántas cosas más que en nada interesan a la historia y forman parte colateral del despropósito carrasquiano.

Hechas las Américas, Salvador regresa al Bierzo, profesa en el monasterio bernardo de San Mauro de Villarrando y, paseando sus melancolías –trasunto autobiográfico–, encuentra a una virgen loca, su amor imposible, María. El final se precipita con un castigo divino: «una horrible catarata», la riada mortífera que arrasa el convento y ahoga a los desdichados amantes; en fin, el diluvio universal berciano.

Si el argumento es exótico, la geografía de la novela es precisa y muestra la cercanía berciana de Enrique y su vasto conocimiento del territorio: Villarrando, Cornatel, La Palomera, Foy de Barreira, praderas de San Mauro, hondonada del Naranco, Carracedo, San Miguel de las

Dueñas, Peña Rubia... sabemos que el autor escribe *El Lago de Carucedo* en el verano de 1840, tras una detenida estancia en la comarca, por motivos de salud.

La lectura de *El Lago de Carucedo* se convierte así en un paseo literario, o una literatura que invita a pasear; en ello reside el carácter berciano, y por tanto universal, de la obra y su valor perenne; mientras al lector de hoy le resulta inverosímil la trama feudal, la lectura contemporánea pone el paisaje de fondo en primer término. Se invierte el enfoque, no en vano Gil es considerado –véase Azorín– el mejor paisajista español. Son el lago, y las aldeas de Lago y Villarrando, y la escenografía prodigiosa de la Palomera en Las Médulas, los verdaderos personajes de la trama, los protagonistas del viaje por El Bierzo que nos sugiere y regala siempre Enrique Gil y Carrasco.

Como telón de fondo, los amores prohibidos de Salvador y María contienen una carga profana, casi satánica: “*El Lago de Carucedo* –dice en la tercera *Lectura* de este volumen Borja Rodríguez– es el drama romántico subversivo: el amor destruido por un destino injusto. Amor puro, cuya falta provoca la locura y la rebelión. Rebelión total y absoluta contra la religión y contra Dios, en la que la imagen de la Virgen se transforma en una burla más de una divinidad inmisericorde”.

El resumen es sencillo: Salvador y María se dirían cristianos de libro, piadosos, virtuosos, sufridos, se pasan la vida rezando, nacen, crecen y mueren en conventos, en los que incluso profesan: Salvador a los 33 años, la edad de Cristo. Su buenísima conducta, su piadosa fe, tienen como premio un destino cruel, un terrible castigo divino. ¿Cómo creer en un Dios tan sin entrañas? Gil y Carrasco se vale de la ironía –todo el relato es una parábola descreída– para expresar su radical incredulidad religiosa y, de paso, con ese final en el que muere hasta el apuntador, su propia desesperación personal.

Por el camino se permite todas las licencias: convierte a María, la doncella virgen, en la Virgen María. *La Dolorosa* de Durero, que Salvador contempla en su celda con idolatría, en realidad ¡tiene las facciones de su novia, María de Quirós!, a la que convierte en medio bruja, medio loca, «maga». Nótese, además, que ese Dios cruel que pinta Gil –o dígame el destino, si el lector prefiere– se venga en dos inocentes nacidos del pecado, pues Salvador y María, a los que

conocemos en una especie de Arcadia pastoril a orillas del bucólico lago, son dos frutos bastardos de uniones prohibidas.

Es la justicia divina, a destiempo: “No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague”, escribe Gil y Carrasco hacia el final del relato, citando a Tirso de Molina, que a su vez se inspira en la tragedia griega.

Como un don Quijote que ve claro al final de sus días, Salvador Girón y Sandoval se rebela contra su destino, es decir, contra Dios, al que desafía arriesgando la eternidad y pierde la apuesta: no conseguirá permanecer junto a su amada, que asciende a los cielos en forma de cisne: esta ascensión de la Virgen paganizada es la última ironía de Enrique Gil, quien, un poco arrepentido, se apresura a advertir que todo esto se cuenta en aquel país, El Bierzo, y yo os lo cuento como me lo han contado, nos viene a decir al final justificándose, “despojado de la hojarasca teológica de mi tío Atanasio el cura”.

## 2. Lecturas sobre el *Diluvio Universal berciano*

Tras la novela, en la segunda parte del libro los lectores interesados en profundizar en la obra de Gil, en su discutible sentimiento religioso o en las leyendas de la ciudad sumergida, encontrarán *Lecturas*, donde se incluyen valiosas aportaciones, con diferentes puntos de vista que componen un poliedro mitológico, histórico, geográfico, literario y musical, que de todo ello hay en la leyenda de *El Lago de Carucedo*.

Figura, en primer lugar, el imprescindible ensayo *Tema y leyenda en el Lago de Carucedo*<sup>1</sup>, de la profesora Paz Díez-Taboada –especialista también en Bécquer y Valle Inclán–, a quien los estudios gilianos deben otras dos sólidas contribuciones: su excelente edición y estudio de *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*<sup>2</sup>, y el ensayo *En el tren. Impresiones y sensaciones de Enrique Gil y Bécquer* [que se incluye en el volumen VII, *Último viaje. Diario*, de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO].

Paz Díez, escritora y poeta gallega, emparentada con León y El Bierzo, nos ha ayudado con sus opiniones y generoso estímulo. La

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, tomo XLIII, Madrid, 1988, que publicamos aquí por cortesía de la autora.

<sup>2</sup> Breviarios de la Calle del Pez, León, 1985 y volumen III de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, 2014.

lectura de este ensayo incardina la novela corta de Enrique Gil en una extensa tradición universal, la leyenda de la ciudad sumergida, “que no cumplió con el sagrado deber de la hospitalidad”, arrasada por castigo divino –Gil escoge un *Diluvio Universal* berciano–, tema común a muchas culturas europeas para “dar una explicación religiosa a fenómenos naturales catastróficos que resultaban inexplicables”.

En *Tema y leyenda en el Lago de Carucedo*, y en otra obra de deliciosa lectura, *Relatos populares del mundo*, Paz Díez sigue el hilo que va desde el mito de Filemón y Baucis, contado en las *Metamorfosis* de Ovidio, hasta las recreaciones más recientes de Lovecraft en *Los mitos de Cthulhu* [1919], pasando por el relato oral *A Lagoa de Cospeito*. “Además de Ovidio y la épica francesa, a [esta leyenda] se refirió ya Platón en *Timeo* y *Critias*, relacionándola con los mitos del *Diluvio* y la *Atlántida*; aparece en la *Gética* de Jordanes (s. VI) o en (...) *Las mil y una noches*; modernamente, el bretón Renan se refirió a la leyenda de la ciudad de Is (...) y, además del estadounidense Lovecraft, la han tratado Gil y Carrasco, Unamuno o Casona”.

Advirtiendo el carácter experimental de esta primera narración, Paz Díez subraya: “La obra posee una evidente falta de unidad estructural, lo que la hace aparecer como un ejercicio de narraciones yuxtapuestas, no obstante lo cual, es de agradable lectura. En ella se manifiestan los cinco aspectos más destacados de la personalidad literaria de Gil: su amor a El Bierzo, su gusto por lo descriptivo y por lo histórico, su carácter sentimental y su talante crítico y observador”.

Este carácter experimental de la primera novela de Gil ha sido explorado detenidamente por el hispanista Michael Iarocci [Department of Spanish&Portuguese, University of California, Berkeley], especialista en el Romanticismo y uno de los principales estudiosos de Gil. Iarocci contribuye a las *Lecturas* de este volumen con el análisis de *El Lago de Carucedo* como auténtico laboratorio de trabajo y experimentación, en el que Gil ensayó los temas y las técnicas que luego perfeccionaría en *El Señor de Bembibre*: “El relato es en realidad una serie de experimentos, un borrador en el que el autor da sus primeros pasos como novelista; y la obra representa en este sentido un vehículo de transición entre sus composiciones líricas y su futura novela”.

En tercer lugar, se incluye *Cuento y drama romántico en El Lago de Carucedo*, de Borja Rodríguez Gutiérrez, estudioso del cuento español<sup>3</sup>, catedrático de Lengua y Literatura Española en Santander y coordinador del Grupo *Lazarillo* de la Universidad de Cantabria. El ensayo de Borja Rodríguez nos aporta una visión de Enrique Gil y de su novela corta radicalmente distinta a las anteriores, abordando sin complejos la cuestión de su religiosidad. En la introducción a *Poesía*<sup>4</sup>, abordamos la cuestión: Gil no es creyente ni profesa la fe católica –que él mismo confiesa y, en cierto modo, lamenta haber perdido<sup>5</sup>–; pero tampoco sigue a sus amigos ateos: su sentimiento religioso es panteísta, su única certeza es la duda.

En el prólogo a *Obras en prosa*, amigos tan cercanos como Joaquín del Pino y Fernando de la Vera lamentan esa pérdida de fe y que Gil se dejara influir por el espíritu doceañista, hostil a la Iglesia. Sabemos que será difícil rasgar el velo piadoso y confesional que durante siglo y medio han tejido muchos autores –desde los mencionados amigos, piadosos ellos mismos, hasta Picoche–, pero son tantas las evidencias que, antes o después, el velo caerá. Borja Rodríguez lo descubre aquí ante el lector sin contemplaciones, a propósito de *El Lago*, que considera novela casi satánica. “No hay en esta obra ningún resquicio por el cual se proceda a una interpretación del destino como acorde con la religión católica. (...) Rebelión total y absoluta contra la religión y contra Dios, en la que la imagen de la Virgen se transforma en una burla más de una divinidad inmisericorde”.

¿Es este lago, lugar predilecto de Gil, “un escenario de recogimiento que conduce al éxtasis, un camino místico que ha de llevar a María y a doña Beatriz al cielo, una representación del alma de Enrique Gil”?, como escribe José Luis Suárez Roca<sup>6</sup>. ¿Vivía Gil en 1840, aún recientes las muertes de su padre, su amigo Guillermo y su amada Juana, un

---

<sup>3</sup> Véase su *Antología del cuento romántico*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2012.

<sup>4</sup> BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen I.

<sup>5</sup> “Todas esas luces no llegan sino por medio de una espesa niebla hasta mis ojos; yo he querido, como tantos otros, buscar la ciencia y la verdad por mí mismo; *de las creencias que nunca debiéramos ya no perder, sino ni aun arriesgar, me queda lo que de salud resta a los enfermos*”, escribe camino de Berlín. *O. C.*, p. 364. La cursiva es nuestra.

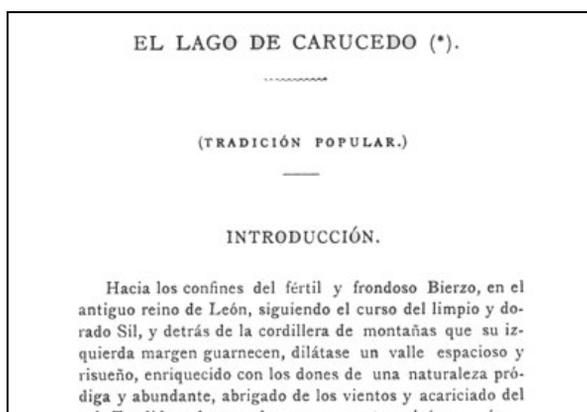
<sup>6</sup> Suárez Roca, *Enrique Gil y Carrasco*, p. 42.

momento de ceguera religiosa y desesperación, como quieren sus bondadosos amigos? ¿Se había instalado Enrique en el nihilismo y la tentación de suicidio que narra en clave autobiográfica dos años antes en *Anochecer en San Antonio de la Florida*? ¿O realmente había perdido ya la fe católica, en contacto con los círculos masónicos que lideraba su íntimo amigo Espronceda y ensaya aquí, de modo irreverente, su primer desafío a los cielos?

El breve artículo final, *La dama berciana del Lago*, visión más personal de Valentín Carrera, comparte la perspectiva heterodoxa de Borja Rodríguez y sugiere otra lectura posible, políticamente incorrecta, de esta novela radicalmente innovadora y actual. Haga el lector su propia lectura de la leyenda y, sin anteojeras, saque la conclusión que buenamente le parezca, que todo será posible en Gil, pues su filosofía y su obra no son simples, sino ricas en matices, profundas.

### 3. Las ediciones anteriores

*El Lago de Carucedo*, que Enrique Gil subtitula «tradición popular», fue escrito en la primavera de 1840 y se publicó en cuatro entregas consecutivas en el *Semanario Pintoresco Español*<sup>7</sup>. En 1883, se incluyó en el primer volumen de las *Obras en prosa*, coleccionadas por Joaquín del Pino y Fernando de la Vera y, setenta y un años después, en las *Obras Completas* [edición de Jorge Campos, B. A. E., 1954].



<sup>7</sup> Núms. 30, 31 y 32, de 19 y 26 de julio y 9 de agosto de 1840, respectivamente. Picoche, p. 43 y ss. y p. 381.

En ambas ocasiones, *El Lago* figura a continuación de *El Señor de Bembibre*, error que induce a una confusión generalizada; algún lector inadvertido podría deducir que esta novela corta es posterior a la gran novela templaria o un apéndice de la misma, cuando es a la inversa.

*El Lago de Carucedo* [1840] es anterior a *El Señor de Bembibre* [1844] y, además, es un precedente claro de la novela templaria, algo así como un ensayo general en el que –como vieron Picoche y Paz Díez, y ha estudiado recientemente desde Berkeley el profesor Iarocci–, Gil experimenta temas y técnicas narrativas, “una experiencia utilísima para Gil”, dice Picoche. Por esta razón, la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO edita primero esta novela breve dándole la importancia que tiene en la obra de Gil y distanciándola de la sombra perjudicial de *El Señor de Bembibre*.

A las tres ediciones mencionadas [1840, 1883 y 1854], siguió un largo paréntesis hasta las de Arturo Souto y Ramón Carnicer<sup>8</sup> y, desde entonces, de nuevo, salvo error u omisión nuestra, un espeso silencio hasta la primera edición en *epub*<sup>9</sup>, presentada en la aldea de Lago una calurosa noche de agosto de 2013, compartiendo filandón a la antigua usanza, con una *copina* de orujo incluida en el menú literario, con decenas de vecinos de Lago, abuelos y nietos mezclados, sentados en corro al fresco, que enriquecieron el relato de Gil con su propia tradición oral. Va, pues, a continuación, no sin tiempo, la sexta edición de esta preciosa miniatura romántica, *El Lago de Carucedo*, cuyo texto ofrecemos desnudo.

#### 4. Nuestra edición

Esta edición de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO se hace teniendo a la vista las ediciones de 1883 y 1954, actualizando la puntuación y corrigiendo numerosos errores, casi siempre evidentes, aunque en algún caso la lectura es dudosa.

Así, en el título de la obra empleamos «*Lago*» con mayúscula, siguiendo la edición de 1883, parecer que vale también, por ejemplo, en

---

<sup>8</sup> Editorial Porrúa, México, 1984, y Ámbito Ed., Valladolid, 1992, respectivamente.

<sup>9</sup> Edición de Valentín Carrera y Francisco Macías, eBooksBierzo, 2013.

*El Señor de Bemibre*. Hemos corregido, sin embargo, el subtítulo «La primer flor de la vida» por «La primera flor de la vida»; o «Lemus» por «Lemos», acercando el texto al lector actual, a riesgo de contrariar algo el criterio del autor... o del cajista del *Semanario Pintoresco*; en fin, hemos respetado, con dudas, expresiones como «estolazo», neologismo giliano, que podría traducirse por “golpe dado con la estola, a modo de exorcismo”, y otras singularidades, pues es nuestro criterio editorial procurar la mayor fidelidad posible al autor.

Esta edición ilustrada incluye dos grabados insertos en el *Semanario Pintoresco Español* ilustrando la novela de Gil, que reproducimos a partir de la biografía de Suárez Roca; un fragmento de la primera página de la edición de 1833, dos postales de finales del siglo XIX; una imagen de la *dama del lago* encarnada por Sandra Carrera, con ayuda de Alicia Carrera y Manel Macías; y una espléndida foto de Pepe Esteller que bien podría titularse, *el Diluvio Universal Berciano*.

## Bibliografía esencial

### Ediciones

*Obras en prosa de D. Enrique Gil y Carrasco*, coleccionadas por d. Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera é Isla, Madrid, Imprenta de la Viuda é Hijo de D. E. Aguado, 1883, tomo II.

*Obras completas de don Enrique Gil y Carrasco*, edición de Jorge Campos, Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXXIV, Madrid, 1954, pp. 221-250.

### Lecturas

DÍEZ-TABOADA, PAZ, *Relatos populares del mundo*, prólogo de Luis Mateo Díez, Austral, nº 151, Madrid, 1998; 4ª ed., 2008.

DÍEZ-TABOADA, PAZ, *Tema y leyenda en «El Lago de Carucedo»*, Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, t. XLIII, Madrid, 1988.

IAROCCI MICHAEL P., *Enrique Gil y la genealogía de la lírica moderna*, University of California, Ed. Juan de la Cuesta, Newark, Delaware, 1999, pp. 79-85.

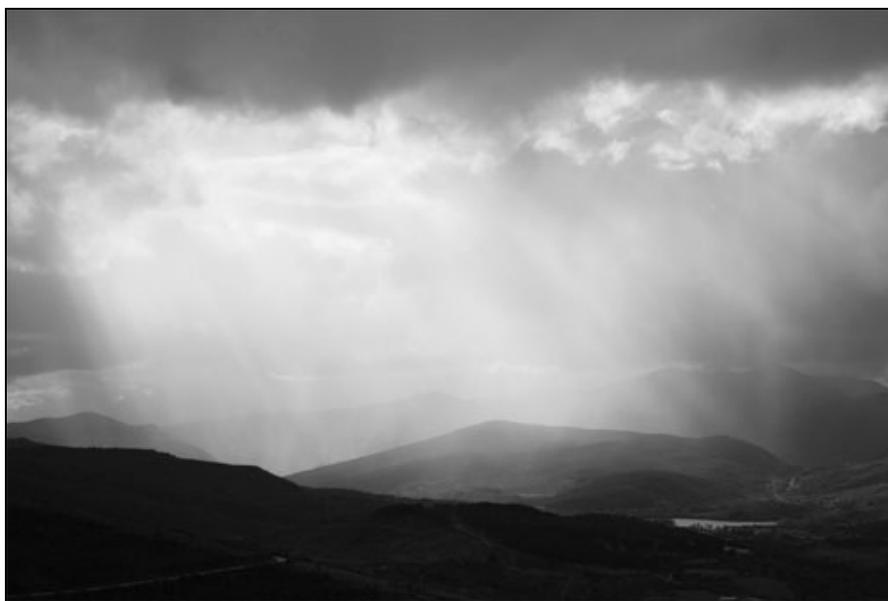
PICOCHÉ, JEAN-LOUIS, *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, 1978. Ver pp. 149-151, pp. 171-175 y p. 334 y ss., entre otras.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, BORJA, *Antología del cuento romántico*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008. *El héroe distinto*, p. 33 y ss.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, BORJA, *Cuento y drama romántico: «El Lago de Carucedo»*, *Hispanic Journal*, vol.21, núm. 2, 2000, pp. 501-514.

SUÁREZ ROCA, JOSÉ LUIS, *Enrique Gil y Carrasco*, Las vidas del centenario, Ayuntamiento de Ponferrada, 2008, pp. 41-44, reproduce dos grabados del *Semanario Pintoresco Español*.

## El Lago de Carucedo (tradición popular)





## Introducción



Hacia los confines del fértil y frondoso Bierzo, en el antiguo reino de León, siguiendo el curso del limpio y dorado Sil, y detrás de la cordillera de montañas que su izquierda margen guarnecen, dilátase un valle espacioso y risueño, enriquecido con los dones de una naturaleza pródiga y abundante, abrigado de los vientos y acariciado del sol. Tendido y derramado por su centro, alcánzase a ver desde la ceja de los vecinos montes un lago sereno y cristalino, unido y terso a manera de bruñido espejo, en cuyo fondo se retratan los lugares edificados en las laderas del contorno, esmaltados y lucidos con sus tierras de labor rojizas y listadas de colores; los nabales en flor que parecen menear en el espacio sus flotantes y amarillas cabelleras, como otras tantas nubes de gualda, y los blancos campanarios de las iglesias, que la ilusión óptica producida por la blanca oscilación de las aguas convierte a veces en delgadas, altísimas y frágiles agujas.

Tan agradable perspectiva sube de punto y embellecese más y más según se va acercando el observador, porque los cortes y senos de las colinas que rodean el lago forman bahías y ensenadas ocultas, donde las aguas parecen aún más adormidas y quietas, y donde se perciben inmóviles y como encallados barquichuelos del país, que no este nombre sino el de canoas merecían, pues que se reducen a dos troncos desbastados y huecos, groseramente labrados, unidos y sujetos por dos travesaños, sin proa, sin vela, sin quilla y hasta sin remos la mayor parte. Entre norte y ocaso levántase la pequeña aldea de Lago sobre un altozano de suavísima inclinación que parece bajarse a beber las ondas, y sus casas pequeñas y revocadas por de fuera se miran como otros tantos cisnes en la rada que por allí entra en tierra un buen espacio. Crecen en sus huertos y en los del vecino pueblo de Villarrando, situado un poco más arriba, frescos y hojosos árboles que dibujándose en la líquida llanura a raíz de las cuestas y cimas áridas y negruzcas del Monte de los Caballos, que toda aquella ladera domina, le dan toda la apariencia de un bello y deleitoso cuadro encerrado en un marco oscuro.

Por el lado del Oriente está asentado el pueblo de Carucedo en una fértil cuanto angosta llanura, y en la misma dirección y sobre las crestas de los montes más lejanos se distinguen las almenas y murallas del castillo de Cornatel, casi colgado sobre precipicios que hielan de espanto, verdadero nido de aves de rapiña, que no mansión de barones y caballeros antiguos.

Los viñedos, sotos y sembrados del pueblo llegan hasta las Médulas, famosas en tiempo de los romanos por las minas abundantísimas de oro que abrieron y explotaron en su término, y de las cuales se conservan maravillosos restos; y cerca de sus últimas casas y siguiendo la orilla meridional del lago campean grupos de venerables, seculares y bellísimas encinas, cuyas ramas, cual si estuvieran abrumadas de recuerdos, bajan en festones y colgantes por demás vistosos, a modo de árboles de desmayo o de guirnaldas verdes y lustrosas; las montañas que caen hacia aquella mano están algo más desviadas, y a diferencia de las que enfrente se encumbran, por donde quiera y hasta en la punta más enriscada de los peñascos hacen alarde de gruesos alcornoques, robles corpulentos y menguados madroños. Por la parte occidental sujetan las aguas unos áridos y descarnados peñascales, y un poco más allá extiéndense largas

filas de castaños y nogales que rematan la orla del lago, y hacen en el estío perpetua y deleitable sombra.

Si a esto se añade que multitud de lavancos azulados, de descoloridas gallinetas y otras mil aves acuáticas nadan en ordenados escuadrones por la sosegada y reluciente llanura; si se juntan y agrupan en la imaginación el humo de las caleras que de ordinario arden alrededor; el trinar y el revolver de los pájaros, los rumores de los ganados, los cantares vagos y casi perdidos de los barqueros y pastores, y toda la quietud de aquella vida pacífica, concertada, activa y dichosa, fácil será de adivinar que pocos paisajes alcanzan a grabar en el alma imágenes tan apacibles y halagüeñas como *El Lago de Carucedo*.

Era una tarde serena de las últimas de marzo, en que el sol se acercaba a más andar al término de su carrera, cuando un viajero joven, que largo tiempo había estado contemplando con embebecimiento tan rico panorama, entró en una barca donde armado de su largo palo le aguardaba un aldeano de las cercanías, mozo y robusto. Difícil cosa sería deslindar ahora y señalar camino al confuso tropel de imaginaciones que se disputaban la atención de nuestro viajero; y en verdad que nada tenía de extraño el ademán de distracción apasionada y melancólica en que iba sentado a la punta de aquella primitiva embarcación. Estaba el cielo cargado de nubes de nácar que los encendidos postreros rayos del sol orlaban de doradas bandas con vivos remates de fuego: las cumbres peladas y sombrías del Monte de los Caballos enlutaban el cristal del lago por el lado del Norte y en su extremidad occidental pasaban con fantasmagórico efecto los últimos fuegos de la tarde por entre los desnudos ramos de los castaños y nogales, reverberando allá en el fondo un pórtico aéreo y milagroso de espléndidas e imaginarias tintas matizado y de prolija y maravillosa crestería enriquecido.

Las manadas de aves acuáticas retirábanse en buen concierto, y calladas como el sepulcro: el ángel de los ensueños dulces y virtuosos había enfrenado las auras más sutiles, y apagado todos los rumores del día, cual si brindase al mundo un sueño de paz en su lecho de sombras y perfumes; y una estrella pálida y sola que por cima del casi borrado castillo de Cornatel había comenzado a despuntar en el confín más

remoto del Oriente, cárdeno y confuso a la sazón, venía a embellecer aquel indefinible cuadro con la esperanza de una noche pura y estrellada.

El lago iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisaje tan vago, tan agraciado y tan triste, más que otra cosa, parecía un camino anchuroso, encantado, solitario, místico y resplandeciente que en derechura guiaba a aquel cielo que tan claro se veía allá en su término, y que cruzaba la imaginación en su desasosegado vuelo, complaciéndose en adornarlo con sus galas más escogidas, y en colorarlo con sus más hermosos matices.

Delante de tantas maravillas y a solas con una naturaleza tan tierna, tan virginal y misteriosa, ¡qué mucho que los pensamientos de nuestro viajero flotasen indecisos y sin contorno, a manera de espumas, por aquellas aguas sosegadas! ¡Qué mucho que su corazón latiese con ignorado compás, si por dicha se acordaba, y así era, de haber visto el mismo país en su niñez, cuando su corazón se abría a las impresiones de la vida, como una flor al rocío de la mañana, cuando era su alma entera campo de luz y de alegría, vergel oloroso en que el rosal de la esperanza daba al viento todos sus capullos, sin que la tempestad de las pasiones le hubiese llevado la más liviana hoja, sin que la lava del dolor hubiese secado el más tierno de sus tallos! Hay ocasiones en que siente el hombre desprenderse de este suelo y elevarse por los aires la parte más noble de su ser; y en que arrebatado a vista de un crepúsculo dudoso, de un cielo claro y de un lago adormecido, con los ojos húmedos y levantados al cielo y con el pecho lastimado, prorrumpe y dice con el tiernísimo y divino fray Luis de León:

*¡Morada de grandeza!  
¡Templo de claridad y hermosura!  
El alma que a tu alteza  
nació, ¿qué desventura  
la tiene en esta cárcel baja, oscura?*

Al tercer verso de tan sentida endecha llegaría nuestro buen viajero, cuando la voz desapacible del barquero le atajó en su vuelo celestial, diciéndole:

—¡Ah, señor! mire, allí por bajo del Lago húbole en otro tiempo un convento.

Aunque no muy satisfecho el joven de ver así cortado el hilo de sus pensamientos, miró fijamente al barquero, y como viese pintado en su rostro un vivo deseo de contarle algo más acerca del convento inundado y sorbido por las llamas, le contestó:

—Vamos, tú sabes algo de ese cuento, y te lo he de agradecer si me lo refieres.

—Yo, la verdad que le diga —repuso el barquero—, no le sé toda la historia; pero si quiere aprenderla, mi tío don Atanasio, el cura, dejónos un proceso muy grande de su letra todo, que trae cuanto pasó bien por menudo.

—Pero, vamos —le replicó su compañero—, tú algo has de haber oído por fuerza, y eso es lo que te pido que me digas.

Encaróse con él entonces el barquero y estuvo examinándole un buen rato, cual si a sí propio se preguntase si detrás de aquella levita abotonada, de aquel corbatín y aquella gorra, no habría escondida tal cual punta de ironía y de burla. Por desgracia, el viajero que encontraba no poco de cómico en semejante examen, hubo de dejar asomar a sus labios una ligera sonrisa, con que, desconcertado y mohíno el barquero, le dijo con aire de enojo:

—Yo no le puedo decir más, sino que por un pecado muy grande se anegó todo esto.

—Pues vaya —repuso el otro—, endereza hacia la orilla, que los papeles de tu tío me lo declararán sin duda mejor.

Bogaron, con efecto, hacia allá; amarró su piragua el aldeano, y tomando la vuelta de Carucedo, volvió a poco rato con los papeles de su tío el cura, diciendo al viajero:

—Si los quiere, ahí los tiene, porque en casa sólo sé leer yo, y escribir también —añadió con énfasis—, que aun voy poniendo mi nombre; pero como mi tío tenía cuasi revesada la letra, cánsanseme mucho los ojos. Además, que el diablo cargue conmigo si algunas veces le entiendo una jota de cuanto dice.

Agradecióle el viajero el presente con corteses razones y, sobre todo, con un cortés peso duro que hizo reír el alma del paisano; el cual, dando un millón de vueltas en la mano a su sombrero de paja, y deseando a su compañero mil años de vida en un cumplimiento muy prolijo, y enroscado, sin duda para probar que sabía algo de letras, se fue más

contento que el día que estrenó sus primeros zapatos.

Parecióle a nuestro viajero por extremo curioso el manuscrito, y acortando ciertas sutilezas escolásticas que el buen don Atanasio no había economizado a fuer de teólogo, lo adobó y compuso a su manera. Como es muy amigo nuestro y sabemos que no lo ha de tomar a mal nos atrevemos a publicarle.

## I. La primera flor de la vida

*Fuéme la suerte en lo mejor avara.  
Sombras fueron de bien las que yo tuve.  
Escuras sombras en la luz más clara.*

[Herrera]



A últimos del siglo XV alzábanse todavía las torres del monasterio de monjes bernardos, llamado San Mauro de Villarrando, en el recodo que forma en el día *El Lago de Carucedo* por entre norte y ocaso, y a la jurisdicción y señorío de su abad estaban sujetos los pueblos de aquel contorno. Sin embargo, tenían a buena dicha vivir bajo tan blando yugo, porque era su señor un santo hombre lleno de caridad y evangélicas virtudes, hasta tal punto que en toda aquella turbulenta época las demasías del poder no habían costado una lágrima a ninguno de aquellos vasallos.

Contábanse dos entre ellos afortunados sobre todos y felices, porque se amaban con el primer amor, y no parecía sino que para eso sólo los había juntado allí la suerte, pues que ninguno había nacido en aquellos fértiles valles, y además un misterio impenetrable envolvía en densas sombras el origen de entrambos. Del joven, que tenía por nombre Salvador, sólo se sabía que siendo aún rapazuelo y con no poco recato, había llegado a la portería de San Mauro en compañía de un viejo, al parecer escudero, y desde entonces, y sin otra recomendación que una carta sigilosa para el abad, habíase criado a la sombra de aquellos claustros, siendo por sus buenas artes y generosa índole el amor de los religiosos, y en especial del venerable fray Veremundo Osorio, su santo prelado. Había cobrado éste un cariño verdaderamente paternal al joven Salvador, y ora dimanase de esta sola causa, ora ajustase su conducta a las reglas de la ya mencionada epístola, lo cierto es que no contento con emplear la aplicación de su discípulo en diversos estudios, amaestrábale además en toda clase de ejercicios guerreros, y echaba en su alma los cimientos de un cumplido caballero y buen soldado. Y era así, porque en verdad que nunca alma más noble animó tan varonil y hermosa figura; nunca corazón más valeroso latió en el pecho de un hombre. Tachábanle, sin embargo, los que le trataban, de adusto y desabrido en ocasiones: pero nadie se lo llevaba a mal, porque los más discretos achacábanlo al misterio de su vida, y los demás disculpaban estas mudanzas de genio con los vaivenes propios de todo carácter apasionado y ardiente.

El origen y calidad de María, que así se llamaba la doncella que amaba a nuestro Salvador, no era menos oscuro ni dudoso. Allí había llegado con una anciana, de nombre Úrsula, que se decía su madre, y estas dos mujeres, como si se creyesen seguras en aquel apartado rincón de la tierra, habíanse establecido en el pueblo de Carucedo, comprando en su término algunos bienes, y además, un escaso rebaño que la joven María apacentaba en aquellos recuestos. Salvador, que sin tregua perseguía a los animales montaraces, la vio y amó en la soledad: y esta pasión, que como una flor crecía al manso ruido de las cascadas, y entre el murmullo de las arboledas, tornóse con el tiempo árbol poderoso que echó en el corazón de entrambos profundísimas raíces.

Sin embargo, estos amores que en boca de todos andaban, no llegaron a oídos del anciano Osorio tan pronto como era de esperar, merced al recogimiento de su vida; pero la habitual y melancólica distracción en que vino a caer su discípulo, su hijo querido, no tardó en revelarle que alguna profunda espina estaba clavada en su corazón. Porque es de notar que el alma de nuestro Salvador, sedienta de cariño y de ternura, no se entregaba con todo a las bellas y alegres esperanzas de que sembraba el porvenir la inocente y crédula María; antes bien acostumbrado a la soledad y silencio del claustro, imaginativo y grave de condición, y abrumado además con el secreto de su nacimiento, secreto fatal que hasta cumplir los veinticinco años no era lícito arrancar a cierto misterioso papel que el abad guardaba; en su corazón alternaba el resplandor de la dicha con las sombras de la duda y de la incertidumbre, y un millón de recelos, a modo de aves agoreras, poblaban siempre el camino de sus pensamientos. Combatido de tantos y tan dolorosos vaivenes, amaba, no obstante, cada día más, porque si es dulce cosa el amor a los veinte años, para un corazón llagado de amargura se convierte en un consuelo inefable y celestial.

Como quiera, el buen Osorio, que sólo había llegado al puerto de quietud a través de los escollos y tormentas de las pasiones, leía harto claro en la frente de aquel joven el origen de su tristeza y la lucha de encontrados afectos que se disputaban su espíritu. Las semillas de virtud y de honor que en él había derramado, con mano pródiga, y que ya comenzaba a dar tan abundantes como sazonados frutos, ponían su alma al abrigo de toda inquietud en punto a los intentos de Salvador; porque bien sabía que sus sentimientos podrían acarrearle en buena hora la desdicha, nunca, empero, la deshonra; no obstante, deseoso de sondear su llaga, y aun de remediarla, si ya no es que llegaba tarde, en un largo paseo que dieron un día al caer el sol por la huerta del monasterio, tendida a la sazón por el espacio que ocupan hoy las aguas del lago, sin duda hubo de sacar a plaza tan delicado asunto, porque la conversación fue larga, agitada y misteriosa. Volvían ya lentamente a la abadía, cuando antes de entrar se oyó que Salvador decía con respeto al abad:

—Sí, padre mío; cuanto me habéis dicho, antes me lo he dicho yo; el sacrificio que de mi entereza reclamáis, ya hace tiempo que lo tengo yo

resuelto, porque bien sé que el honor es de más subido precio que la felicidad y que la vida, y ese mísero honor y la veneración filial que os debo me mandan aguardar el fallo del terrible papel; pero dejar de amarla es imposible, añadió con violencia, y más imposible aún que vos me lo ordenéis. Su amor es para mí como la luz, como el aire, como la libertad, y no tengo más corazones que a mí se inclinen, que el de un viejo cercano ya del sepulcro y el de un ángel que me abre las puertas de la vida. Mirad: el otro día soñé que un guerrero me la robaba, y cuando desperté, me vi en pie en mitad de mi aposento, con los cabellos erizados y en la mano mi cuchillo de monte, con el cual buceaba el corazón de mi enemigo.

El buen abad meneó entonces la cabeza suspirando y apoyándose en el brazo de Salvador, entraron los dos muy despacio por un embovedado y estrecho pasadizo que guiaba a la escalera principal, donde se separaron.

Larga y desvelada fue aquella noche para el enamorado mancebo, que apenas vio los primeros destellos de la aurora blanquear en el oriente, con el arco a la espalda y su fiel cuchillo al lado, tomó la vuelta de las Médulas en busca de una deliciosa hondonada donde solía ir María a apacentar su hato. Formaban los peñascos de alrededor una especie de media luna vestida de encinas enanas, de desnudos alcor-noques y de arces en flor, y en una fresca gruta que en el costado derecho se descubría entapizada de musgo y de olorosas violetas, estaba sentada la bella pastora, fresca y galana sobre todo encarecimiento. Las líneas purísimas de su ovalado rostro, sus rasgados ojos negros llenos de honestidad y de dulzura, su frente, blanca y apacible como la de un ángel, la nevada toca que recogía sus cabellos de ébano, el airoso dengue encarnado que ligeramente sonroseaba su cuello de cisne, y su plegada y elegante saya, le daban una apariencia celestial.

En aquel momento debía pensar, sin duda, en sus amores, pues acariciaba con distraída mano a su leal perro y estaba casi melancólica de puro feliz. Desarrugóse al verla la frente del gallardo cazador, y apresuradamente se acercaba a su encuentro, cuando por encima de las rocas que enfrente de la gruta se extendían, acertó a mecer el viento una pluma de águila. Paróse entonces y mirando con cuidado, sintió que le daba un vuelco el corazón al ver debajo de la pluma un gorro de ricas

pieles, y debajo del gorro un semblante adusto y desabrido que con ojos codiciosos devoraba desde allí las gracias de la descuidada niña. Conocióle al punto Salvador, que harto conocido habían hecho a aquel hombre sus desafueros por todas las cercanías: pensó en su sueño, requirió su puñal, y de sus labios se escaparon confusamente no sé qué palabras, que así parecían arrancadas por una momentánea cólera, como hijas de una resolución firme, inexorable y duradera. Entonces fue cuando los ojos del desconocido se encontraron con los suyos, y viendo aquel varonil y denodado semblante que con tanto ahínco le encaraba, bajó lentamente de su risco, lanzándole antes una mirada de despecho. Internóse después en la espesura, y a poco rato se oyó el son lejano y confuso de un cuerno de caza que tocaba a recoger los dispersos cazadores.

Púsose a pensar entonces en su situación nuestro valiente mozo, y como por una inspiración súbita se le viniesen de tropel a la memoria ciertas palabras sueltas y terribles de la anciana Úrsula, que revelaban no sé qué misterios de persecución y amargura, resolvióse a dar parte de este suceso al venerable Osorio antes que a nadie: pero como su corazón, acostumbrado a mostrarse todo entero a los ojos de María, difícilmente podría rescatarle el nuevo secreto que le abrumaba, resolvióse a no hablarla en aquel día. Por otra parte, ocupaban su imaginación negros recelos e inquietudes: así fue que se quedó rondando a manera de vigilante sabueso hasta la caída de la tarde, en que su amada, recogiendo sus ovejas, se encaminó al pueblo, no sin mirar muchas veces con desasosiego y tristeza alrededor, cual si se viese burlada en alguna dulce esperanza. Siguióla a lo lejos su apesarado amante, hasta que la vio desaparecer bajo las encinas que adornan la entrada de Carucedo, y en seguida aceleró el paso hasta llegar a la abadía.

Era la hora del crepúsculo vespertino, y aunque había aún bastante claridad en el aire, ya los objetos lejanos iban perdiendo sus contornos envueltos en los primeros vapores de la noche: sólo el castillo de Cornatel, gracias a las líneas rigurosas de sus muros y a su situación que le hacía descollar sobre el fondo oscuro de los montes lejanos, aparecía aún claro y distinto.

Todo este paisaje miraba el piadoso abad desde la larga azotea de su cámara, cuando entró Salvador descolorido, sombrío y desgredado.

—¿Cómo así, Salvador? —le preguntó Osorio sobresaltado—; no parece sino que has recibido alguna herida mortal, según lo pálido y turbado que llegas.

—Mortal, en verdad, padre mío —respondió éste—, mi sueño no era una mentira, sino un presentimiento de mi leal corazón. Su fantasma ha tomado cuerpo a mis ojos, y me la quiere robar.

—¡Cómo! —interrumpió el abad asombrado—, ¿hay por aquí quien se atreva a semejante desmán? ¿No saben que a mi báculo de paz acompaña la espada de la justicia? ¿Quién es el temerario?

Extendió Salvador el brazo hacia el oriente y le mostró la masa del castillo de Cornatel, que todavía se alcanzaba a ver en la cresta de la montaña.

—¡Don Álvaro Rebolledo, el castellano de aquella fortaleza! —exclamó el religioso con espanto.

—El mismo —replicó Salvador con una frialdad que daba demasiado a entender la firme resolución que alimentaba su alma. Hubo entonces una breve pausa y era de ver al hombre de la edad y de la prudencia, dolorosamente trabajado por amor de sus hijos, y al hombre de las pasiones y de la juventud, sereno y tranquilo, como quien ha llegado a una de aquellas situaciones extremas y solemnes en que es imposible volver atrás la planta. El abad fue el primero a romper el silencio.

—¿Y qué has pensado, Salvador? —le dijo ya con calma.

—He pensado —respondió éste, mirándole con sus ojos garzos y rasgados fijamente— que soy hombre, amante caballero, si no por mi alcurnia, a lo menos por mi corazón.

—Y por tu alcurnia también —repuso gravemente Osorio—, que puesto que tu nacimiento sea también un misterio para mí, todavía la carta del santo abad de Cardeña me declara que Dios te hizo noble como la primera luz que viste.

Salvador alzó los ojos al cielo, donde ya brillaba una estrella rutilante, y enjugó una lágrima de gratitud al verse igualado con su rival. Osorio lo vio y le dijo:

—Escucha, hijo mío, estamos a la boca de la caverna del tigre, y si comparamos nuestras fuerzas con las suyas, más desvalidos y flacos nos

hallaremos que el cervatillo de los montes. Ese hombre, caudillo de la devoción y bando del poderoso conde de Lemos, señor de Ponferrada, puede llamar en su ayuda a multitud de hombres de armas de su guarnición, y aunque yo armase todos mis vasallos, no alcanzaríamos a parar su ímpetu y soberbia. Ya ves que todo propósito de venganza nos perdería sin remedio.

—Pero, señor —replicó el mancebo—, ¿ni aun rescoldo y cenizas quedan en el pecho de ese hombre de la santa hoguera del honor?

—Ni aun eso queda —contestó el santo abad—; los vicios han empedernido su corazón y secado en su alma la fuente del bien. Sus vasallos lloran hilo a hilo en la noche su humillación y desventura, como el antiguo profeta; y a modo de los cautivos israelitas, por su dinero beben su agua y con su dinero compran su pan. Sin embargo, si es cierto que aun el impío se pone en pie delante de la cabeza calva, yo iré al encuentro de ese hombre y le hablaré en nombre de su Dios, que también es mi Dios.

—¿Y María? —repuso con angustia Salvador.

—Fíate de mi prudencia —contestó el religioso—, porque si algo llegase a entender la pobre Úrsula, tengo por cierto que ni tú mismo sabrías el paradero de las dos y las perderías para siempre.

Al otro día, muy de mañana, el santo abad, con su báculo y su diurno, emprendió el largo camino que mediaba entre el castillo y la abadía. Llamó de paso a la puerta de Úrsula, y entrando por ella con no poca extrañeza de las dos mujeres, como viese a la doncella a punto de salir con su hatillo, apartó un poco a la anciana y le dijo con sosiego:

—No dejéis salir a María hasta que esté yo de vuelta, porque se ha levantado pleito entre el señor de Cornatel y mi abadía sobre el señorío de ciertos terrenos, y hasta dejar orillado este asunto me pesaría de ver que ninguno de mis súbditos quebrantase la tregua que tengo determinada. Allá voy, y por la tarde os diré lo que resuelto dejemos.

Aunque el acento del piadoso varón rebosaba tranquilidad y calma, no por ello dejó de mirarle con ansiedad, mientras hablaba, aquella mujer.

—Padre mío —le preguntó con zozobra—, ¿nos amenaza algún nuevo riesgo? ¿Todavía no está llena la medida de nuestras persecuciones? ¿Sería cierto que nos vemos asomadas a un abismo?

—Conque, según eso —repuso el prelado, sonriendo con cierto aire jovial—, ¿en abismo nos convertirás a mí y a mis santos religiosos? Pues en verdad que no deberemos quedaros muy obligados por la transformación.

Y viendo que ni aun así quedaba tranquila, añadió con gravedad:

—Por ahora, no hay que temer, porque estáis bajo mi guarda y amparo.

Y en seguida enderezó sus pasos hacia el castillo de Cornatel. Hacía poco que había salido el sol cuando se puso a trepar el agrio repecho a cuyo término se levanta, aún en el día, esta fortaleza, y cuando llegó a la barbacana ya estaba bien alto. Los ballesteros que allí estaban de guardia, cuando vieron llegar a un religioso solo, con su bastón de peregrino, apresuráronse a franquear la puerta, y su comandante, cruzando con él el puente levadizo y guiándole por una estrecha y oscura escalera de caracol, le acompañó hasta una especie de antesala, donde unos hombres de desalmada presencia se entretenían en jugar a las tres en raya con un copioso jarro de vino y unos vasos de estaño sobre la mesa. Respondieron con algo de desabrimiento al saludo del abad, y pidiéndole después uno de ellos permiso con tono irónico para continuar en su pasatiempo, mientras otro daba parte al amo de la visita, sin curarse más de su huésped que si se tratara de un tonel vacío, tornaron a su tarea. A poco rato volvió el mensajero e introdujo al abad en el aposento de don Álvaro.

—¡Qué diablos trae por aquí semejante abejaruco! —preguntó uno de aquellos perdonavidas—. ¿Será que nuestro amo piense convertirse? Tú, Tormenta, que has hecho de introductor, di, hombre, ¿qué gesto puso don Álvaro cuando le anunciaste la llegada del padre?

—El mismo que pones tú, Boca Negra, cuando por tu acostumbrada torpeza ves que te van llevando el dinero bonitamente, sin acertar a poner tres en raya una sola vez.

—Conque, ¿es decir que Dios no le ha tocado todavía el corazón? —replicó con alegría Boca Negra—; ¡sea su nombre bendito y alabado! Porque en verdad os digo, mis ovejas, que si al capitán se le antojase de repente tornarse hombre de bien, no sé lo que había de ser de nosotros.

—Sin embargo, ¿quién sabe —repuso otro—, si este buen fraile hará con él lo que el Salvador hizo con el buen ladrón? Que aunque en

verdad no sea él como Cristo, tampoco nuestro amo llega, ¡mal pecado!, ni a la suela del zapato del buen ladrón.

Riéronse los valentones de la ocurrencia, y para remover estorbos y quitar amargores de boca, determinaron de tirar al fraile, si otra vez volvía, por una ventana que daba a un precipicio de más de cien varas, y volvieron a su juego.

Abrióse, por fin, después de largo rato, la puerta del aposento de don Álvaro, y aparecieron en su dintel el castellano y el abad. Acalorada debería de haber sido la plática, pues que los semblantes de ambos venían alterados, si bien el de don Álvaro no respiraba sino avilantez y orgullo, mientras el de Osorio revelaba toda la dignidad de un alma elevada y de una conciencia pura. Acompañóle el caballero con altiva cortesía hasta la escalera de caracol, y saludándose allí fríamente volvióse el uno a su recámara y el otro salió paso a paso del castillo, turbado el ánimo y lleno de mil negros pensamientos. Sin embargo, cuando llegó a casa de Úrsula, compuso y serenó su venerable rostro para decirle que todavía no quedaban aclaradas las dudas, y que de consiguiente cuando María sacase a pacer su rebaño lo llevase a las lomas y valles vecinos al monasterio, hasta que por vías amistosas aquel litigio se arreglase. Tenían ambas mujeres ciega confianza en las virtudes del abad, y así se pusieron en sus manos, como pudieran entregarse en las de Dios. Aceleró en seguida el religioso sus tardos pasos, y ya el sol se ponía entre nubes de oro, de púrpura y morado, cuando llegó al atrio de San Mauro, donde, ardiendo en inquietud y vivas ansias, le aguardaba Salvador.

—¿Qué nuevas traéis, padre y señor mío? —le preguntó con acento turbado, saliéndole precipitadamente al encuentro y agorando desdichas a vista de su apesadumbrado continente.

—He soltado mi voz en el desierto —contestó el anciano—, y ni aun en aquellas bóvedas he encontrado un eco que repitiera mis palabras de paz y de amor. El malvado libra su esperanza en sus caballos y sus armas—; y harto claro me ha dejado ver sus inicuos planes. Salvador —dijo después resueltamente—, el honor de María corre peligro aquí, y es preciso que se marche.

El joven se retorció las manos de desesperación.

—Ya yo mismo la hubiera acompañado hasta ponerla en salvo

—continuó el santo abad—; pero el impío ha tendido sus redes, y no levantará mano hasta consumir su perdición. Así que mañana, al romper el alba, mandaré un correo a mi hermano el abad de Carracedo, que tiene aprestado cierto número de lanzas y peones para ayudar a los reyes en la guerra de Granada, y pediré que me acorra en este trance con una fuerza poderosa para defender a María y a su madre en su viaje, y sacarla de las garras del león. En tanto, aunque no es de sospechar que a nuestros mismos ojos suceda ningún desmán, tu deber es guardar a la huérfana desvalida y mirar por ella: que Dios y tu derecho sean contigo.

Dicho esto, partió aquel santo varón a encerrarse en su celda.

—Que Dios y mi derecho sean conmigo —repitió Salvador—, y que la mengua y el oprobio caigan sobre el que sólo se atreve a desamparadas mujeres.

Rayó la luz del siguiente día y ya el mensajero de Osorio caminaba la vuelta de Carracedo, cuando salía la joven zagala con sus ovejas en busca de las laderas del norte, no poco sentida y aun enojada de la indiferencia de su amante, mientras éste, por su parte, juguete de la esperanza y de la inquietud, temblando por María y ardiendo en deseo de venganza, se encaminaba a un encumbrado pico que llamaban los naturales la Espera del Corzo, y que señoreaba todo el país. No muy lejos y en la cumbre de una baja colina había un delicioso prado natural, de umbríos castaños y espesos matorrales guarnecido, en mitad del cual brotaba una copiosa fuente que con sus aguas reverdecía aquella alfombra de esmeralda y flores, llamada el Campo de la Legión, recuerdo sin duda del antiguo dominio de los romanos en aquella región. No bien acababa de apostarse nuestro cazador en su atalaya, cuando por entre los castaños del Campo de la Legión apareció un rebaño y detrás de él una mujer de aéreo talle y peregrinas formas. Conocióla al punto y murmuró en voz baja:

—¡Es ella!

Sentóse la niña a la margen de la fuente, y con pensativo y triste ademán púsose a mirar las frescas olas que entre la yerba se perdían: clara señal de que alguna nube empañaba el cielo azul de sus ilusiones. Mirábala Salvador embebecido, y sin embargo, atento a su seguridad antes que a los impulsos de su propio corazón, escudriñaba con sus ojos de águila todas las honduras y collados; pero sólo vio aldeanos

desparramados por los montes, que sin duda iban a hacer leña. No dejó de llamarle la atención su número, pero el arreo le quitó todo recelo. Así se pasó la mañana, y ya estaba bien entrada la tarde cuando Salvador, viendo que por el camino del castillo no asomaba el menor bulto y que todo estaba tranquilo y en reposo, bajó de su risco para ir a consolar la pena de María, y torciendo a la izquierda presto llegó al pie de la colina por cuya meseta se extendía el Campo de la Legión. Comenzaba a trepar su blanda cuesta cuando llegaron a sus oídos agudos y lastimeros ayes, y como conociese de cuyo pecho salían, voló en busca de la doncella como ciervo herido en busca de los arroyos del valle. Llegó desolado a los matorrales que guarecían la pradera y se quedó confuso al ver a don Álvaro. ¿Por dónde había venido? Pero, ¿qué le importaba saberlo? ¿No lo tenía allí a solas? Así es que en aquel punto le pareció más hermosa su venganza que la misma María. Estaba la cuitada a los pies del feroz guerrero, y en vano se esforzaba éste en levantarla, mostrándose hasta cortés y rendido; porque la triste, deshecha en llanto, con los cabellos en desorden y la toca caída, desolada y arrastrándose de rodillas, sólo pensaba en desasirse de las nervudas manos de aquel hombre, y para ello le conjuraba por lo más sagrado.

—¡Oh!, por Dios, por Dios santo, noble caballero —le decía con angustia—, soltadme, ¿qué honra sacaréis de atropellar así a una pobre muchacha, vos que debíais protegerla, porque sois fuerte, porque sois noble?... ¡Soltadme, por amor de vuestra madre, por amor de la mía, que se moriría de verse sola! ¡Soltadme y toda mi vida rogaré por vos de rodillas, y no me acordaré sino de que fuisteis generoso y de que os dolisteis del desvalido!

—María —respondió el caballero alzándola del suelo con violencia—; te amo tanto, que antes que sin ti volvería sin vida a mi castillo.

—¡Mentís, cobarde, mentís! —repuso la doncella encendida en cólera—; ¡villano; ¡mal caballero! Salvador, Salvador mío —gritó con desesperación—, ¿cómo no vienes en mi ayuda?

—¡Aquí estoy! —respondió a su espalda una voz bien conocida—.

Soltó don Álvaro a la niña, que casi exánime fue a caer a los pies de Salvador, abrazando sus rodillas y exclamando:

—¡El corazón me lo daba! ¡El corazón me lo daba que no me faltarían Dios y tu brazo, vida mía!

—Ahora piensa en ti —contestó Salvador—; por la encañada de los ruiñeños vas segura y desembocarás en el convento: ampárate de sus muros, que yo al punto te sigo.

—No iré tal sin ti —replicó ella—, aquí moriremos juntos.

—No es tu vida lo que buscan, sino tu honra —dijo Salvador—. Huye —añadió con angustia—, porque los bandidos de este hombre andan cerca, y si viese que caías en sus manos, yo mismo te daría de puñaladas.

La doncella huyó.

Quedáronse frente a frente los dos rivales, mirándose con ojos encendidos. A los pies de don Álvaro había un capote de aldeano que explicó a nuestro joven el misterio de esta aventura. Por altivez callaba el caballero, y Salvador callaba también, porque apenas era dueño de los extraños ímpetus que arrebatában su alma. Reportóse, sin embargo, como pudo, y dijo a su rival:

—En verdad, señor caballero, que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Solos estamos y Dios es nuestro juez.

—¿Sois noble? —le preguntó Rebolledo con ironía.

—Sí, a fe —contestó sin descomponerse Salvador—; y prueba de ello es que pude, y aun quizá debí, pasaros en claro y a mansalva con una flecha, y no lo hice por buscaros cara a cara.

—Voy a llamar a mis arqueros para que os prendan y os hagan volar desde el más alto torreón de mi castillo al riachuelo que pasa por debajo, y que tiene, según dicen, un agua tan fresca, que allí podréis templar vuestra cólera.

Aunque Salvador tenía el arco armado, dejóle hacer, y aplicando el caballero su cuerno de caza a los labios, sacó de él un punzante y prolongado gemido. Al punto, aunque lejano, respondió otro de igual especie.

—Bien está —dijo entonces.

—Conque, ¿tenéis miedo? —repuso Salvador, prorrumpiendo en sardónica y destemplada carcajada—. ¡Vive Dios que me maravilla!, porque en este mismo sitio acabáis de dar tales muestras de vuestra persona y con tan formidable enemigo, que el mismo Lanzarote os hubiera envidiado por ellas. Sin embargo, la precaución es cuerda, porque nunca me propuse que los cuervos se comiesen vuestro noble corazón, antes pensaba hacer que os enterrasen con la debida honra;

pero una vez que vuestros arqueros van a tomarse ese trabajo, sacad vuestro puñal como yo el mío, y armas iguales, y a prisa, porque ya veis que tengo poco espacio. No os acobardéis, ¡vive Dios!, porque, como decimos por aquí los villanos, de hombre a hombre no va nada.

—¡Perro! —dijo el caballero desenvainando su puñal, y casi ahogado de cólera—; tengo de arrancarte la lengua y azotarte con ella el rostro —y diciendo y haciendo se fue para Salvador. Comenzó entonces una porfiada lucha, en que por una parte la destreza y la cólera, y por otra la bravura y agilidad, peleaban con igual esfuerzo. Ya hacía un rato que batallaban sin ventaja, cuando a raíz de la colina oyóse ruido de armas y de gente.

—Tu fin se acerca —dijo don Álvaro.

—Y el tuyo llegó ya —respondió Salvador, y dando un prodigioso y no pensado salto, derribó por tierra a su contrario y le hundió el cuchillo en el pecho hasta la cruz.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó don Álvaro, revolcándose en su sangre, en tanto que sus atónitos arqueros acudían a dárselo, y Salvador huía por el opuesto lado.

—¡Socorro! ¡Confesión! —repetía con ansia, y en esto se le cortó el habla y expiró apretando el puñal con fuerza convulsiva.

—Por allí se escapó el asesino —dijo uno de los arqueros.

—Es Salvador, el de la abadía —repetieron dos a un mismo tiempo, y asomándose todos allí, ya no vieron a nadie. A los pocos minutos entraba Salvador en el aposento de Osorio palpitante y sin aliento.

—¿Y María? —le preguntó—: ¿dónde está María?

—¿Qué es esto, Salvador? —exclamó el abad espantado.

En breves y desordenadas razones le contó Salvador lo ocurrido.

—Huye —dijo entonces él abad—, y escóndete en la cueva de las Médulas que llaman la Palomera, que esta misma noche iré a buscarte y a llevarte noticias de María.

Sin aguardar a más, salió el mancebo, cruzó rápidamente la huerta del monasterio, saltó la cerca, y por un valle que llaman en el día Foy de Barreira, tomó el camino de las Médulas.

A poco rato se dirigían pausadamente a Cornatel los arqueros del castillo, conduciendo el cuerpo de su señor en una camilla hecha de ramas.

Las once de la noche serían cuando una especie de sombra se deslizó por la boca de la Palomera.

—¡Salvador! —dijo.

—¿Quién me llama? —respondió éste.

—Yo —respondió el afligido abad. —Hijo mío —añadió —cumpliéronse mis desdichados pronósticos: Úrsula y María han huido sin llevarse más que sus alhajas, y aunque gentes de mi confianza las han seguido hasta la barca en que cruzaron el Sil, allí se han perdido del todo sus huellas. Por otra parte, tú no puedes permanecer en el país, porque los arqueros de don Álvaro te han visto y te amaga la venganza de un poderoso.

—¿Conque es decir que en un mismo día pierdo todo cuanto amaba en la tierra? —contestó Salvador.

—Todo —respondió aquel varón piadoso— menos la honra y el amor de nuestro Padre común que está en el cielo.

Salvador sollozaba en la sombra y el viejo sentía partírsele el alma.

—¿Han llegado ya los hombres de armas de Carracedo? —preguntó, por fin, el joven.

—Esta noche han llegado.

—¿Y cuándo parten para Andalucía?

—Mañana volverán a su monasterio y pasado saldrán de allí la vuelta de Córdoba.

—Con ellos me voy, padre mío: quiero morir bajo los estandartes de la cruz.

Con esto salieron de la cueva silenciosos y tristes, y por trochas y veredas desusadas llegaron a la abadía. A la mañana siguiente, antes de rayar el día, salió Salvador con sus nuevos compañeros, no sin recibir antes las lágrimas y bendiciones del buen abad, amén de un bolsillo bien provisto, que, según dijo, le habían entregado al confiarle su educación. Cuando llegaron a la cima del Monte de los Caballos, volvió el suyo Salvador para mirar por última vez aquellos sitios.

Derramaba el alba sus pálidas claridades por detrás del castillo de Cornatel, esmaltaba los rojos y agudos picos de las Médulas, y apenas blanqueaban a su escasa luz las torres de San Mauro: todo lo demás aparecía borrado y confuso. Pensó entonces en aquel santo hombre, guarda y amparo de su niñez, en aquel amor perdido, en aquellas esperanzas convertidas en humo, y con los ojos anublados, exclamó:

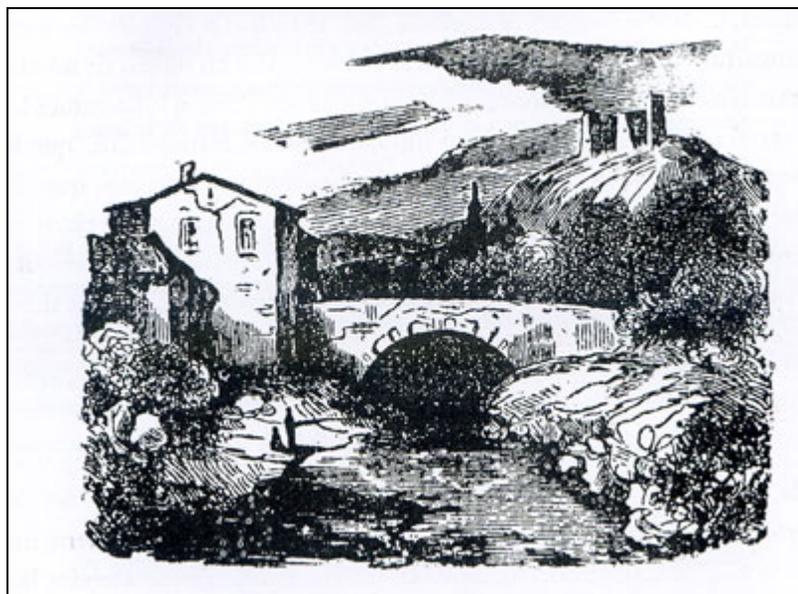
—¡Oh!, ¿cuándo volverán a mi corazón la frescura y el verdor que han caído de él?

Enjugóse en seguida las lágrimas, serenó el semblante y, apretando los ijares de su palafrén, fue a reunirse con los soldados.



## II. La flor sin hojas

*Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.*



Si el corazón de Salvador no hubiese salido tan roto y ensangrentado de su primera prueba, sin duda, se estremeciera de entusiasmo y de alegría al verse llamado al sublime juicio de Dios, de que iba a ser teatro la Vega de Granada, y en que la cruz y la media luna se aprestaban a pelear por el imperio del mundo y de los siglos; pero si, como dice un famoso poeta, "la flor y verdor de la vida mortal pasa con el día, y por más que torne abril, no torna a verdear ni a florecer", no extrañaremos que el cazador de San Mauro caminase la vuelta de Andalucía pensativo y triste en medio de sus regocijados compañeros.

Llamábase Juan Ortega de Prado el que aquel tercio acaudillaba, y era natural del Bierzo; soldado de gran corazón y altos pensamientos,

endurecido en las fatigas de la milicia, codicioso de honra antes que de botín. Aficionóse por extremo de la gentileza y brío de nuestro Salvador, y cautivado de su trato apacible y cortés, de su hidalguía y hasta de su misma tristeza, estrechó con él amistad y buena correspondencia, en términos que no poco suavizó sus pesares y dolorosos recuerdos, ensanchando a sus ojos el camino de las armas y de la militar nombradía. Como quiera, la saeta estaba fija y enarbolada en su pecho, y a todas partes llevaba su dolor consigo; pero una esperanza lejana que a manera de crepúsculo dudoso alumbraba su alma por ventura, y además su natural denuedo y noble sangre le encendían en ansia de pelear.

Aguijado de tan generosos ímpetus, llegó con sus compañeros a Córdoba a principios de febrero de 1482. Estaba la tierra toda alborotada y embravecida con la pérdida y desastre de Zahara, acaecida en los últimos días del año anterior, y a fuer de capitanes experimentados, aprovechábanse Diego de Merlo, asistente de Sevilla a la sazón, y don Rodrigo Ponce, marqués de Cádiz, del general encendimiento, juntando a orillas del Guadalquivir, buen golpe de gente con que tomar justa satisfacción del daño y agravio recibido. No desperdició Juan Ortega la ocasión que se le venía a las manos, antes con gran diligencia encaminóse con su tercio a Sevilla, donde se presentó al marqués de Cádiz, que no poco se holgó de llevar en su compañía tan buena lanza, y le despidió con suma cortesía. Habían venido nuevas de que la villa de Alhama tenía flaca guarnición, y ésa desapercibida, y determinados de entrarla de rebato, con gran precaución y cautela salieron ambos jefes de Sevilla, llevando consigo dos mil y quinientos de a caballo y cuatro mil peones.

Palpitábale el pecho de extraña manera a Salvador al ver cumplido uno de sus más ardientes deseos. Caminaban con gran prisa y recato por sendas excusadas y tan ásperas que la fatiga casi llevaba apagada la sed del botín y el odio a aquella gente descreída, cuando llegaron al fin del tercer día a un valle por todas partes cercado de recuestos y altos collados, donde los soldados supieron que estaban a media legua de Alhama, con lo cual les volvieron las esperanzas y el brío. Concertáronse el de Cádiz y el asistente sobre la manera de dar el ataque, y acordaron que Juan de Ortega y Martín Galindo (soldados también de gran fama)

se adelantaran con trescientos soldados prácticos y escogidos y vieran de apoderarse del castillo. Excusado nos parece decir que Salvador caminaba de los primeros, al lado de su capitán, y que llevaba uno de los cargos más atrevidos de tan ardua empresa. Era una de aquellas noches templadas y serenas que extienden sus estrellados pabellones sobre la dichosa Andalucía, cuando nuestros aventureros se acercaban recogidos y silenciosos al castillo de Alhama. Hicieron alto guarecidos de unas matas de árboles que allí cerca crecían, y en tanto Martín Galindo, Ortega y Salvador llegaron por diversos lados, a raíz de la misma muralla, para ver si algún rumor por dentro se escuchaba; pero el fuerte castillo asemejábase a un vasto sepulcro, y ni los pasos del centinela ni el relincho del caballo daban a conocer la estancia de los guerreros. Estuvo nuestro joven largo rato con el oído atento y cuidadoso, sin escuchar sino los latidos de su corazón: nada turbaba el silencio del interior ni de las afueras. Arrodillóse entonces e hizo una fervorosa plegaria a la madre de Dios, de quien siempre había sido muy devoto, pidiéndole denuedo contra los enemigos de su nombre. Este nombre santo trájole a los labios otro de dulce y doloroso recuerdo, y pensando que tal vez iba a morir sin que bañase su huesa ni una sola lágrima, sintió apretársele el corazón.

Volvían en esto de su ronda Ortega y Martín Galindo, y como le hallaran de hinojos todavía, díjole el primero en tono bajo y un tanto irónico:

—¿Os ofrecéis por caballero de la Virgen, Salvador, que así os ponéis a orar antes de la batalla? Pues por la de la Encina que creí que habíais tenido lugar para eso en San Mauro.

Pesóle la burla a Salvador; pero nada dijo, sino que llegando con gran prisa a donde el grueso de la gente estaba, y arrebatando una escala, arrióla en seguida a la muralla y subió con valerosa determinación. Mientras Ortega y Galindo hacían lo propio por su lado. Esparciéronse los tres por los adarves, matando tal cual centinela dormido que encontraban; pero Salvador, ganoso de aventajarse a todos en aquella memorable facción, echó por una escalera que guiaba al patio, con intención de abrir la puerta a los de afuera y allanar la rendición del castillo. Hízolo así, bajando brioso por medio de aquella oscuridad y temeroso silencio, y ya casi alcanzaba el logro de su invento cuando al

pasar junto al cuerpo de guardia que estaba cerca del rastrillo, acertó a salir un moro descuidado y medio desnudo. Sintió rumor de pisadas y preguntó con voz entera:

—¿Quién va?

Respondióle Salvador hiriéndole de una puntada, que le hizo dar en tierra, gritando con las ansias de la muerte:

—¡Al arma, al arma!, los enemigos tenemos dentro.

Despertóse a las voces la guardia, y saliendo en tropel cerraron con Salvador, que por su parte sólo sentía el malogro de su empresa. Procuraba ganar terreno hacia la puerta, pero cercábanle por todas partes sus enemigos, y aunque sus golpes caían tan recios que no había adarga que los parase, era poco lo que adelantaba. Conoció sus deseos el moro que allí mandaba, y gritó entonces con todas sus fuerzas—

—¡El rastrillo! ¡Bajad el rastrillo!

Pero, no fiándose de nadie, abalanzóse a la escalera con intento de hacerlo por sí propio, mientras los demás, viendo los desmedidos esfuerzos que hacía Salvador para ganar la puerta, redoblaron asimismo los suyos. Apurada era su situación, porque el estruendo que sonaba en los pasadizos del castillo, harto claro le daba a entender los peligros que sin duda corrían sus compañeros, y una vez echado el rastrillo, podían los de adentro acudir a la muralla; volcar las escalas, y entonces sólo les quedaba una muerte gloriosa y la pesadumbre de ver desbaratada una hazaña de tan venturoso principio. Acorralábanle en tanto más y más sus enemigos, y aunque había ya tres tendidos delante de él, ciegos de ira y de vergüenza los demás, atropellaban por todo temor con menosprecio de sus vidas. En este tiempo el jefe de la guardia, puesto ya sobre un terraplén superior, les gritaba:

—Apretadle, que va a caer el rastrillo y es nuestro —cuando, dando una gran voz y diciendo: “¡Mahoma, valme!”, cayó con la cabeza hendida por el medio del terraplén abajo. En seguida, y a modo de torbellino salían por una puerta de la escalera dos guerreros que traían malparados delante de sí unos cuantos moros, y que sin reparar en el número arremetieron con los contrarios de Salvador. Eran los tales Martín Galindo y Juan de Ortega, y aprovechándose nuestro mancebo de tan útil diversión, corrió a la puerta del castillo, abrióla de par en par y dio larga entrada a los de afuera, que de rondón se precipitaron,

rompiendo y destruyendo cuanto se les ponía por delante. Reuniéronse entonces los tres amigos, y puestos a la cabeza de los suyos, poco tardaron en matar o prender el resto de la guarnición, quedando dueños y señores del castillo. Al día siguiente, después de una porfiada y recia batalla, entraron asimismo en el pueblo los cristianos, acaudillados por los mismos capitanes de la noche anterior, que se aventajaron maravillosamente a todos los demás.

Puso esta pérdida en gran consternación a la morisma, como que veían a los enemigos en el corazón de sus tierras, y sobre ella se compusieron endechas y romances de tristísima tonada. El viejo rey Albohacén juntó aceleradamente su ejército de tres mil de a caballo y cincuenta mil peones, y con ellos caminó la vuelta de Alhama. Combatióla encarnizadamente durante muchos días, y aun llegó a sacar de madre el río de que se provee aquella villa, pero nada pudo contra el esfuerzo de los cristianos. Distinguióse Salvador en todos los lances y escaramuzas, poco contento de la alta prez que ganara de antemano, de modo que el marqués de Cádiz cobróle gran estimación y le hizo muchas honras.

Como quiera, el aprieto de nuestra gente era tal, que toda la Andalucía se alborotó y conmovió. Contábase por el más poderoso entre los señores de esta tierra a don Enrique de Guzmán, duque de Medina-Sidonia, y en él tenían puesta toda la esperanza, si bien flaca por andar revuelto y enemistado con el de Cádiz, pero era harto hidalgo para anteponer particulares enojos al pro comunal y a la ley de la caballería; así fue, que sacando el estandarte de Sevilla, y juntándose con don Rodrigo Téllez Girón, maestre de Calatrava; don Diego Pacheco, marqués de Villena, y otros señores, acudió al socorro de sus hermanos. Alzaron el cerco los moros y se retiraron sin pelear, mientras los cercados salían al encuentro de sus libertadores con lágrimas de alegría en los ojos. El de Cádiz fuese con los brazos abiertos para don Enrique, y con palabras en sumo grado comedidas y corteses, pusieron término a las desavenencias que traían divididas las dos casas, sellando el pacto con el general alborozo. Pasaron alarde al otro día del ejército cristiano, y a su vista fueron armados caballeros por el de Cádiz Juan Ortega y Salvador, calzándoles las espuelas el de Medina-Sidonia.

Por lo que toca a Martín Galindo, que ya lo era de Santiago, hicieronle presente de una banda de honor y de un riquísimo alfanje cogido en el saco de Alhama. Todos aquellos señores les honraron a porfía, saludándolos como a hombres los más arriscados y valientes que en aquella facción se hubiesen mostrado. El de Cádiz, sin embargo, no fue dueño de sí propio, y harto mostró la predilección que le merecía Salvador, en los encarecimientos con que lo presentó a los demás caballeros, maravillados de ver tan relevantes prendas en tan cortos años. Sacó entonces nuestro joven dos cartas del seno y entregó una al maestre de Calatrava y otra al marqués, aguardando en silencio el resultado. A los pocos renglones que hubieron leído, vinieron entrambos a abrazarle, diciendo el maestre:

—¡Cómo así! ¿Por qué el deudo cercano del valeroso Veremundo Osorio, del mejor amigo de mi padre, no viene a manifestarse a quien tanto le desea?

No menos cortés se mostró el de Cádiz, que amaba también y respetaba al santo abad, a quien alcanzara en el mundo durante su juventud. Salvador adivinó al punto todo, puesto que nada supiese de antemano. El amor del piadoso cenobita acompañábale aun allí, y si le había adornado con un apellido ilustre, que en él se extinguía, habíalo hecho para que el mundo le acogiese con más honra. Sintió el nuevo caballero una emoción profunda; y, sin embargo, respondió al maestre y al marqués que había querido aguardar a que su brazo y su prosapia le abonasen al mismo tiempo; pero que sus favores de tal modo excedían el valor de entrambos, que no sabía cómo mostrarles su agradecimiento.

—Escuchad, Salvador —le dijo el maestre después de mirarle con atención largo rato—, aunque ni vuestra cuna ni vuestros hechos os subiesen tan alto, todavía hay en vuestra persona un no sé qué, que habla en favor vuestro. Mucho me habíais de honrar si me recibíeis por vuestro amigo y compañero de armas, y no tengo reparo en pedíroslo, porque supongo —añadió con donaire—, que no sois enemigo de mi noble orden ni que os desdeñaréis de vestir un día su santo hábito. El de Cádiz, que lo oyó, dijo a Salvador:

—El maestre me ha ganado por la mano, y harto más ganaréis en los escuadrones de Calatrava que no en mis banderas; pero, sin embargo, debéis saber —añadió apretándole la mano— que don Rodrigo Ponce de

León os estima y honra de tal manera que le encontraréis con sus haciendas y su brazo siempre que le hubiéreis menester. Los demás caballeros hicieronle también por su parte grandes ofrecimientos, y despidiéndose del bizarro Juan de Ortega, salió de Alhama con don Rodrigo Téllez Girón, del cual no se volvió a separar.

Resplandeciente era la aurora de la carrera militar de Salvador, y ni él mismo pudiera esperar galardón tan alto. Tratábale el maestre con una amistad llena de miramiento y aun de ternura, que más que otra cosa parecía fraternal cariño, los caballeros de Calatrava teníanle asimismo en mucho, y la gloria le entreabría las puertas de oro de su encantado alcázar. Sin embargo, no era feliz: de continuo se le venían a la memoria las rientes praderas de San Mauro, las soledades llenas de los acentos de su amor, y aquel vergel de recuerdos dulces y marchitos que animaba la imagen de María a modo de mariposa bellísima y errante: tan cierto es que el amor en un alma nueva se convierte en una pasión imperiosa y exclusiva que todo lo sujeta y subordina a su influjo.

Habían despachado un correo el de Cádiz y el maestre al venerable Osorio, dándole cuenta de las hazañas de Salvador y de la acogida que le habían hecho; y el mensajero que volvió al poco tiempo trajo cartas de gracias para los dos, y una más larga para nuestro mancebo. Decíale en ella, que, a pesar de sus vivas diligencias, no había podido dar con el paradero de Úrsula y María, pero que no por eso pensaba aflojar en sus pesquisas. Hablábale además con efusión y orgullo de la alegría que recibiera con las nuevas de su primera campaña, y concluía son saludables consejos y paternal ternura. Esta carta, que Salvador abrió y leyó con indecible ansiedad, amortiguó aquella esperanza pálida y débil ya de suyo que relucía en su alma, y abrió de nuevo las llagas de su corazón. Afortunadamente volvió a resonar en Andalucía el estrépito de las armas, y a traer oportuna diversión a sus pesares. Sucedió por entonces el cerco de Loja, y sabido es que habiendo entrado los moros de rebato en los reales cristianos, cayó herido mortalmente de dos flechas el maestre de Calatrava. Con el espanto, dieron los nuestros las espaldas, y cobrando ánimo, los moros arremetieron con no vista furia contra el escuadrón de la orden que, al punto, se agrupó en torno del caído maestre, y mantuvo sola la pelea hasta sacarle del campo; empresa con que salió al cabo Salvador, no sin recibir antes dos heridas. Aquella

misma noche expiró don Rodrigo Téllez Girón: lástima grande para todo el ejército por ser personaje de altas prendas, y en la flor de su edad, que no pasaba de los veinticuatro años. Ni aun en la muerte desmintió la particular amistad que había mostrado a Salvador, y expiró teniéndole asido de la mano y encomendándosele muy encarecidamente a don Gutierre de Padilla, clavero mayor de la orden.

Cuánto sintiese Salvador esta muerte, y cuán hondo le pareciera el vacío que en su corazón dejaba, no hay por qué ponderarlo: baste decir que había mirado al maestro con un afecto extraño y misterioso, que venía a ocupar en su pecho el lugar de los dulces cariños de familia, y que su falta ensanchaba sin medida aquel horizonte de soledad que por todas partes descubría. Al día siguiente, alzó el rey sus reales y se retiraron en buena ordenanza de Loja. Acudió el marqués de Cádiz a consolar a Salvador en cuanto se lo permitían los riesgos del camino, y tornó a hacerle los más cordiales ofrecimientos; pero don Gutierre de Padilla le dio a entender, que los adelantos y cuidado de aquel mozo eran ya deuda de la orden, promesa de que no se apartó jamás.

No le seguiremos por nuestra parte en todos los azares y peligros de esta porfiada guerra, durante la cual, ninguna luz le trajeron sobre la suerte de María las diversas cartas que desde San Mauro, le enviaba el santo abad. Recibió una cuando pusieron los reyes el cerco a la ciudad de Granada, edificando a su frente la villa de Santa Fe; y en ella le decía que había vuelto atrás de los linderos mismos del sepulcro hasta donde le llevara una dolorosa enfermedad, pero que recobrado algún tanto, había tornado a sus pesquisas sin alcanzar por eso más que antes; y, por último, que iba perdiendo la esperanza de lograr ningún indicio, y aun de volver a ver a su hijo querido, según la postración en que había quedado. De esta suerte los años empujaban hacia la huesa al hombre que le había servido de padre; el maestro, que como hermano le había mirado, descansaba ya en su fondo, y aquel amor que un día le sirviera de norte y de fanal desaparecía en las sombras del misterio o de la muerte quizá. Miró detrás de sí: allí, la soledad y el vacío; volvió los ojos hacia adelante: allí, los combates y su estruendo; alegróse de verlos tan cercanos y precipitóse en ellos con delirio.

Habíase escaramuzado reciamente una tarde, y Salvador se empeñó tanto en aquella ocasión, que vino a dar en una especie de emboscada

donde más de veinte moros le embistieron a la vez. Matáronle el caballo, y aunque, haciendo espaldas de una pared, se defendía valerosamente, era ya su muerte segura, cuando saliendo a galope de un bosquecillo de naranjos un caballero cristiano, cerró de tal suerte con los moros, que dando con dos en tierra y atropellando a los demás, los puso en despavorida fuga. Cogió entonces de la brida el caballo de uno de los muertos, y entregándoselo a Salvador, ambos salieron de aquel lugar la vuelta de Santa Fe. Caminaban en silencio, y nuestro joven maravillado examinaba con suma atención y curiosidad el arreo y apostura de su misterioso compañero. Era éste alto de cuerpo, llevaba baja la celada de su casco, una banda morada cubríale parte del peto y espaldar, y traía en el escudo por divisa un navío con las velas tendidas y en alta mar. Llegaban ya muy cerca de los reales, cuando Salvador rompió el silencio diciendo:

—En verdad, señor caballero, que merecíais no ya un hábito el más calificado de España, sino un reino por vuestra bizarra conducta. Alzad, os ruego, la visera, si queréis honrarme mostrándome el rostro de mi libertador, y aun su nombre para grabarlos en mi memoria eternamente.

—Mi reino no es de este mundo —repuso el desconocido con voz grave y sonora— y aunque he estado cerca de esta generación muchos años, ellos no han conocido mis caminos.

Sorprendido se quedó Salvador al oír estas palabras bíblicas y solemnes, pronunciadas con un acento indecible de fuerza y de verdad. El guerrero prosiguió con tono llano de afabilidad y de dulzura.

—Pero vuestra cortesía me obliga tanto, que puesto que en acorreros más haya sido mi ganancia que la vuestra para hacer alarde de semejante acción no sólo os descubriré mi rostro, sino que también os diré mi nombre: Llámanme Cristóbal Colón.

Esto diciendo, alzó la celada y mostró a Salvador un semblante reposado y lleno de autoridad. Eran sus ojos garzos, rubio su cabello, y su mirada de águila caudal y poderosa. Había en aquella cabeza un no sé qué de inspiración, de fortaleza y de genio tan robusto y pronunciado, que Salvador se sintió penetrado de admiración y respeto, y como flaco rapaz delante de un coloso. Entraron en esto en Santa Fe, y se separaron cortésmente llevando nuestro mozo el ánimo preocupado y lleno de la idea de aquel hombre misterioso. Preguntó a un caballero de Calatrava

quién era Cristóbal Colón, y contóle al mismo tiempo la aventura. Dióse a reír el caballero, y le dijo:

—Es el loco más hidalgo y más valiente que he visto; pero son tan sandios los proyectos que resuelve en su imaginación, que le han mermado el seso. Habéis de saber que pretende descubrir nada menos que un nuevo mundo, y ha presentado los proyectos a la corte; pero aunque ha fascinado a algunos, los más le han lástima por su desatino.

Poco se contentó Salvador de oír hablar con tan escaso comedimiento de un hombre a quien sin saber por qué, tenía en mucho; amén de que se le hacía duro de creer que la locura ejerciese tamaña superioridad. Era su carácter naturalmente entusiasta, y su color de dar las gracias a Colón por su ayuda, pero en realidad para descorrer algo del velo que le encubría, encaminose a su posada. Hay lazos secretos y simpatías que ligan a las almas elevadas, y las reúnen en un punto, bien así como una mísera luz atrae a dos mariposas que vuelan en distintas direcciones. Por otra parte Salvador había cultivado las ciencias entre los monjes de San Mauro, y por una intención pronta y feliz comprendió los planes gigantescos del gran Cristóbal; de modo que el predominio del genio y el ascendiente de la razón le cautivaron al mismo tiempo con seducción irresistible. Desde entonces prohibió con ardor aquella idea milagrosa, y fue para el gran Colón como un hermano o como un hijo.

Entre tanto amaneció el día venturoso de la rendición de Granada. Era cosa de ver la pompa y majestad de los reyes y sus hijos, las armas y el arreo de los grandes, la tristeza de los moros, y el júbilo colmado de los cristianos. Entró el rey en el castillo de la Alhambra, seguido de la flor de la caballería española, y después de hecha oración en acción de gracias, fray Hernando de Talavera, arzobispo electo de aquella ciudad, puso la cruz arzobispal, que delante de sí llevaba el de Toledo, en lo más alto de la torre principal y del homenaje, con el estandarte real y el de Santiago a los lados. Siguióse un alarido inmenso de alegría, que llegaba a los cielos; todos los ojos estaban arrasados en lágrimas, y los corazones parecía querérseles salir del pecho a aquellos soldados valerosos. Volvieron los reyes a sus reales después de recibir el parabién y homenaje del nuevo reino, y aquella misma tarde, entre los diversos premios que se repartieron, puso don Fernando de su propia mano el

hábito de Calatrava a Salvador, y doña Isabel le regaló una cadena de oro, lisonjero galardón de su valentía y denuedo.

No era cumplido, sin embargo, su gozo, porque los recuerdos que entenebrecían su corazón, casi cerraban el paso a la luz de esperanza y de gloria que destellaban aquel día las cumbres de la Sierra Nevada; pero aun de este leve resplandor que le llegaba, parecía ofenderse la suerte. Departiendo estaba con Colón sobre el intentado viaje, cuando un correo que llegó al rey desde Galicia le trajo la última carta de fray Veremundo Osorio. Lleno de tribulación noticiábale el anciano cómo había descubierto el paradero de María, pero que más se holgara de no haberlo logrado jamás, pues que su triste amante la había perdido para siempre, y debía rogar a Dios por ella. Desde muy atrás se había arraigado semejante idea en el ánimo de Salvador; pero la realidad desnuda y yerma, acabó de romper en su pecho un resorte que imaginaba ya quebrado, y cortó el último hilo que podía guiarle en el laberinto de la vida. Vio seca de repente la fuente del consuelo; miró en torno de sí y hallóse solo; buscó el estruendo de las batallas, y por donde quiera palpó el silencio de la paz; nada encontraba, finalmente, donde saciar el ansia de su alma calenturienta y desquiciada. Colón, que comprendía su amargura, le habló entonces de un viaje portentoso, de peligros y de hazañas allá en el confín de la tierra, de una gloria duradera más que el mundo y que las edades; y la mente exaltada de Salvador guió sus alas hacia estos campos de luz que aquel gran hombre le mostraba.

Después de mil trabajos y penas salió por fin Cristóbal Colón del puerto de palos de Moguer, el día 3 de agosto, de 1492, enderezando su rumbo hacia Canarias, y aunque hasta allí pudo llevar sosegados los ánimos de su gente, su viaje en adelante fue un tejido de sublevaciones y de peligros en que a no haber contado con el corazón de Salvador, se hubiese hallado de todo punto solo. La inmensidad de aquellos mares solitarios donde el ojo y el brazo del mismo Dios eran los únicos que pudiesen verlos y ampararlos, y la amistad de aquel hombre extraordinario, que caminaba al través de los abismos en busca de una tierra desconocida, derramaron en el alma vacía y desconsolada de nuestro mozo un consuelo inefable y grande como su dolor. Caminaban entretanto, y su camino parecía sin fin. Los ánimos mezquinos de

aquella gente sin fe, encendiéronse, por último, en tales términos, que ya ni la elocuencia y serenidad del almirante, ni el denuedo de Salvador, podía impedirles que volviesen las proas hacia España. Colón, en semejante extremidad, les prometió y juró de hacerlo así, con tal que a los tres días no encontrasen tierra; pero apenas los conjurados le dejaron solo con su único amigo, cuando desatinado y alzando los ojos y las manos al cielo, exclamó con el acento de la desesperación:

—¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Me vedaréis como a Moisés la entrada en la tierra prometida, a mí que nunca he dudado de vuestra grandeza, a mí que no he tenido más consuelo en mis tribulaciones que una idea de gloria para vos y para mis hermanos? ¡Oh Dios mío, Dios mío!

Salvador fuera de sí se volvía y revolvía a todas partes, como si pidiese auxilio al espacio y al silencio, cuando de repente y con el rostro inflamado asió del brazo al almirante y le mostró una bandada de pájaros que batían sus alas hacia ellos.

—Vedlas, —le dijo con entusiasmo—, ved las palomas del arca santa, Dios os las envía sin número, cuando a Noé vino una sola.

Eran, en efecto, todas avecillas de poco vuelo, claro indicio de la tierra cercana; pero aquel plazo fatal de los tres días era como la espada de Damocles para el desolado Colón.

Aquella misma noche, a cosa de las diez, velaban ambos amigos en el castillo de popa, cuando llamó el almirante la atención de Salvador, señalándole una luz como de antorcha, que a lo lejos relumbraba. Subía el resplandor, bajaba y escondíase como si lo llevase una persona en la mano, y los dos lo observaban palpitando, hasta que Colón exclamó con voz de trueno:

—¡El Nuevo Mundo! ¡El Nuevo Mundo! He aquí que las tinieblas cubrían su faz, y yo lo he sacado de las tinieblas. Yo soy el espíritu de Dios, que era llevado sobre las aguas.

Al decir esto centelleaban sus ojos de tal modo, y estaba tan sublime, que Salvador cayó involuntariamente de rodillas delante de aquel hombre, exclamando también:

—Sí, capitán, sois grande como el espíritu del Señor, que cabalgaba en el torbellino—. Avergonzóse Colón entonces de aquel movimiento de orgullo, y dijo alzando a Salvador:

—Nunca el vaso de barro se levantará contra el alfarero que lo formó; del Señor es la redondez del orbe y la plenitud del mar, y nosotros no somos sino gusanos delante de Él.

Abrazáronse en aquel punto los dos amigos, y largo rato estuvieron así sin hablar palabra. Dos horas después ya las tripulaciones cantaban el *Te Deum* en acción de gracias.

La tierra que vieron al amanecer era la isla de Guanahaní, a quien Colón puso por nombre San Salvador, tanto en memoria del Dios que le había salvado, como de su generoso compañero. Tomaron tierra en seguida, en medio de los isleños asombrados, y Colón plantó el estandarte real y la cruz entre las aclamaciones de los suyos, que entonces le adoraban como a un Dios. Aquellos salvajes parecían de condición blanda y pacífica, y Salvador se internó en la isla, porque su corazón necesitaba latir a solas. Ostentaba aquella tierra todas las galas de la virginidad y de la juventud; sus pájaros, sus árboles, sus flores, todo era nuevo y milagroso; sus arroyos corrían más dulcemente que los pensamientos de una niña de quince años; era aquello la primer sonrisa de la naturaleza, un sueño de esperanza, de amor y de ventura. Todos los pensamientos de su vida pasada agolpáronse entonces de tropel a la memoria da Salvador, corrió de sus ojos larga vena de llanto, y con el pecho hinchado de sollozos, exclamó:

—¡María! ¡María mía! ¿Por qué no nacimos los dos en este paraíso, lejos de los poderosos de la tierra? Nuestras horas se deslizarían como estos cristalinos arroyos, e iríamos a dar en el océano del sepulcro con toda nuestra felicidad e inocencia. ¡Ángel de luz que estás junto al trono de Dios! Heme aquí solo y errante en estas playas apartadas, el corazón sin amor, y el alma sin esperanza. ¡Oh María, María!

Murmuró en voz más baja y se sentó llorando en la soledad con indecible amargura. Recobróse por fin al cabo de una buena pieza, y enjugándose las lágrimas fue a reunirse con sus compañeros y con Cristóbal Colón, de quien no se separó hasta su catástrofe, bien conocida de todos. Sabido es que los grillos y una sentencia de muerte fueron el galardón de sus servicios, y aunque el rey le recibió con distinción después, y se enojó por demás de la barbarie del juez Bobadilla, ni castigó a éste ni devolvió a Colón sus honores y prerrogativas.

Salvador pensó entonces en la justicia de los hombres y en las mentirosas glorias del mundo; la hiel que por tanto tiempo había ido filtrando en su corazón se derramó de él y emponzoñó su alma. Vio agostada aquella riquísima cosecha de fama y de honor que había soñado; se sonrió amargamente, y exclamó meneando la cabeza:

—Vanidad de vanidades, y todo es vanidad.

Volvió entonces su corazón al Padre de las misericordias, y diciendo un adiós eterno al desgraciado Colón, tomó el camino de San Mauro de Villarrando, resuelto a aguardar la muerte bajo sus bóvedas silenciosas.

### III Yerro y castigo

*—¡Sólo a una mujer amaba...!  
Que fue verdad, creo yo,  
Porque todo se acabó,  
Y esto solo no se acaba.  
Calderón. La vida es sueño*



**E**n una hermosa mañana de primavera del año 1493, un caballero de Calatrava armado de todas armas se apeó en la portería de San Mauro de Villarrando, y ya pisaba el umbral, cuando acertó a ver delante de sí la pasmada figura del padre Acebedo portero de la abadía, que con atónitos ojos le miraba.

—¿Tan mudado vuelve un antiguo amigo que no le conoce el padre Acebedo? —le dijo el recién llegado.

—¿Quién os había de conocer, Salvador —respondió el buen religioso abrazándole—, tan galán y gentil como venís con esa cruz de caballero al lado?

—Harta prisa me di para ganarla con aquellos perros —repuso Salvador con aparente jovialidad—, pero decidme, ¿y el santo Osorio?... —añadió, procurando encubrir su zozobra

—¿Pero sabéis que venís flaco y malparado en tales términos que nadie diría que erais vos? ¿Estáis enfermo?... ¡Jesús! ¿Y es éste aquel mozo tan gallardo? ¡Vaya! ¡Si parece que la vejez le ha cogido de improviso en lo mejor de su camino!

—Pero, ¿el venerable abad? ...—replicó Salvador con impaciencia.

—¡Ah, hijo! —contestó el buen portero—, está tan postrado con la carga de los años, que apenas se puede decir que vive. Ha mandado levantar una especie de ermita en su vivienda en la Hondonada del Naranco, y allí pasa las horas en la soledad sin venir nunca al monasterio... Estos días pasados hablaba mucho de vos y de la pesadumbre que le causaría morir sin que le cerráseis los ojos. Pero os ponéis tan pálido... ¿queréis tomar alguna cosa?

—No, nada —replicó Salvador procurando ocultar su turbación—; sólo os pido que le prevengáis acerca de mi llegada, porque podría hacerle mucho daño mi repentina visita.

—Sí, por cierto —dijo el padre Acebedo—, voy allá volando, pero venid vos también a aguardar la ocasión de abrazarle en la huerta.

Encamináronse en efecto los dos hacia allá, y el honrado portero con su prisa y alegría urdió con tanta sencillez como torpeza una fábula por entre cuyos hilos el buen abad vio harto claro lo que aquello quería decir; y levantándose con no vista y maravillosa presteza, se encaminó a la puerta gritando:

—¡Salvador! ¡Hijo mío! ¿Por qué no vienes?

Corrió éste desolado al encuentro exclamando:

—¡Oh, padre mío, padre mío! —y en el mismo dintel se abrazaron ambos sin ser poderosos a decir una palabra. Repuestos por fin y sosegados al cabo de una buena pieza, habló de esta suerte aquel varón piadoso:

—El cielo ha oído mis oraciones, y ahora después de haberte abrazado ya puede venir la muerte. Como los días del hombre pasan semejante a la flor del heno, y los míos están contados, anhelaba verte para descubrirte el secreto de tu familia y nacimiento. Largos años te aguardé; pero como no volvías y el plazo iba ya vencido, y a mi

diligencia estaba encomendado el abrir el pliego, rompí el sello y lo vi todo. Si en tu corazón se anida la vanidad mundana, regójate y alza la cabeza, porque eres hijo de los poderosos de la tierra. Doña Beatriz de Sandoval fue tu madre; y el que te engendró, mi compañero de juventud y dulce amigo don Pedro Girón, maestre de Calatrava.

—¿Con que, según eso —preguntó Salvador con ansiedad— el maestre don Rodrigo Téllez Girón, que murió en el cerco de Loja, era mi hermano?

—Sí por cierto; la misma sangre corría por vuestras venas.

—¡Conque era mi hermano! —respondió Salvador con una voz interrumpida de sollozos—, conque era mi hermanó y murió en mis brazos, y no pude estrecharle en ellos y decirle: ¡Hermano mío! ¿Cómo fui tan sordo, que no escuché la voz de la naturaleza que tan alto hablaba en mi corazón?

Salvador no había llorado ni aun al despedirse de Cristóbal Colón; sus últimas lágrimas habían corrido en las soledades del Nuevo Mundo, como testimonio de los dolores de un mundo antiguo. Desde entonces la esperanza voló de su corazón; de su misma tristeza sólo quedaron heces amargas y desabridas, y al tocar con sus dedos el bello cadáver de su amor y de sus ilusiones, sólo encontró un esqueleto descarnado y frío. Como quiera, la revelación de aquel secreto había pulsado en su alma una cuerda que imaginaba rota, y que respondió en son doliente a las palabras del abad; tan cierto es que allá en el fondo del corazón humano siempre hay un eco que responde a los dolores. Salvador había nacido de un amor que no recibió la bendición de la Iglesia, en la época revuelta y desdichada del reinado de Enrique IV; sus padres murieron cuando niño, y los celos de la madre de don Rodrigo Girón, que temblaba que el maestrazgo de Calatravas, concedido a su hijo, no pasase a su hermano, le acompañaron desde la cuna con tal constancia, que de seguro hubiese caído bajo sus golpes, si el buen abad de Cardeña, pariente de su madre, no le hubiese puesto al abrigo de los ignorados valles de Carucedo. Era su suerte la de conocer la vida por sus amarguras, y los amores de la tierra por los vacíos que su pérdida deja en el alma.

Pasado un buen espacio, y como el abad le viese ya más sosegado, le habló del porvenir que le aguardaba, de los deberes de su nacimiento y

de la fortaleza y magnanimidad propia de los hombres, y en especial de los caballeros. Salvador le respondió:

—Escuchadme, padre mío, porque mi resolución es seria y profunda, y quiero que la conozcáis. Ya sabéis que en mis dulces años amé con la pureza de los ángeles a un ángel que vino a consolar y embellecer estos valles, y que aquél amor se dispó como el rocío de las praderas. Entonces me lancé por el camino de la gloria, y delante de la vencida Granada el rey me vistió el hábito que veis; pero mi alma estaba enferma de soledad y de ansia de mayor nombradía. Busqué con un hombre enviado de Dios un nuevo mundo al través de la inmensidad y de los abismos del Océano y la tierra prometida desplegó a nuestros ojos todas sus galas y riqueza. La vista de aquellas playas sólo trajo lágrimas a mis párpados, vacíos a mi corazón y desengaños a mi entendimiento. Por premio de nuestros trabajos el gran Colón y yo hemos tenido grillos a los pies, y la cuchilla del verdugo sobre nuestra cabeza. Ya lo veis, padre mío; el amor es una flor del cielo que se agosta en esta tierra empapada en lágrimas, y la gloria no pasa de una dorada mentira. ¿Creéis por ventura que un corazón tan llagado como el mío se curará con el humo de las vanidades mundanas? ¿No era más bello el nombre que labré con mi espada, que el que la suerte tardía me ofrece ahora como por una burla cruel? Yo he venido a buscar el consuelo al pie de los altares y en el seno de la oración: Mi resolución es invariable, y si mañana mismo me abriéseis las puertas del santuario y recibiéseis mis votos, tened por cierto que la bendición de mi padre bajaría sobre mi cabeza, cubierta con la cogulla de San Bernardo.

Siguióse una larga pausa a esta declaración, sin que ni el religioso, ni el caballero se diesen prisa a romper el silencio.

—Salvador —le dijo por fin el anciano—, maravillado me dejas con tu resolución, y aunque no seré yo quien te la reprenda, menos te encubriré las dudas que me asaltan. Dudas tremendas por cierto; porque si el despecho y no la resignación te traen al silencio del claustro; si en vez de un corazón humilde llevas a las aras de Dios uno lastimado de orgullo y de desesperación, por ventura encontrarás la pelea donde pensaste hallar el descanso. Créeme, hijo mío, Dios no envía sus ángeles de consuelo sino a las almas que se desprenden y desatan de las aficiones de la tierra. Dime, ¿si llegases a encontrar un día a la mujer que amaste,

no maldecirías de la hora en que naciste?

Brilló entonces en los ojos de Salvador uno de aquellos relámpagos que dan muestras de las tempestades interiores, y dijo con suma zozobra:

—¿Pero no me dijisteis que murió?

—Sí, murió para ti y para todos, aunque su alma vivirá eternamente para Dios. —replicó el anciano prontamente.

—Pues entonces —añadió Salvador con sordo acento—, tanto mejor, y por caridad dadme vuestro santo hábito, que si no me juzgáis digno de él lo iré a pedir a la puerta de otro cualquier monasterio.

El prelado vacilaba todavía, hasta que el mancebo le dijo con entereza:

—¿Qué teméis? ¿No veis que mi frente ha comenzado ya a encalvecer, y que no hay ilusiones, ni engaños por dulces que sean, que resistan a treinta y tres años de pesares?

El religioso entonces como vencido, alzó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Hágase la voluntad de Dios!

A los pocos días tomó Salvador el hábito de San Bernardo en la iglesia de la abadía, y asimismo profesó; cosa en que vino el santo Osorio, vencido de sus ruegos, y usando de las facultades que tenía para dispensar el noviciado. Fácil es de conocer la admiración que causaría a todos los monjes semejante suceso; tanto más, cuanto que el nacimiento del nuevo hermano ya no era un misterio, y que además todos le habían visto llegar adornado con la cruz de una de las órdenes militares más gloriosas de España. Miraron como un predestinado al hombre que en la flor de su edad de aquel modo tenía en menos la halagüeña fortuna que el mundo le brindaba; y desde entonces le mostraron una especie de respeto que su austeridad y devoción aumentaban y engrandecían sobremanera. De allí a pocos días acaeció la muerte del venerable fray Veremundo Osorio, que pasó a mejor vida consumido de caridad y con toda la paz y el sosiego del justo, y en su lugar y como testimonio de veneración a su memoria, eligieron por sucesor suyo a fray Salvador Téllez Girón.

El nuevo abad trataba con dulzura verdaderamente paternal a todo el mundo; el rigor y la penitencia sólo consigo propio los usaba, y su mano no contenta con enjugar las lágrimas que la muerte de su predecesor

había hecho correr en el país, derramaba sin cesar beneficios y consuelos. A pesar de tanta caridad, los monjes antes esquivaban su compañía que la solicitaban. A veces encontrábanle paseando en un claustro solitario, y aunque pasasen junto a él, ni los sentía ni los saludaba; tan embebido andaba en sus meditaciones. Otras veces los que más cerca de él estaban en el coro oíanle pronunciar, en vez de los versículos sagrados, palabras incoherentes y sin sentido cuya significación no comprendían, pero por el acento con que salían de su boca, sucedía que les dejaban helados de espanto. Habitualmente permanecía encerrado en el oratorio de cámara abacial, donde se guardaba la imagen de una Dolorosa de que años antes había hecho merced al monasterio; y arrodillado delante de ella pasaba las horas. Parecía salida aquella virgen del pincel afectuoso y puro de Alberto Durero, así por la casta suavidad de la expresión, como por la corrección suma del dibujo y la delicada belleza de las líneas. Había desaparecido de su rostro toda la flor de lozanía y de juventud con que los pintores han solido adornar a María; no quedaban más que los misterios del dolor en aquella frente pálida y marchita, y la gracia y la magia primitiva, propia de la madre de Dios, oscurecidas por las nubes del pesar. Salvador, que según pudimos ver en el asalto del castillo de Alhama, era muy devoto suyo, acudió a demandarle su amparo y a mostrarle las heridas de su pecho; y en verdad que durante algunos días creyó que la reina de los ángeles le miraba con amor, porque encontraba un inexplicable consuelo en contemplar su dulcísimo semblante, manantial para su alma de suaves y desconocidas imaginaciones, que tanto se asemejan al recuerdo de las dichas pasadas, como a la esperanza de las venideras. Y, sin embargo, absorto en la contemplación de aquella imagen soberana, poniéndola a manera de talismán sobre sus más enconadas llagas, y amándola con toda la efusión de su alma, sentía su corazón apartado de la paz del justo, y como codicioso y celoso del amparo de aquella purísima virgen. Más de una vez se preguntó con la sangre helada de terror si las memorias de su vida pasada no venían a mezclarse, disimuladas e invisibles en sus religiosas meditaciones; y si en aquel semblante angélico no le representaba la fantasía otro semblante que por largo tiempo se había aposentado en su alma.

—Pero, ¿dónde —se replicaba sosegándose—, dónde aquella belleza infantil y florida? ¿Dónde aquella frente en que la alegría pusiera su asiento? Combates son estos del enemigo común —añadía ya con calma—; velemos y estemos en pie porque anda alrededor de nosotros como león rugiente buscando víctimas que devorar. Resistámosle con pecho fuerte, y andemos con valor nuestra jornada, pues que peregrinos somos en la tierra.

Así lo ponía en verdad por obra; pero sus combates interiores hacían su semblante cada día más adusto y sombrío, y daban a su voz cierto eco duro y destemplado que alejaba a las gentes.

Un año había pasado desde que le nombraron abad, y las cosas estaban en el estado que dejamos dicho, cuando una tarde que oraba delante de la Dolorosa de su oratorio, aconteció que nuestro conocido el padre Acebedo asomó presuroso por el cancel de la cámara, y se dirigió allá. Abrió la puerta con mucho tiento, y vio al prelado de hinojos en la tarima del altar, tan embebecido, que no le sintió.

—Sí: razón tenía aquel santo varón, —decía en voz baja y desconsolada— los espíritus de la calma no han venido a mí, y donde me fingí el descanso he palpado la incertidumbre y la pelea. ¡Oh Virgen pura! ¿No está limpio todavía mi corazón de las aficiones terrenas, y moriré sin que cierre mis ojos un sueño de paz?

La soledad del lugar, la luz oscura y apagada que entraba por una estrecha y aguda ventana de vidrios de colores, y que apenas dejaba ver el bulto confuso del abad delante de la borrada imagen de la Virgen y el acento desolado de aquellas breves palabras, amedrentaron al buen portero; así es que volvió atrás, hizo ruido y llamó al prelado, temeroso de enojarle si le sorprendía. Salió éste con aquel aspecto grave y recogido que tanto imponía a sus monjes, y le preguntó:

—¿Qué traéis, padre portero?

—Padre nuestro —respondió éste inclinándose—, de dos días a esta parte cunde en los alrededores una superstición extraña: dícese que una maga, o bruja, o no sé qué visión, viene por las noches a la fuente de Diana, y tan amedrentados tiene a los paisanos, que hasta los mismos criados del monasterio se excusan de llevar allí sus bueyes.

—¿Y no habéis vos procurado desvanecer semejantes mentiras? —preguntó el abad con tono severo.

—Sí; padre nuestro —replicó el portero— pero, ¿de qué puede servir mi humilde opinión delante de supersticiones tan añejas?

—Bien está —contestó el prelado—, id con Dios, que yo atajaré semejantes desvaríos.

Por el camino que antiguamente guiaba a las Médulas, y que, según dijimos en la primera parte, es un valle que en el día llaman Foy de Barreira, se encontraba a la mano derecha la linda y graciosa fuente de Diana, en una especie de retiro delicioso, que brindaba al pasajero con las sombras de sus árboles y la frescura de sus aguas. Los años y los hombres la habían, empero, destrozado, y sólo se conservaba el pedestal de la estatua derecho en medio del pilón aportillado, y el torso mutilado de la Diosa misma, caído por tierra a pocos pasos de distancia, y vestido de musgo y de hierbas silvestres. En aquel lugar habían pasado las primeras pláticas de amor entre Salvador y María, y, sin embargo, acercábase aquél sereno y repuesto a semejantes sitios, porque allí mismo había ido a desafiar importunos recuerdos, y allí mismo entendió dejarlos vencidos.

Alumbraba la luna desde la mitad de los cielos espléndidos y azules, cuando Salvador llegó a la fuente. Sus argentados rayos pasaban trémulos por entre los sauces que amparaban el manantial sagrado en otro tiempo, y con el leve movimiento de sus hojas fingían un encaje aéreo de reluciente plata que, al dibujarse en la rizada superficie del pequeño estanque, formaba un extraño mosaico, lleno de formas caprichosas y vagas. Reinaba alrededor silencio profundo, y sólo el monótono murmullo del agua y el canto lejano y riquísimo del ruiseñor turbaban la calma de las soledades. Como nada se divisaba por allí, el monje se sentó sobre la estatua de la Diana, cuando un rumor semejante al del aura de la noche, sonó a su lado, y vio pasar a la maga que, sin reparar en él, se sentó a la orilla de la fuente y se puso a mover las limpias ondas con su mano. Maga debía de ser en verdad, porque ni su blanco y tendido velo, ni su estatura aventajada, ni su esbelto y delicado talle, ni su ropaje extraño eran de humana criatura. Levantóse Salvador como sobresaltado, y comenzó a observar los movimientos de aquella fantástica criatura, que vuelta de espaldas hacia él, pronunciaba al parecer misteriosas palabras, que se perdían entre el ruido de la fuente. Levantóse a poco rato, y encaminándose hacia donde estaba el abad, quedóse éste helado de un religioso terror, viendo delante de sí la virgen

misma de su oratorio. Venía andando lentamente, y, cuando ya llegaba cerca, pronunció, con triste y apagada voz, estas palabras del Cantar de los Cantares:

—Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor.

¡No era la Virgen! Salvador dio un grito de aquellos que hielan la sangre, y cayó sin sentido sobre la estatua de Diana.

Cuando volvió en sí, halló a la maga de rodillas junto a él, rociándole la cara con agua de la fuente. Levantóse entonces acelerado, quiso huir, y como si la mano del destino le sujetara, permaneció inmóvil mirando con ojos desencajados aquella blanca y melancólica visión, hasta que al fin exclamó con una voz que partía las entrañas:

—¡María! ¡María! ¿Por qué tu sombra en estas soledades? ¿Qué has venido a pedir a los hijos de los hombres?

—¿Quién eres tú —respondió ella con una particular sonrisa—; tú, cuya voz me trae a la memoria la imagen de mis pasadas alegrías?... Aquí mismo —continuó yendo y viniendo con desatentados pasos—, ¡aquí mismo fui tan alegre y tan dichosa! Pero todo pasó y hoy ando sola por medio de los bosques y en el silencio de la noche, como la sombra de los muertos, y la corona se ha caído de mi cabeza.

Salvador entonces fuera de sí, se acercó a ella y le asió una mano, sin que hiciese el menor ademán, antes le miraba con una infantil y prolija curiosidad.

—¡Esto es verdad! —dijo Salvador— ¡Mis manos estrechan esta mano!, esto no es un antojo de mi loca fantasía. ¿Con que eres tú, María, la misma María?

—No soy la misma —replicó ella con gravedad— porque antes era María la dichosa, la bien querida, y hoy soy María la desdichada y la llorosa. Y sin embargo —añadió con una loca alegría, harto más dichosa soy que antes, porque aquellas redes de hierro me ahogaban, y ahora respiro el aire de la mañana en las alturas, y veo ponerse el sol, y salir las estrellas, y me siento en la orilla de las fuentes a platicar con los ángeles que bajan entre los rayos de la luna para consolarme. Pero ¿quién eres tú, que me has hablado con palabras tan dulces como las del hombre que amé en mis primeros años?

—Es que soy yo, yo, Salvador, mírame bien, ¿no me conoces?

—¿Quién? ¡Tú, Salvador! —repuso ella palpando su cabeza— ¿Dónde están, pues, tus hermosos cabellos castaños? ¿Dónde tu arco y tus flechas? ¿Dónde tu arreo de cazador y la gentileza de tu persona?

Y luego añadió como reflexionando:

—Tú no puedes ser, porque Salvador baja también algunas veces en los rayos de la luna y trae una ropa resplandeciente, y no ese triste hábito que tú vistes.

—Está loca, ¡loca, Dios mío! —exclamó Salvador retorciéndose los brazos.

—¡Loca, loca! —repuso ella repitiendo maquinalmente sus palabras— Bien pudiera ser que lo estuviese, porque he llorado y sufrido tanto que las lágrimas han consumido mi juventud y mi alma.

Dicho esto púsose a caminar alrededor de la fuente, cantando en voz baja versículos de Job y de Jeremías. Traía vestido el hábito de las novicias de san Bernardo, y una corona de flores marchitas en la cabeza; estaba flaca, descolorida y macilenta; de tanta lozanía y beldad sólo quedaba el óvalo purísimo de su cara y sus rasgados ojos; y la Dolorosa del monasterio pudiera pasar por traslado de aquella marchita hermosura. Salvador estaba allí a un lado sombrío y amenazador.

—Según eso —dijo con amargura— mis meditaciones, vigili­as y plegarias han sido incienso quemado en los altares de la tierra. Según eso, mis armas se han vuelto contra mí, y las piedras del santuario se han alzado para herir mi prosternada cabeza.

María pasaba entonces por delante de él cantando el versículo de Job:

—Hablaré con amargura de mi alma; diré a Dios "no quieras condenarme"; manifiéstame por qué me juzgas así.

—Tenía razón el santo Osorio —dijo el monje después de una breve pausa—, muerta estaba para mí, pero no para los pesares. Y yo la lloraba perdida en las soledades del Nuevo Mundo cuando ella me llamaba quizá desde el silencio del claustro... Es verdad —añadió mirándola—, las penas han secado el tallo de la flor, y el soplo de la muerte se llevará sus hojas amarillentas, como el viento de la noche sus palabras desordenadas y dulcísimas.

La monja pasó de nuevo entonando el verso de Job.

—“¿Por qué me sacaste de la matriz? ¡Ojalá hubiese perecido para que yo no me viera! Hubiera sido como si no fuera, desde el vientre

trasladado al sepulcro”.

Y en seguida se paró delante del abad, y dijo con voz apagada:

—“¡Oh, vosotros todos los que pasáis por los caminos, atended y ved si hay dolor semejante a mi dolor!”

Siguióse a estas palabras un profundo silencio, en que el eco lejano y distinto de las rocas repitió “¡semejante a mi dolor!”

—¡Oh!, sí —murmuró Salvador con voz sorda—; dolores hay que no caben en el corazón del hombre, y que sólo deberían llegar en las alas del ángel de la muerte.

María se había vuelto a sentar en el borde de la fuente, y miraba a la luna con distracción profunda. Recio combate pasaba en tanto en el alma del monje, y clara muestra daban de él su agitación incesante y viva, y las sombrías ojeadas que lanzaba alrededor.

—¿Qué he de hacer? —dijo por último en voz alta—. ¿Le he de abandonar cuando Dios la ha privado de su razón y el mundo de su amparo? María —añadió acercándose a ella—, es preciso que dejes este sitio y vengas conmigo.

Miróle ella fijamente y le contestó:

—Sí, iré tal, porque me hablas como quien se apiada de los infelices, y no me encerrarás entre las redes de hierro; ¿no es verdad? Mira, yo necesito ver los campos, las aguas y la luna, porque en su luz bajan los espíritus blancos que me hablan de mis pasadas alegrías.

Echaron a andar en silencio, y dado que la loca lo interrumpía alguna vez volviendo al cántico de las sagradas poesías, y se paraba a sacudir las gotas de rocío que a manera de líquidos diamantes colgaban de las ramas de los abetos, todavía llegaron a la puerta del monasterio, cuando no bien el alba comenzaba a reír. Paróse, sin embargo, la infeliz asustada, y dijo con desconsuelo:

—¿Sabes que me moriré si me vuelves a las rejas de hierro?

—Sí —respondió el abad con cariño; y por eso te llevo a unos campos llenos de flores y alumbrados por una luna resplandeciente.

Llamó en seguida al portero, y abrió esta la puerta de par en par; pero, cuál fue su asombro al ver aquel fantasma de mujer que cruzaba el ámbito de la portería con paso lento y triste ademán. Dio un grito de horror y se arrimó a la pared para no caer.

—¿Estáis en vos, padre Acebedo? —le dio el abad agarrándole.

—¡Ah! ¿Sois vos, padre nuestro? —respondió el asustado portero con indecible alegría— ¿Conque parece que vuestra paternidad la ha convertido al gremio de nuestra santa Iglesia?

—¿Qué estáis ahí hablando de conversión ni de Iglesia? —replicó el abad no poco enojado.

—Sí, padre nuestro, a la maga o bruja, o lo que es, que ha pasado por delante de mí...

—Necio sois en verdad; ¿no reparáis que es hermana nuestra, y que viste nuestro santo hábito? Está loca la infeliz, y sin duda se habrá escapado de algún convento.

—Tal vez estará endemoniada, y entonces entre los dos con sendos estolazos y conjuros la podremos librar del enemigo malo y...

Adelante pasara en sus remedios si una colérica mirada de su prelado no le atajase a lo mejor.

—Id —le dijo éste fríamente— y preparad el Retiro del Abad, porque allí quiero que descanse esta desdichada, que tal vez la soledad y el sitio la curarán harto mejor que vuestros consejos.

El pobre portero caminó a prisa para cumplir lo que se mandaba, no sin antes murmurar de la sabiduría de los prelados que siempre han de tener razón por más que a los súbditos les sobre.

El Retiro del Abad era la morada solitaria que había mandado construir el santo Osorio para pasar en ella los últimos días de su vida, y consistía en una reducida vivienda y una capilla en que se habían prodigado los primores del arte gótico. Dominaba esta graciosa fábrica la Hondona del Naranco, y a su vez, aunque más allá de la cerca de clausura, la enseñoreaban los negruzcos y descarnados peñascos que en el día sirven de límite occidental al Lago de Carucedo. Llegábase al pequeño edificio por un largo y frondoso emparrado, y desde sus miradores se divisaban los frescos y floridos vergeles de la abadía, las verdes colinas de los alrededores, y la masa grave y severa del monasterio; mientras a los pies, y en una deliciosa hondura, se distinguían grupos de granados y cerezos, cuyos troncos desaparecían entre romeros y retamas, que por su parte hacían sombra a un reducido número de colmenas, cuyas abejas sin cesar susurraban entre las flores. El único árbol corpulento que allí crecía era un robusto castaño, en cuyo ramaje anidaban las tórtolas y palomas torcaces. En suma, era un

sitio aquel que así se prestaba a los misterios de la meditación y del recogimiento, como a la contemplación de las escenas grandes y elocuentes de la naturaleza.

A este lugar condujo Salvador a María, y se separó de ella, diciéndole:

—Todo lo que ves puedes disfrutar y correr cuando quisieres; también la luna platea estas soledades, y aquí tienes un altar para pedir a Dios que vengan a ti esos ángeles que te consuelan.

Dicho esto, se alejó en compañía del padre Acebedo, que por su parte había cumplido con los deberes de la caridad trayendo del monasterio leche y frutas para alimento de la loca. Esta se había quedado contemplando la salida del sol por entre los montes del Oriente, sin echar de ver la falta de sus compañeros, que por su parte llegaron a la abadía sin hablar palabra; el abad, a causa de la tormenta que trabajaba su alma, y el portero amedrentado de su ceño y ademán sombrío.

Nuestros lectores se servirán volver atrás con nosotros, y recordar el día en que María y su desdichada madre salieron aceleradamente de Carucedo, sin que supiésemos quiénes eran, a dónde iban, ni qué propósitos eran los suyos. Hoy, que todos estamos enterados gracias al buen genio que acompaña la curiosidad de los historiadores, podemos anunciar que María era hija de un poderoso señor de Asturias, que don Alonso de Quirós se llamaba, y que de secreto se casó con nuestra Úrsula, doncella de buen linaje, pero tan inferior a su esposo en bienes de fortuna y en calidad, que toda su parentela se desabrió con él por demás, y comenzaron a denostarle sin recato ni miramiento. Tan adelante llevó las injurias un su deudo lejano, que don Alonso le provocó a singular combate; pero la fortuna, que tan ceñuda se le mostraba, tampoco de esta vez le favoreció, y quedó muerto en el campo, dejando a su mujer y a su hija de pocos meses cercadas de viudez y orfandad espantosas. Temiendo que Úrsula reclamase algún día la herencia de su hija, aquel linaje orgulloso la persiguió y vejó en tales términos, que la infeliz, abandonada de todos y por donde quiera rodeada de lazos y asechanzas, se vino a refugiar al valle de Carucedo, atraída de la fama de las virtudes del difunto abad.

Ya sabemos el triste fin de aquel descanso que imaginaba sólido y seguro, y que la pobre mujer, viendo a su hija expuesta a las persecuciones de un hombre desalmado y poderoso, huyó sin esperar consejo de nadie y en las de su terror, a buscar la protección de un caballero digno de este nombre, y que la amparase de sus perseguidores. Pero las tribulaciones habían minado su vida, y la muerte la sorprendió en un pueblo de las montañas de León llamado San Martín del Vallo. Con cuánta amargura cerrase los ojos esta desdichada, no hay por qué encarecerlo; baste decir que dejaba a su hija desamparada y sola en el mundo, y juguete de los malvados. Sin embargo, como a veces la fuente del consuelo brota en el arenal mismo del dolor, aconteció que la abadesa de un convento de religiosas bernardas, que había en aquel pueblo, la asistió con todo el esmero de la caridad cristiana, y la prometió mirar por su hija, con lo cual murió más resignada, encargando a ésta que buscase en el claustro un puesto contra las tempestades mundanas.

María por su parte, vuelta en sí de tan acerbo golpe, declaró el estado de su corazón a la piadosa abadesa, su nueva madre, y esta mujer, compadecida de la pobre huérfana, envió un mensajero al venerable Osorio, pidiéndole noticias de Salvador en una carta recatada. Duraba todavía la guerra de Granada, y el buen religioso, postrado por una larga enfermedad, estaba ya abandonado por muerto cuando llegó el mensajero de la abadesa de San Martín. Viendo frustrado el objeto de su viaje, procura éste al menos, como discreto, indagar el paradero de Salvador, que para todos era un misterio. Sin embargo, como donde quiera hay gente que todo lo sabe, no faltó quien le dijo que los arqueros de don Álvaro Rebolledo le habían preso y asesinado en su fuga, en venganza de la muerte de su señor. Como quiera que sólo siniestros indicios recogiese en sus pesquisas, dio la vuelta a San Martín, y a los pocos días tomó María el velo, y profesó, cumplido su noviciado.

Este velo santo, empero, no calmó la fiebre de sus dolores; y aquel corazón que no concebía más que el amor, que sólo para amar había nacido, se secó cuando la esperanza se derramó de él como de vasija quebrada. Era, por cierto, sobrado recio el combate que sin cesar trabajaba a aquella tierna y delicada criatura; así es que su razón se resintió al cabo de poco tiempo y vino por fin a perderla del todo. Sin

embargo, su locura era dulce y apacible, y de continuo hablaba de las alegrías perdidas, de las aguas y de la luna. Veíasela pasear a veces repitiendo versículos de los libros sagrados, que aplicaba casi siempre a su situación, y sólo se mostraba placentera mirando al astro de la noche y comunicando, según decía, con los ángeles blancos que venían a hablarle de las esperanzas del cielo. Así se pasó mucho tiempo hasta que un día su demencia pareció tomar otro carácter más sombrío, y comenzó a llorar amargamente, quejándose de que aquellos montes la ahogaban, y diciendo que iba a morir. Estaba el monasterio de San Martín, asentado en un valle angosto, cercado de peñascos y de silvestre aspecto, y como su situación encrudeciese la manía de la loca, la abadesa determinó trasladarla al de San Miguel de la Dueñas, en el Bierzo, que todavía se levanta a orilla del río Boeza, en la feraz ribera de Bembibre, y en situación deliciosa. Aquel país ameno y pintoresco aquietó por algún tiempo su ansiedad, pero poco tardó en decir que aquellas rejas la sofocaban, hasta que una noche escaló el muro de la huerta, y vagando por los montes, llegó al término de San Mauro, sin otro alimento que raíces y frutas silvestres.

Volvamos ahora a Salvador, que ceñudo, callado y a paso lento entró en la cámara abacial. Encerróse en su aposento, y paseándose desalentado y como loco, y poniéndose la mano sobre el corazón:

—¿Con que es verdad —exclamó— que siempre la he traído fija y clavada aquí como un dardo del infierno? ¿Con que a ella me encomendaba de hinojos ante los muros de Alhama, por ella lloraba en los bosques de Guanahaní, y delante de ella he venido a postrarme en el retiro del claustro? La piedra busca su centro, sin poderlo evitar; los ríos se arrastran al océano, y el hombre cumple su destino. En vano vela y despedaza su cuerpo, porque la hora llega y todo se acaba.

En realidad era su suerte en demasía miserable, y no es de extrañar que dudase y se desesperase.

De esta suerte se pasaron algunos días, y los monjes de San Mauro se preguntaban unos a otros:

—¿Qué tendrá nuestro buen prelado, que los ojos se le hundan, el rostro se le seca y de día en día se consume? ¿Para qué asistirá siempre al coro si acaso está enfermo, ni para qué caminará de esa suerte el primero por la senda de la penitencia?

Enfermo estaba en verdad, y no poco, porque su espíritu era un verdadero campo de batalla, y sus fuerzas desfallecían de tanto pelear. Al contrario, la monja se mejoraba y sosegaba de día en día, y muchas veces se le oía cantar con tono menos triste. Visitábala siempre Salvador en compañía de algún religioso, y sus palabras, si bien llenas de dulzura, eran graves y comedidas. Verdad es que más tarde, y en la soledad de su celda, se revolcaba por el suelo como San Jerónimo en el desierto, pero sus monjes nada adivinaban; tal era su circunspección y reserva.

La fuga de María alarmó, como era natural, a las religiosas de San Miguel, y por todas partes despacharon avisos y mensajeros en busca suya. Uno de ellos, después de haber recorrido todas las montañas de la Guiana, llegó por fin a San Mauro y entregó al abad una carta, dándole además cuenta de su mensaje. Púsose aquél pálido como la muerte; pero reponiéndose al punto, respondió al mensajero que la religiosa extraviada estaba allí, pero que de tal modo adelantaba en el recobro de su razón, que había resuelto guardarla por unos días más, después de lo cual él mismo la acompañaría con dos monjes y la dejaría en su casa. Otro tanto dijo por escrito a la abadesa, y con esto despachó al mensajero, que, sin perder tiempo, dio la vuelta a San Miguel. Largo tiempo permaneció el abad sentado en su taburete, revolviendo en su encendida imaginación mil encontrados y locos proyectos, como quien está en vísperas de una de aquellas crisis tremendas que deciden de la vida entera.

—¡Eso no! —dijo, por fin, levantándose como un león herido—. Apartarla de mí es imposible. He registrado los lugares más secretos de mi corazón, y en ninguno encuentro fuerza para llevar a cabo tan horrible propósito.

Salió en seguida de la celda, y sólo y con acelerados pasos se encaminó al Retiro del Abad. No estaba en él María, pero al punto la divisó sentada al pie de un romero y cerca de una colmena, mirando con atención la actividad de las solícitas abejas. Llegóse a ella y le dijo:

—¡María, mírame bien! ¿No te trae mi voz a la memoria el recuerdo de tus días alegres?

—Sí —respondió ella con ingenuidad—; ya te lo he dicho otra vez.

—Pero, ¡no me conoces! —añadió él con ansia—. ¿No conoces a tu Salvador?

Midióle la doncella de alto a bajo con sus lánguidos y hermosos ojos, y le replicó:

—No; tú no eres Salvador, porque mi amante había nacido para llevar el arco de los cazadores o el casco de los guerreros y no el hábito de los monjes.

Salvador se quedó por un rato suspenso, y en seguida, con la velocidad del rayo, tomó el camino de la abadía. En verdad que si hubiera reparado en la escena que a su alrededor se ofrecía, tal vez hubiera reflexionado más la extraña resolución que acababa de tomar, porque el cielo estaba cubierto de pardas y pesadas nubes, el aire caliente y espeso; los ciervos corrían bramando por las montañas, volaban los pájaros como atontados, y en las entrañas de la tierra oíanse una especie de rugidos sordos y amenazadores. Otra no menor tempestad, empero, rugía en el alma del desdichado, y así, sin hacer caso del trastorno que parecía amagar a la naturaleza, llegó a su celda, vistióse por debajo de su hábito el traje de cazador, ocultó asimismo entre sus ropas el arco y flechas y su gorra con plumas, y tomando en las manos su antiguo rabel, enderezó de nuevo sus pasos hacia la Hondonada del Naranco. Poco tardó en oírse entre las retamas el son del instrumento que acompañaba una canción de caza; y María, como si despertase del letargo de su locura, se levantó trémula, palpitante y escuchando con ansiedad, hasta que, por fin, exclamó:

—¡Salvador, Salvador!

Salió éste entonces con el gentil arreo de cazador, y la doncella, delirante y fuera de sí, vino a caer desmayada entre sus brazos. Mucho tardó en volver en sí, hasta que por último, repuesta ya, tornó a abrazar a Salvador, diciéndole con inefable ternura:

—¡Salvador! ¡Alma mía!

—¡María! ¡Amada de mi corazón! —respondía éste, cuando la gorra de cazador se le desprendió de la frente y descubrió la cabeza rasurada y el cerquillo de un monje.

La doncella, al verlo, desatóse de sus brazos como pudiera de los lazos de una serpiente—; miró con zozobra en torno suyo y vio el hábito de Salvador caído entre los brezos; reparó en seguida en su propio ropaje, lanzó una mirada errante y desencajada al convento, y como con aquel sacudimiento repentino recobrase su razón, mil ideas tan claras

como espantosas se agolparon en su mente, y exclamó cubriéndose la cara con ambas manos:

—¡Oh, desgraciado, desgraciado! ¿Cómo has podido ahusar así del infortunio de una loca ofrecida a Dios, tú que también has hecho tus votos delante de los altares? ¿Cómo has podido arrojar a tus pies ese hábito que para santificarte tomaste? ¡Vuélveme a mi claustro solitario y déjame morir con mi inocencia!

Salvador se quedó confuso y como anonadado por un rato, mordiéndose los labios y con los ojos clavados en tierra, hasta que con resolución desesperada le dijo, señalándole su hábito caído:

—¡Sí; lo he hollado porque me separaba de ti y porque todo lo atropellaría para llegar donde tú estás! ¿Sabes que después que te perdí he sido poderoso y afamado y que la nombradía y la riqueza me parecieron sin ti lodo despreciable? ¿Sabes que por huir de tu memoria me acogí como tú a un altar, y que el altar me rechazó y que el destino, con ímpetu irresistible, me ha lanzado a tus pies? Pues bien; ¡cúmplase mi estrella! ¡Ya nunca me separaré de ti, y al que quisiera dividirnos le arrancarí el corazón con mis manos!

En esto un bramido sordo se oyó allá en el seno de los montes, y la doncella dijo acongojada:

—¿No temes que la tierra se abra debajo de tus pies y que tus palabras te separen de mí por toda la eternidad?

Aumentóse entonces el ruido subterráneo, y el suelo comenzó a temblar bajo sus pies.

—¡Oh! —añadió la virgen con las manos juntas—; vuélveme al santo asilo de donde me arrancó mi locura, que tenemos al cielo irritado y la muerte nos cerca por todas partes.

—¡No! —respondió Salvador, ciego de amargura y de despecho—; Jamás me separaré de ti, y venga la muerte a sorprenderme a tu lado con tal que ruede yo en tus brazos por los abismos sin fin de la eternidad!

No bien acababa de pronunciar estas palabras cuando estalló el terremoto con la mayor violencia; vínose a tierra estrepitosamente el Retiro del Abad; cayóse igualmente la cerca de la clausura, y de los peñascos que enseñoreaban la hondonada brotó con fragor horrible una catarata semejante a las del diluvio, que se despeñó inundando y

arrastrándolo todo.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamó María cayendo de rodillas—. ¡Perdón para nosotros!

Tomóla Salvador en sus brazos y abalanzóse a subir el repecho; pero un trozo del edificio, que rodando venía, arrastró consigo a los dos desdichados, que desaparecieron bajo el remolino de aquella súbita inundación. Los monjes, asustados del terremoto y del estrépito de la catarata que ya invadía los sotos y la huerta del monasterio, salieron de tropel y subieron al Campo de la Legión, donde de rodillas y con las manos juntas rogaban a Dios. Aquel diluvio subterráneo continuaba en tanto vomitando su enorme columna de agua, y en menos de una hora ya toda la abadía presentaba la superficie turbia y alborotada de un lago tormentoso, por donde de trecho en trecho asomaban las cimas de los árboles más altos y las torres de la iglesia, como los mástiles de un navío colosal sorbido por las olas.

Entonces fue cuando un extraño espectáculo atrajo las miradas de todos los monjes, y era que un ropaje blanco y negro, como sus hábitos, flotaba sobre las aguas como el manto del Señor cuando caminaba con pie enjuto sobre la mar irritada, mientras un cisne de blancura resplandeciente, alzándose del agua y posándose en la cima de las rocas de donde brotaba la inundación, cantó con una dulzura y tristeza infinitas como si a morir fuese; después de lo cual levantó el vuelo y se perdió en las nubes.

Acordáronse al ver esto del prelado, a quien algunos habían visto encaminarse al Retiro del Abad, y de la pobre loca; y sobre ellos y sobre la aparición del hábito y del cisne se formaron extrañas conjeturas que cada uno glosaba y coloreaba a gusto de su imaginación, si bien todos estaban acordes en que un gran pecado debió producir tamaño trastorno. De todas maneras, los monjes, consternados y privados de su asilo, se retiraron a Carracedo, rico monasterio situado en la ribera del Cúa; y en el país quedó la tradición que acabamos de contar.



## Conclusión

Y es lástima en verdad que todo ello no pase de una de aquellas maravillosas consejas, que donde quiera sirven de recreo y de alimento a la imaginación del vulgo, ansiosa siempre de cosas milagrosas y extraordinarios sucesos; porque el asunto despojado de la hojarasca teológica de "mi tío don Atanasio el cura", que decía el barquero, y salva la flojedad y desaliño del curioso viajero, no deja de ofrecer interés. Por lo demás, *El Lago de Carucedo* tiene el mismo origen que la mayor parte de los otros, y lo único que le ha producido son las vertientes de las aguas encerradas en un valle sin salida. Por otra parte, es más que probable que ya en tiempos de los romanos existiese; porque las cercanías están llenas de vestigios de estos valerosos conquistadores, y suyo, y no de otra mano, parece el conducto subterráneo por donde esta hermosa balsa de agua descarga en el Sil parte de sus caudales y que desemboca por debajo del pueblo que llaman Peña Rubia. Tal es la verdad de las cosas, desnuda y fría; como casi siempre se muestra.



## Lecturas





## Tema y Leyenda en *El Lago de Carucedo*

PAZ DÍEZ-TABOADA

Situado en el extremo sur-occidental de El Bierzo y próximo al impresionante –y no menos legendario– enclave de Las Médulas, se halla el bello y apacible Lago de Carucedo al que, como en el caso de otros lagos y lagunas del noroeste de España, la imaginación y tradición popular ha dotado de carácter legendario.<sup>10</sup> La más conocida de las leyendas sobre este lago es la que aparece en la “Crónica del Pseudo-Turpín” o parte IV del Liber Sancti Iacobi (contenido en el Codex Calixtinus, así llamado por haber sido falsamente atribuido al papa Calixto II), en donde por tres veces se cita la ciudad de Lucerna. Primero, al enumerar las cien ciudades españolas supuestamente conquistadas por Carlomagno, se incluye “Lucerna Ventosa, que se llama Carcesa y está en Valverde.” Al final, se dice que “todas las citadas ciudades unas sin lucha, otras con grandes batallas e insuperable estrategia, las conquistó [Carlomagno] entonces, excepto la mencionada

---

<sup>10</sup> “Pocos pasos después del pueblo de Carucedo y a orillas de la carretera se encuentra el famoso lago, rico en leyendas, en descripciones poéticas, rodeado de misterios ante los ojos del vulgo, ameno y seductor para quien por primera vez lo contempla.” (P. César MORÁN, *Por tierras de León. (Historia, costumbres, monumentos, leyendas, filología y arte)* [1925]. León, Diputación Provincial, 1987, pp. 95-96). También: “Antiguamente, en la dirección del lago de Carucedo y muy cerca de él, existió una ciudad, llamada Lucerna, que fue construida por los romanos. Un día una gran riada de agua que surgió de entre Las Médulas inundó la ciudad y ésta desapareció sepultada. Los hechos ocurrieron cuando la gran guerra de espadas.” (David Gustavo LÓPEZ, *Las Médulas. Tecnología e historia de la mayor explotación aurífera romana*. León, Nebrija, 1980, p. 151). Es lástima que el autor no dé nombre, edad ni referencia alguna de su informante, ni tampoco la transcripción exacta de la leyenda, tal y como él la recibió.

Lucerna, fortificadísima ciudad que está en Valverde y que no pudo tomar hasta lo último. Pero finalmente llegó junto a ella, la sitió y mantuvo el sitio por espacio de cuatro meses, y tras elevar sus preces a Dios y a Santiago, cayeron su murallas y permanece inhabitable hasta hoy en día, pues en medio de ella surgió un estanque de aguas negras en donde se encuentran grandes peces negros”<sup>11</sup>; y, por último: “Éstas son las ciudades que él [Carlomagno] maldijo después de conquistarlas con laborioso esfuerzo, y, por eso, permanecen hasta hoy sin habitantes: Lucerna Ventosa, Cappara y Adamia”.<sup>12</sup> Además, en varias *chansons de geste* que se basan en el Pseudo-Turpín y lo completan, también se nombra Lucerna; entre ellas, en las de Gui de Bourgogne (h. 1211) y Anseïs de Carthage (h. 1230-50), que contienen relatos muy semejantes sobre la sumersión de la legendaria ciudad.

A partir de estos tres relatos y auxiliándose de algunas otras fuentes, Joseph Bédier, en un ya famoso y magnífico estudio, llegó a la conclusión de que la misteriosa “Luiserne ou Ventosa était en Valverde, près du lac de Carucedo et sur le territoire de l’abbaye du même nom, qui s’élevait à deux kilomètres de la route de Compostelle.”<sup>13</sup> Bédier identifica Ventosa con El Castro de la Ventosa, colina próxima al pueblo de Pieros, entre Cacabelos y Villafranca, en donde estuvo emplazada Bergidum Flavium, antigua ciudad astur y capital romana de

---

<sup>11</sup> “Selon une interprétation vraisemblable de Gaston Paris, ces grands poissons noirs son les Sarrasins de Luiserne, métamorphosé par la malédiction de Charlemagne”; y en nota a pie de página: “*Histoire poétique de Charlemagne*, p. 270, note 1. G. Paris rapproche de cette légende une histoire des *Mille et une nuits* (*Histoire du jeune sultan des Îles Noires*).” (Joseph BÉDIER, *Les légendes épiques. Recherches sur la formation des chansons de geste*. Paris, Édouard Champion, 3ª éd.: 1929, t. III, p. 156). En el citado cuento de *Las mil y una noches*, la reina, que es una bruja, convierte en peces a los habitantes de la capital del reino: blancos, los musulmanes; rojos, los mazdeístas; azules, los cristianos y amarillos, los judíos.

<sup>12</sup> *Liber Sancti Iacobi. Codex Calixtinus*, trad. Abelardo Moralejo, Camilo Torres y Julio Feo. Santiago de Compostela, CSIC, 1951, pp. 411, 413 y 414. El texto latino dice: “Lucerna Ventosa quae dicitur Karcessa quae est in valle viridi.”

<sup>13</sup> BÉDIER, ob. cit., pp. 165-166; para todo lo referente a “la ville légendaire de Luiserne”, ver pp. 152 y ss. Bédier oscila algunas veces entre los nombres de Carucedo (pueblo y lago), Carrucedo (no existe en la comarca) y Carracedo (nombre de la abadía o monasterio).

El Bierzo, comarca a la que dio nombre; Carcesa, topónimo emparentado con Carucedo y Carracedo, era otro nombre que se le daba a Ventosa en los primeros siglos de nuestra era, según el martirologio romano, algunos antiguos breviarios y las Acta Sanctorum de los Padres Bolandistas; y Valverde es el antiguo nombre del dominio de Corullón, en el valle formado por la confluencia de los ríos Burbia y Sil. Por último, Bédier confirma la existencia de los peces negros del lago de Carucedo en el Diccionario geográfico de Pascual Madoz; y las ruinas que justifican la existencia de una ciudad maldita las encuentra en Las Médulas, que, con sus picachos de tierra roja y descarnada, bien pueden parecer, vistos de lejos y sin demasiada imaginación, los “murs vermeils” del Gui de Bourgogne o “Li mur... plus vermeil ke charbons en foier” del Anseïs. Sólo queda en la sombra del misterio el nombre de la ciudad: Lucerna.

En su estudio sobre la leyenda del lago de Sanabria, Cortés y Vázquez<sup>14</sup> recoge una versión en Ribadelago según la cual la ciudad sumergida se llamaba Villalverde de Lucerna<sup>15</sup> y recuerda que la leyenda se formó “al paso de las peregrinaciones jacobeanas”, puesto que “la Puebla de Sanabria era un centro de concentración de peregrinos”; sin embargo, si exceptuamos el nombre de la ciudad y su sumersión por castigo divino, la leyenda no presenta ninguna similitud con las de los textos carolingios –que fueron elaboradas por franceses que fantasearon sobre lugares españoles e, incluso, a veces, a partir de leyendas españolas<sup>16</sup>–; y, en cambio, se parece mucho más a la mayoría de las del noroeste español. Cortés no duda en afirmar que “la leyenda de la ciudad sumergida, aunque traída por las peregrinaciones, es de

---

<sup>14</sup> Luis L. CORTÉS Y VÁZQUEZ, *La leyenda del Lago de Sanabria*, RDTP, IV (1948), pp. 94-114.

<sup>15</sup> Así en la versión de Ribadelago y sólo *Villalverde* en la recogida en San Martín de Castañeda (no “Villaverde”, como se lee en cuerpo del art. cit., pp. 109 y 110). En una utópica aldea junto al lago de Sanabria ubicó Unamuno su novela *San Manuel Bueno, mártir* (1931), pero, según el nombre latino e invirtiendo el sintagma, la llamó “Valverde de Lucerna”.

<sup>16</sup> Al tratar del *Anseïs de Carthage*, dice Bédier: “G. Paris a reconnu le premier l’origine de ce récit: ‘on ne peut, dit-il, en méconnaître la parenté avec la célèbre légende du rou Rodrigue et de Florinde, ou la Cava, la fille du comte Julien’” (*Histoire poétique de Charlemagne*, p. 277); BÉDIER, ob. cit., pp. 151 y ss.

indudable origen céltico”: doble afirmación algo precipitada, porque es posible que el tema central de la leyenda de Sanabria ya fuera conocido en España antes de la Edad Media y, por otra parte, céltico sólo parece ser el segundo tema, complementario del primero.

Dice Van Gennep, al tratar de las leyendas relativas al mundo natural: “Las inundaciones locales dieron nacimiento a todo un ciclo de temas que bajo la influencia de los misioneros, ha tendido a identificarse con el tema bíblico del Diluvio. [...] A menudo ha habido convergencia entre este ciclo y el de las ciudades sumergidas (p. ej., la ciudad de Is), por el tema del castigo sobrenatural. [...] En definitiva, se debe, no obstante, admitir gran número de regiones originarias para el tema central, el de la destrucción de un grupo humano por las aguas, sobreviviendo al desastre una sola familia, que asegura la reconstitución de la especie humana.”<sup>17</sup>

Este tema central del que habla Van Gennep, se estructura en cuatro motivos básicos, en torno a los cuales se articulan otros muy diversos que pueden aparecer o no, según épocas, territorios y culturas a los que pertenezcan las leyendas. Estos motivos principales son: a) el pecado o transgresión de una norma o precepto religioso, lo que provoca: b) el enojo de la divinidad, que manda: c) el castigo por medio de las aguas; no obstante lo cual, se produce: d) la salvación de un grupo humano – familia, pareja– o de un individuo, frecuentemente, por directa intervención divina. Dejando aparte los relatos del Diluvio, un grupo de leyendas presenta dos importantes particularidades –2º ciclo temático–: 1º. El pecado que provoca el castigo sobrenatural es la transgresión de las normas de la hospitalidad. 2º. En el lugar en que habitaba el grupo humano pecador se forma un lago o laguna. En estos relatos, el agua no es sólo agente de destrucción y purificación, como en los del Diluvio, sino que, además, el lago da testimonio del hecho catastrófico y patentiza el castigo sobrenatural a causa del pecado, lo que, verbalizado como *exemplum*, se mantiene en la memoria colectiva. Así, en el relato

---

<sup>17</sup> Arnold VAN GENNEP, *La formación de las leyendas* (facsimil ed. 1914). Barcelona, Alta Fulla, 1982, pp. 78 y 79.

bíblico de la destrucción de Sodoma<sup>18</sup>, el pecado principal es la homosexualidad, pero se encuentra agravado por la inhospitalidad, como lo manifiesta la intención sexualmente agresiva de los sodomitas con los dos mensajeros de Yavé. Además, y aunque el castigo no es el agua, sino que “el Señor desde el cielo hizo llover azufre y fuego” – probable explicación religiosa de una erupción volcánica–, la tradición bíblica de que Sodoma estaba situada en la hondonada que anegaron las aguas del Jordán –río purificador e iniciático–, formando el Mar Muerto, presenta, quizá por primera vez, la ciudad pecadora hundida en un lago.

En el episodio de Filemón y Baucis<sup>19</sup>, es el carácter inhospitalario de la desconocida ciudad de Frigia o de Bitinia lo que provoca el enojo de Júpiter y Mercurio, que, metamorfoseados en figura mortal y viajeros por la tierra, sumergen la ciudad impía en la laguna, salvándose únicamente los que acogieron a “los celestes”; pero –diferencia importante respecto de los relatos bíblicos–, en este precioso texto de Ovidio, que es un *exemplum* cristiano *avant la lettre*, los “piadosos” no son una pareja todavía joven o una familia que, como decía Van Gennep, pueda “reconstituir la especie humana”, sino un matrimonio de pobres ancianos que sólo pueden dar testimonio de que la impiedad es castigada por los dioses y de que la actitud compasiva es recompensada, incluso en los pobres que apenas tienen nada que dar y en los ancianos que ya no pueden transmitir la vida.

Si no esta misma leyenda, otras muy semejantes, en las que Ovidio pudo basarse, parecen ser, una vez cristianizadas, el precedente, en cuanto al núcleo temático principal, de la mayoría de las del noroeste español<sup>20</sup>: Jesús, solo o acompañado por San Pedro, Santa María, la

---

<sup>18</sup> *Génesis*, cap. 19, vv. 1-29, en *Nueva Biblia Española*, trad. Luis Alonso Schökel y Juan Mateos. Madrid, Cristiandad, 2ª ed.: 1977, pp. 44-45.

<sup>19</sup> OVIDIO, *Metamorfosis*, II (Lib. VI-X), ed. Antonio Ruiz de Elvira. Barcelona, Alma Mater, 1969, pp. 120-125. El editor indica en nota a pie de página: “No se sabe de dónde pudo tomar Ovidio el famosísimo relato que sigue, de Baucis y Filemón. No existe ninguna otra referencia a él fuera de este pasaje, ni sus protagonistas aparecen mencionados en ningún otro poeta ni mitógrafo” (pp. 121).

<sup>20</sup> Para Antela (Ourense), Xesús TABOADA CHIVITE, *Las leyendas de la laguna Antela*, en *Ritos y creencias gallegas*. A Coruña, Sálvora, 1980, pp. 221-235. Para Doniños (A

Sagrada Familia o Santiago Apóstol, como mendigos caminantes, no encuentran asilo ni caridad, salvo en una pobre anciana o en una humilde familia o pareja. Unas veces, la ciudad impía es pagana e idólatra: adora a Baal –motivo bíblico– o al gallo –motivo druídico y, por tanto, de origen celta–, o es musulmana y, en todo caso, se resiste a ser cristianizada. Ya veíamos en los textos carolingios que la sarracena Lucerna se resistía a ser conquistada por cristianos; y esta resistencia se encuentra también en la leyenda bretona de la ciudad de Is –Ker-Is (ciudad baja) o Ker-Ris (ciudad de la ribera)–, que, por una gigantesca marea, quedó sumergida en la bahía de Douarnenez (Bretaña) en el s. V. Sobre este hecho catastrófico la imaginación popular proyectó una antigua leyenda céltica, contaminada de cristianismo, en la que la princesa Dahud, que se resiste a abandonar el druidismo y que es una gran pecadora, se enamora de un misterioso y brillante príncipe vestido de rojo y, para complacerle, roba a su padre, el rey Gradlon, la llave “del pozo del abismo”. El príncipe rojo abrirá las compuertas de la ciudad a la marea alta y San Gwénolé arrojará en el turbión a la princesa, a la que su padre intenta salvar huyendo a caballo.<sup>21</sup>

Un tercer ciclo temático, común a las leyendas del noroeste español, a la de la ciudad de Is y a muchas otras leyendas francesas, presenta la ciudad sumergida perviviendo en el “otro mundo” subacuático de lagos, lagunas, ríos, bahías o, incluso, del océano; quien a ellos se acerque en ciertos días del año –San Juan, Navidad– o a ciertas horas –al amanecer, a las 12 de la noche– oirá voces, repique de campanas y el canto de los gallos de la ciudad; además, en ciertos pozos próximos, verá asomar la

---

Coruña) y Cospeito (Lugo), Leandro CARRÉ ALVARELLOS, *Las leyendas tradicionales gallegas*. Madrid, Espasa-Calpe, 2ª ed.: 1978, pp. 51-53 y 90-92, respectivamente (Carré indica que la ciudad sumergida en Cospeito se llamaba “Bería”). Para las tres citadas y, además, San Miguel de Villaplana (Lugo), Pedro de FRUTOS GARCÍA, *Leyendas gallegas. De Breogán al fin del mundo*. Madrid, Tres-Catorce-Dieciséiete, 1981, pp. 33-36 y 79-80 (según Frutos, la villa asulagada en Cospeito es “Valverde”; y el mismo nombre le da José María CASTROVIEJO en *Galicia. Guía espiritual de una tierra*. Madrid, Espasa-Calpe, 2ª ed.: 1970, pp. 461 y 469). Para Estabañón o Labañón, FRUTOS, *Leyendas gallegas (II). De la iniciación al mitogenismo*, pp. 105-108. Para los lagos de Isoba (León), César MORÁN BARDÓN, “Notas folklóricas leonesas”, *RDTP*, IV (1948), pp. 67-68.

<sup>21</sup> Yann BREKILIEN, *La mythologie celtique*. S.l, Marabout, 1981, pp. 168-171.

veleta del campanario con figura de gallo. Así, pues, en determinados momentos en que se abre o cierra un ciclo temporal, la vieja realidad se hace presente, pero, pasado el instante mítico, un nuevo ciclo recomienza y todo vuelve al silencio de la sombra. Es este tema el que se supone de origen céltico, que también aparece en la *Getica* de Jordanes, en la narración de la emigración del pueblo godo bajo el rey Filimer, desde Escandinavia a Escitia<sup>22</sup>.

Sea cual sea su origen, lo que parece dudoso es que fuera traído por las peregrinaciones jacobeanas a una tierra tan conservadora de mitos y leyendas como es el noroeste español, que, además de los enclaves célticos de que habla Estrabón, conoció un importante reino suevo y tuvo destacado papel en la España visigoda, aparte de sus relaciones por mar con Irlanda y Bretaña. En cambio, de la época de las peregrinaciones a Santiago parecen ser los motivos artúricos y carolingios y los propiamente jacobeanos; así, Carlomagno hunde la ciudad de Lucerna, los mosquitos de la laguna de Antela son Artús y sus caballeros; “en el lago Somido [al pie de Las Médulas, en León] se encuentran sumergidos la espada de Roldán, capitán de “Carromanos”, y el barril de Oliveros. [...] Antiguamente eran contemplados por cuantos se acercaban al lago a las diez de la mañana del día de San Juan”<sup>23</sup>, etc.; y en la leyenda de Estabañón o Labañón, es Santiago Apóstol, que andaba por el mundo como misionero, quien hunde la ciudad en las aguas de la ría de Vivero, etc.

Sin duda, en estas leyendas se intentaba dar una explicación religiosa a fenómenos naturales catastróficos que resultaban inexplicables. Los cataclismos acuáticos son interpretados como castigo por la alteración del orden formal establecido, pero también como mito de purificación y regeneración. El “salvado de las aguas” es quien no ha transgredido y ha respetado el orden; él podrá reconstituir “un orden nuevo”. Por el contrario, quien transgrede o se resiste quedará sumergido, vuelto así, por tanto, a lo preformal, al caos. Las aguas, que “symbolisent la somme universelle des vir-

---

<sup>22</sup> Ramón MENÉNDEZ PIDAL, *Los godos y la epopeya española. “Chansons de geste” y baladas nórdicas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1956, pp. 13-14.

<sup>23</sup> LÓPEZ, ob. cit., p. 151.

tualités”, purifican y regeneran “la ciudad pecadora” que podrá, cíclicamente, tener una nueva posibilidad de existencia.<sup>24</sup>

En el verano de 1840 y en el Semanario Pintoresco Español<sup>25</sup>, publicó Enrique Gil y Carrasco la que habría de ser su primera novela, *El Lago de Carucedo*<sup>26</sup>, con el subtítulo Tradición Popular, a la manera de los cuentos y tradiciones en verso de Espronceda, Zorrilla y otros románticos. La novela está formada por una Introducción descriptiva del lago y su entorno, a la que siguen “un cuento regionalista, un cuento histórico y una leyenda en prosa parecida a las que Bécquer escribirá más tarde”<sup>27</sup>, terminando con una breve Conclusión. La obra posee una evidente falta de unidad estructural, lo que la hace aparecer como un ejercicio de narraciones yuxtapuestas, no obstante lo cual, es de agradable lectura. En ella se manifiestan los cinco aspectos más destacados de la personalidad literaria de Gil: su amor a El Bierzo, su gusto por lo descriptivo y por lo histórico, su carácter sentimental y su talento crítico y observador. Lo fantástico no es su fuerte, pero aprovecha el carácter legendario de *El Lago de Carucedo*, situado en uno de los más bellos parajes de su patria chica, para montar una trama erótico-religiosa, en la que incrusta unos episodios históricos de los que fácilmente hubiera podido –y debido– prescindir, puesto que son una digresión respecto de la acción principal.

Partiendo del viejo recurso del “manuscrito encontrado”, Gil sitúa la acción a finales del siglo xv, en un desaparecido monasterio bernardo, San Mauro de Villarrando, a orillas del lago. En él vive acogido

---

<sup>24</sup> Mircea ELIADE, *Le sacré et le profane*. Paris, Saint-Amand, 1965, p. 111, y Vicente RISCO, *Orden y caos. Exégesis de los mitos*. Madrid, 1968, pp. 170 y ss. Cito por TABOADA, ob. cit., p. 234. También ELIADE, *El mito del eterno retorno. Arquetipo y repetición*. Buenos Aires, Emecé, 2ª ed.: 1968, pp. 79-91, especialmente.

<sup>25</sup> En la serie II, núms. 29 al 32, correspondientes a los días 19 y 26 de julio y 2 y 9 de agosto (pp. 228-229, 235-239, 242-246 y 250-255, respectivamente). Cito por Jean-Louis PICOCHÉ, *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*. Madrid, Gredos, 1978, p. 381.

<sup>26</sup> Enrique GIL Y CARRASCO, *Obras completas*, ed. Jorge Campos. Madrid, Atlas, 1954, BAE, t. LXXIV, pp. 221-250.

<sup>27</sup> PICOCHÉ, ob. cit., p. 335.

Salvador, de origen desconocido, que, en sus correrías de caza por los alrededores, se enamora de María, bella y humilde pastora, forastera en la comarca; pero también el brutal y lujurioso castellano de Cornatel, don Álvaro Rebolledo, ha puesto en ella sus malos ojos y decide raptarla. A los gritos de María acude Salvador, se enfrenta con su rival y lo mata, por lo que ha de huir para no caer en manos de los esbirros del de Cornatel. La segunda parte relata la marcha de Salvador, su participación en la guerra de Granada y posterior ida a América con Cristóbal Colón.

Ya en la tercera parte, Salvador regresa a Villarrando y, al saber que María ha profesado en un convento, toma él también el hábito religioso. Muerto el abad, su protector, Salvador llegará a ser el nuevo abad, destacándose por su dulce trato y sus rigurosas penitencias; no obstante, el recuerdo de su amada persiste en su mente y en su corazón. El portero del monasterio coadyuva a la intranquilidad de ánimo de Salvador, pues le comunica que una maga o visión ronda por las noches la fuente de Diana, en los jardines cercanos al monasterio. Como era de esperar, la maga no es otra que María que, enloquecida, ha huido de su encierro en busca de su pasado de amor y de su libertad. Junto a la fuente, de noche, Salvador reconoce a María, pero ella vive absorta en sus recuerdos, fuera de la realidad, y el abad la acoge en un pequeño edificio en los jardines del monasterio. Él volverá a visitarla en las noches siguientes y, poco a poco, ella va reconociendo a su amado.

Aunque Salvador redoble sus mortificaciones, el amor se abre paso impetuoso, hasta tal punto que, en la última visita, la propia María, ya recobrada la lucidez, se asombra de la fuerza de la pasión que mueve a su amante y que a ella misma la envuelve; y al reprocharle a Salvador, que, como en otro tiempo, se ha vestido de cazador bajo su hábito, que lo haya dejado caer, y suplicarle que la vuelva a su claustro, él responde: “El destino, con ímpetu irresistible, me ha lanzado a tus pies. Pues bien ¡cúmplase mi estrella!...” En ese momento la tierra comienza a bramar y a temblar. Todavía insiste María: “Vuélveme al santo asilo de donde me arrancó mi locura, que tenemos al cielo irritado y la muerte nos cerca por todas partes”; y, cuando Salvador formula las terribles palabras: “¡Jamás me separaré de ti y venga la muerte a sorprenderme a tu lado con tal que ruede yo en tus brazos por los abismos sin fin de la

eternidad!”, estalla el terremoto “y de los peñascos que enseñoaban la hondonada brotó con fragor horrible una catarata semejante a las del diluvio, que se despeñó inundando y arrastrándolo todo”.<sup>28</sup> Sobre las aguas turbulentas aparece flotando un hábito blanco y negro, mientras un blanco cisne majestuoso surge de las aguas y, “posándose sobre los peñascos, emitió su canto y a poco levantó el vuelo.” El episodio finaliza con el asombro y las conjeturas de los monjes sobre tan extraño suceso, los cuales, al quedar su monasterio sumergido en las aguas, se retiran al de Carracedo: “y en el país quedó la tradición que acabamos de contar”.

La novelita concluye con una breve explicación racionalista, con la que Gil, además de presentarse como un esprit fort, trata de no dar pábulo a la creencia popular en el carácter misterioso y legendario del lago, haciendo hincapié en que ha sido formado como cualquier otro; y su referencia a que quizá ya existiera en tiempos de los romanos parece ser respuesta a la certeza de los habitantes de la comarca de que este lago artificial, es de reciente formación y debido, sin duda, a la concentración de las aguas residuales de la cercana explotación aurífera romana de Las Médulas.<sup>29</sup>

Quizá Gil no conocía los relatos carolingios –o no los relacionados con el lago–, puesto que no hay ninguna alusión a ellos en otras obras suyas, como, por ejemplo, el *Bosquejo...* (1843) o *El Señor de Bembibre* (1844), en las que, por otra parte, se extiende larga y detenidamente en descripciones y anécdotas sobre el Lago, Ventosa, Las Médulas y otros lugares de El Bierzo; sin embargo, es muy probable que conociera

---

<sup>28</sup> “La tempestad, presagio de un pecado, seguida, en el momento fatal, por un terremoto, es una semejanza con *El lago de Carucedo*”, indica PICOCHE al referirse a *La heredera de Sangumí* (1835), de Juan CORTADA Y SALA, como posible influencia en la obra de Gil, ob. cit., p. 257, n. 83.

<sup>29</sup> “Lo fantástico [...], muy desarrollado entre los románticos ingleses, es poco cultivado por los españoles; que sienten repugnancia instintiva a utilizar materiales irracionales. Hay, sin embargo, autores que escriben relatos de aspecto fantástico para los que proponen luego una solución lógica. Tal es el caso de la Avellaneda en su cuento *La ondina del lago azul* o de M. A. Príncipe en el cuadro segundo de su drama *El conde don Julián*.” (PICOCHE, ob. cit., p. 221). Para todo lo referente al origen del lago y su relación con la explotación romana de Las Médulas: LÓPEZ, ob. cit., pp. 129-134.

leyendas y breves relatos sobre ellos.<sup>30</sup> Por supuesto, Gil no pretende dar aquí –como parece suponer Cortés en su conocido artículo– “la leyenda del Lago Carucedo” [sic]<sup>31</sup>, como si, necesariamente, tuviera que responder esta novela al modelo literario fijado en los textos carolingios o coincidir con las versiones del Lago de Sanabria; sino que, sencillamente, Gil escribe una novela en la que, con libertad, fabula y fantasea sobre el famoso lago, basándose en la vox populi que le suponía un misterioso origen.

La obra manifiesta una marcada influencia del Don Álvaro del Duque de Rivas: el protagonista es de origen desconocido, pero noble; mata violentamente a su rival, por lo que huye y se enrola en una acción militar; más tarde, toma el hábito religioso, lo mismo que su amada, a la que encuentra casualmente cerca de su monasterio; los monjes presencian la catástrofe final, la amada muere y parece ser que el protagonista se condena; pero “es evidente que las diferencias son notables. La casualidad tiene menos relieve que en la obra del Duque; la voluntad del protagonista está más marcada: él mismo recoge cerca del monasterio a la mujer querida y va a buscarla voluntariamente. Gil no quiere que la condenación eterna de un hombre dependa de la casualidad. Sus pecados son reales y premeditados.”<sup>32</sup> La mayor responsabilidad del protagonista en los actos que lo conducen a su posible condenación y una menor intervención de la casualidad, ratifican la decisión de Gil de componer un relato ejemplificador y

---

<sup>30</sup> A este respecto es interesante señalar lo que dice Gil del curioso personaje que le sirvió de guía en una excursión a Las Médulas: “El equipaje de su entendimiento no tenía menos de extraño que el de su persona, porque era hombre que, sin duda, con alguna expresión que había atrapado al vuelo a las pocas gentes instruidas que han ido a examinar estos parajes y con *los consejos y cuentos de las viejas*, había llegado a formar el más descomunal maridaje que imaginar se puede. / Hablaba del *emperador Plinio* que había tenido su corte en aquellos catarros y barajaba *moros y romanos* en la más chistosa confusión .del .mundo»; y más adelante: “El buen hombre, que hasta entonces había tenido la prudencia de no mentar fantasmas ni apariciones hablaba entonces de ellas con frecuencia...” (Enrique GIL Y CARRASCO, *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, ed. María Paz Díez-Taboada. León, Diputación Provincial, 1985, pp. 90-91 y 95. Cursivas nuestras).

<sup>31</sup> Art. cit., p. 104, n. 27.

<sup>32</sup> PICOCHÉ, ob. cit., p. 241.

moralizante, aprovechando los motivos básicos de las leyendas del ciclo del “diluvio / lagos malditos / ciudad sumergida”. La novela es, pues, un *exemplum*, como lo son “la destrucción de Sodoma”, la fábula de Filemón y Baucis y, en cuanto a su núcleo temático central, también las leyendas del noroeste español. Por tanto, las diferencias más notables entre este relato y los antes citados, se deben al asunto que Gil ha elegido.

Muy sutilmente y con extremada coherencia, Gil presenta, en un relato sentimental, en el que apunta ya su maestría en el análisis psicológico de los personajes, la transgresión del orden establecido como ruptura del compromiso personal de tipo religioso que ambos amantes han contraído. Durante toda la novela ha ido preparando esta ruptura, que no es producto del azar, de la veleidad o de un arrebato pasional momentáneo; porque Salvador “no sabe quién es” en ningún momento, no ha llevado nunca las riendas de sí mismo. Aunque su voluntad es tan decidida, aparentemente, como la de Don Álvaro, porque en la trama de la obra no juegan los hechos fortuitos y casuales un papel tan destacado y explícito como en la de Rivas, sin embargo, las decisiones de Salvador surgen del fondo de su alma, como las aguas surgen de la tierra en la escena final: de una manera impetuosa y semiinconsciente, sin que él se decida nunca a entrar en conocimiento de sí mismo. A este respecto, el origen desconocido del protagonista es más que un motivo literario muy en boga en la época: es un símbolo y una *conditio sine qua non* para la comprensión de la conciencia brumosa que de sí mismo posee Salvador. En la escena final se revela nítidamente su ser: vestido de cazador bajo el hábito, que deja caer y pisotea, va al encuentro de su amada en los jardines del monasterio. Las armas del guerrero, los proyectos del navegante y el hábito religioso son disfraces que le cubren y ocultan su verdadero ser.

La escenografía del encuentro nocturno de los amantes tiene importancia relevante en la obra: de noche, en los jardines cercanos al monasterio y presidiendo la fuente que allí mana, reina Diana, la vieja diosa de la caza y de los bosques, a la que, precisamente, deben su nombre las xanas, ninfas acuáticas de los mitos y leyendas astur-

leoneses.<sup>33</sup> Pero Diana era también una diosa protectora de la castidad y, por tanto, en este relato su símbolo es ambivalente: por una parte, como cazador y amante de la naturaleza, Salvador es grato a la diosa, la cual, como divinidad precristiana y femenina, ha perdido su hegemonía; su poder está sometido al “orden nuevo”: “el cielo”, poder divino, cristiano y masculino; pero, por otra, ella también está ofendida, pues se ha roto el compromiso de castidad y, como diosa de las fuerzas de la naturaleza, abre las entrañas de la tierra y desata el furor de las aguas. Pero es probable que Gil no tuviera in mente este segundo aspecto de la deidad romana, puesto que las xanas son divinidades ligadas a las fuerzas eróticas y, en las leyendas asturianas, se manifiestan lúbricas e insinuanes.<sup>34</sup> Por tanto, Gil instrumentaliza el símbolo de Diana como oponente de “el cielo” en una batalla entre el bien y el mal, en la cual “cultura (monasterio) / comunidad religiosa / castidad / masculinidad” son las fuerzas de “el cielo” y del cristianismo, o sea, del Bien; y “naturaleza (jardines y fuente) / pareja (cazador y pastora) / erotismo / femineidad” son las de Diana –la tierra y el paganismo–, por tanto, las del Mal. Aquí también, como en las viejas leyendas que hemos visto, el que rompe el orden establecido, el cosmos, sufre la reversión al caos.

De este diluvio –la alusión bíblica es explícita– que castiga la osadía de Salvador, el único que parece que no se salva es él, que, además, conduce a su amada a la muerte; pero, aunque María muere, el cisne surgiendo de las aguas es, sin duda, la representación de la salvación de su alma inocente. El cisne es símbolo muy frecuente en la poesía romántica y, en concreto, en la de Gil, en la que, a veces, lo es del

---

<sup>33</sup> Julio CARO BAROJA, “Las lamias vascas y otros mitos”, en *Algunos mitos españoles*. Madrid, Centro, 3ª ed.: 1974, pp. 44 y 59 y ss.

<sup>34</sup> “La atávica, ensombrecida y dispersa mitología astur dejó flotando en los valles de la más alta montaña leonesa la repetida creencia en janas, chanas o xanas, ninfas de cara envejecida que habitaban lagunas y, preferentemente, arroyos y torrentes, confundiendo entre los sonidos del agua sus murmullos e invitaciones. Se cuenta como cierto que las janas atraían a los varones con sus cristalinas y susurrantes invitaciones, introduciéndolos en el corazón de los bosques con requiebros y sonrisas, para robarles, finalmente, su espíritu y su vida. Dice también esta fe mágica que muy pocos hombres pudieron sustraerse a la quebradiza y subyugante voz de la jana.” (Andrés TRAPIELLO, “Láncara”, en *El filandón de S. Pelayo*, ed. José Carlón. León, Diputación Provincial, 1984, p. 100).

propio yo melancólico del poeta (“cisne sin lago” o “blanco cisne”) y también “emblema de pureza”<sup>35</sup>; pero en este relato la imagen del cisne recuerda a las mujeres y almas puras del sídh o “el otro mundo” celta que, en figura de cisnes o de otras aves blancas, se encuentran en algunas leyendas de la España del norte<sup>36</sup>, y es posible que Gil la incorporara a su relato consciente de su carácter legendario. Como en los relatos del diluvio y en las leyendas de “lagos malditos” y “ciudades sumergidas”, también en esta novela de Enrique Gil salvan su vida los no-transgresores del compromiso religioso que han contraído: los monjes de San Mauro, que, si no “reconstituir la especie humana”, podrán restablecer su vida religiosa entre sus hermanos de Carracedo. A este respecto, el hábito blanco y negro que flota sobre las aguas en la escena final, es símbolo elocuente de lo que Gil quiere “poner a salvo” en este relato ejemplificador –y, como dice Picoche de *El Señor de Bembibre*, apologético–: las órdenes religiosas.

La misteriosa torrentera, castigo sobrenatural que destruye y anega Villarrando y arrastra en su furia al mal religioso que era su abad, es trasunto de la ola anticlerical que imperaba en la política española de la época y que culminó en 1835-1836 con los decretos de supresión de las

---

<sup>35</sup> P. ej., en “A la memoria del general Torrijos”, v. 30, “La caída de las hojas”, v. 175, y “El cisne”, v. 190 (GIL Y CARRASCO, *Obras completas*, ed. cit., pp. 4b, 12b y 19a, respectivamente).

<sup>36</sup> “Un tema muy frecuente en las leyendas es el de las hadas o *bánsídhe*, ‘mujeres del sídh’ (las *banshees* del folklore irlandés moderno en lengua inglesa) [...] Estas mensajeras del sídh aparecen a menudo en forma de cisnes, que, como los ángeles del cristianismo, simbolizan los estados superiores del ser y aseguran, de alguna manera, el vínculo que une al mundo terrestre con el mundo de los dioses (del que el Más Allá no es más que una ínfima parte reservada a los mortales), literalmente “otro”, y que es insensible a las contingencias del tiempo y del espacio.” (Françoise LE ROUX, “La religión de los celtas”, en *Historia de las Religiones Siglo XXI*, 3: *Las religiones antiguas*. Madrid, Siglo XXI, 4ª ed.: 1984, p. 149). Un ejemplo de su recuerdo en España: “Existe una pequeña laguna en Fuentes de Carbajal (León), donde se dice que a veces se aparece una perdiz blanca. Se cree que es el alma del niño que allí se ahogó resbalando en la nieve. En este relato podemos contemplar una clara reminiscencia de aquella antigua creencia céltica que afirmaba que las almas de los difuntos se reencarnaban en aves blancas, concretamente en palomas.” (Francisco J. RÚA ALLER y Manuel E. RUBIO GAGO, *La piedra celeste. Creencias populares leonesas*. León, Diputación Provincial, 1986, p. 63).

órdenes religiosas y desamortización de sus bienes. Por tanto, esta primera tentativa novelesca de Gil, *El Lago de Carucedo*, es quizá también la primera novela española –antes que *El Señor de Bembibre*, a la que sirvió de banco de pruebas– que se alzó en defensa de los religiosos, porque, para el escritor leonés, “un monasterio vacío es un monasterio arruinado. Una comunidad exclausturada significa un retroceso de la civilización”.<sup>37</sup>

---

<sup>37</sup> PICOCHÉ, ob. cit., p. 111; y, en general, sobre este aspecto de la obra de Gil, ver pp. 93-115. También en GIL Y CARRASCO, *Bosquejo...*, ed. cit., pp. 56-58, 99-101 y 104 y ss.



«Una de aquellas maravillosas consejas»:  
Ensayo de una novela en *El Lago de Carucedo*

MICHAEL P. IAROCCHI<sup>38</sup>

Dos años después de publicarse *El anochecer en San Antonio de la Florida*, entre julio y agosto de 1840, aparece en cuatro entregas del *Semanario Pintoresco Español*, *El Lago de Carucedo*<sup>39</sup>, y el contraste inicial entre este segundo relato de Gil y [*Anochecer en San Antonio de la Florida*] no podría ser mayor. En la composición de 1838 hemos descubierto un cuento lírico en el que se anticipa el poema en prosa y se anuncia la poética postromántica de Gil; ahora en cambio, se trata de un texto esencialmente narrativo, un cuento legendario en el que se refieren las supersticiones populares sobre los orígenes de las aguas del lago mencionado en el título<sup>40</sup>. En *El anochecer...* lo maravilloso se vinculaba a la inspiración poética y se manifestaba a lo largo del relato, culminando en una visión cuasi-mística; en *El Lago de Carucedo* o se desmiente lo sobrenatural como creencia del vulgo o se manifiesta sin preparación previa, en forma de castigo divino –terremoto e inundación–, que destruye a los protagonistas. En el primer relato todo era sentimiento e interior; en el segundo el interés del autor parece haberse desplazado hacia los derroteros exteriores de la trama. ¿Cómo se

---

<sup>38</sup> Fragmento de la monografía *Enrique Gil y la genealogía de la lírica moderna*, del profesor Michael Iarocci, Berkeley, 1999. pp.79 y ss. Reproducido con permiso del autor.

<sup>39</sup> *Semanario Pintoresco Español*, serie II, núm. 29, págs 228-229; núm 30, pp. 235-239; núm. 31, pp. 242-247; y núm. 32, pp. 250-255.

<sup>40</sup> Sobre las fuentes antiguas de la leyenda véase en este volumen, María Paz Díez-Taboada, «Tema y leyenda en *El Lago de Carucedo* de Enrique Gil y Carrasco».

explican tales divergencias entre una composición y otra, si es cierto que toda la obra de Gil está regida por una misma cosmovisión post-romántica? Para contestar a esta pregunta será necesario aclarar primero la clase de composición que es *El Lago de Carucedo* y el papel que representa en la evolución creativa de su autor; y para ello, nos será útil considerar brevemente la estructura y el argumento de esta leyenda.

El relato se divide en cinco secciones, tres de ellas con título propio. En la *Introducción* –que corresponde al presente de 1840–, un joven viajero recibe noticias sobre la leyenda mientras navega sobre *El Lago de Carucedo* durante una visita al Bierzo. Adquiere un manuscrito que refiere la historia, y después de eliminar «ciertas sutilezas escolásticas» del documento original, lo recompone «a su manera». Es ésta la versión que publica el narrador/editor, alegando que el joven «es muy amigo nuestro y sabemos que no la ha de tomar a mal» (p. 223b).

A continuación se suceden los tres capítulos y la conclusión de la historia en sí, cuya acción se sitúa hacia finales del siglo XV. En «La primer flor de la vida», título del capítulo primero, el protagonista, Salvador, protege a su amada María y mata al poderoso Álvaro de Rebolledo cuando éste intenta raptarla. Obligados a separarse, los amantes ya no reciben noticias el uno de la otra, y Salvador parte para la guerra. «La flor sin hojas», el segundo apartado, versa sobre la fama que se gana Salvador al intervenir en las campañas de la conquista de Granada y al participar posteriormente en el primer viaje de Colón. En el último capítulo, «Yerro y castigo», insatisfecho con las glorias del mundo, vuelve Salvador al Bierzo para hacerse monje, pensando que María ha muerto.

Pero en realidad la heroína vive aún; Salvador descubre que durante su ausencia María ha perdido el juicio y que, habiéndose fugado del convento en el que estaba internada, anda de noche por las cercanías del poblado. Al cerciorarse de esto el protagonista, es ya incapaz de resignarse a su nuevo estado, y renunciando a sus hábitos de monje, se deja llevar por su antigua pasión e intenta llevarse a María; mas la transgresión de sus votos provoca un cataclismo y una inundación en los cuales perecen los amantes. En

la última escena, los monjes compañeros de Salvador presencian un extraña escena: «un ropaje blanco y negro, como sus hábitos, flotaba sobre las aguas [del lago acabado de formar por el cataclismo] mientras un cisne de blancura resplandeciente [canta] con una dulzura y tristeza infinita como si a morir fuese» (p. 249b). Tras este tercer apartado hay una breve Conclusión, en la que el narrador/editor lamenta que la historia «no pase de una de aquellas maravillosas consejas, que donde quiera sirven de recreo y de alimento a la imaginación del vulgo» (p. 250a).

Ahora bien, tanto el carácter heterogéneo de la materia –una introducción costumbrista-regionalista, una historia sentimental, un cuento sobre la conquista de Granada, una relación del viaje de Colón–, como el escaso esfuerzo del autor por integrar la variedad de asuntos dentro de una unidad mayor –al contrario, se trata de una serie de yuxtaposiciones abruptas–, son indicios de que el interés principal de Gil al escribir *El Lago de Carucedo* no consistía en producir un cuento esmerado sino en ensayar una serie de formas narrativas distintas. El relato es en realidad una serie de experimentos, un borrador en el que el autor da sus primeros pasos como novelista; y la obra representa en este sentido un vehículo de transición entre sus composiciones líricas –incluido *El anochecer...*–, y su futura novela.

Al redactar la leyenda del lago, Gil intenta encauzar su inspiración lírica dentro de los moldes de la ficción narrativa –género con el cual tiene poca experiencia hacia 1840–, y el resultado es la serie de tanteos que acabamos de considerar. De ahí el carácter desaliñado de las distintas partes del relato; de ahí el hecho de que en vez de insinuarse lo sobrenatural a lo largo de la historia, se manifieste de forma arbitraria simplemente para poner fin a la acción; de ahí el aparente contraste con el mundo lírico de *El anochecer...*. Tales aspectos de la leyenda no son sino la consecuencia lógica del carácter experimental del texto. El valor de *El Lago de Carucedo* para nuestro estudio de la sensibilidad postromántica de Gil, por tanto, es el de un Sonador que atestigüa los problemas que afronta el autor al intentar conciliar su musa poética con las exigencias de una narración histórica. A continuación examinaremos este proceso, precisando tanto la continuidad de elementos de la obra anterior del autor,

como los anticipos de su novela histórica; se perfilarán de este modo las lecciones que Gil aprovechó para escribir su obra maestra.

A pesar de las diferencias entre los dos relatos, como obra de transición *El Lago de Carucedo* sin embargo tiene varios puntos de contacto con el relato que le antecede, y en estas coincidencias se pueden ver vislumbres de la estética postromántica que venimos examinando. Ya hemos visto, por ejemplo, cómo Gil insinúa que el joven «amigo nuestro» de la Introducción es alter ego suyo, igual que el poeta protagonista del cuento lírico de 1838. Y la caracterización del viajero confirma el parentesco entre ambos personajes; pues la observación del narrador de que «nada tenía de extraño el ademán de distracción apasionada y melancólica en que iba sentado» el joven, remite en seguida a esa melancolía habitual del protagonista de *El anocheecer...* (p. 222a-b). Pocas líneas después, se describen los recuerdos del joven, que son idénticos a los de Ricardo/Gil:

¡Qué mucho que los pensamientos de nuestro viajero flotasen indecisos y sin contorno, a manera de espumas, por aquellas aguas sosegadas! ¡Qué mucho que su corazón latiese con ignorado compás, si por dicha se acordaba (y era así) de haber visto el mismo país en su niñez, cuando su corazón se abría a las impresiones de la vida... cuando era su alma entera campo de luz y de alegría! (pp. 222b-223a)

Más significativo aún es el hecho de que el viajero siente el mismo impulso hacia ese ideal paisajístico cuya presencia hemos comprobado en las obras de otros postrománticos y en la creación anterior de Gil. Es decir que el joven de la Introducción es también un representante del héroe postromántico que hemos considerado antes. En este caso concreto su anhelo de lo ideal se expresa a través de una reminiscencia del mismo poeta clásico que emulaba Gil en su poesía lírica. «Hay ocasiones –apunta el narrador– en que siente el hombre desprenderse de este suelo y elevarse por los aires la parte más noble de su ser, y en que arrebatado a vista de un crepúsculo dudoso, de un cielo claro y de un lago adormecido [...] prorrumpe y dice con el tiernísimo y divino fray Luis de León: "¡Morada de grandeza! / ¡Templo de claridad y hermosura! / El alma que a tu alteza / nació, ¿qué desventura / la tiene en esta cárcel baja, oscura?"» (p. 223a).

Aunque no se presenta a la heroína María como aparición fantástica, los términos empleados para describirla sin embargo recuerdan a Angélica en *El anochecer...*: «Las líneas purísimas de su ovalado rostro, sus rasgados ojos negros llenos de honestidad y de dulzura, su frente, blanca y apacible como la de un ángel, la nevada toca que recogía sus cabellos de ébano, el airoso dengue encarnado que ligeramente sonroseaba su cuello de cisne, y su plegada y elegante saya, le daban una apariencia celestial» (p. 225b). Y esta vinculación de la heroína con lo sobrenatural continúa en boca de los paisanos supersticiosos. Al ver a María errar enloquecida por los alrededores de una fuente antigua, los habitantes de la provincia la creen ser bruja o maga, e incluso Salvador duda un instante antes de reconocerla: «Maga debía de ser en verdad, porque ni su blanco y tendido velo, ni su estatura aventajada, ni su esbelto y delicado talle, ni su ropaje extraño eran de humana criatura. Levantóse Salvador a observar los movimientos de aquella fantástica criatura» (p. 243b).

Se comprueba luego que la locura de María consiste principalmente en unas visiones delirantes cuyas semejanzas con el episodio central de la fantasía de 1838 apenas necesitan comentario. «Ahora respiro el aire de la mañana en las alturas —explica la heroína— y veo ponerse el sol, y salir las estrellas, y me siento en la orilla de las fuentes a platicar con los ángeles que bajan entre los rayos de la luna para consolarme» (p. 244a). Un poco más tarde expresa la misma idea: «Mira, yo necesito ver los campos, las aguas y la luna, porque en su luz bajan los espíritus blancos que me hablan de mis pasadas alegrías» (p. 245a). El narrador insiste en la imagen, observando que María «sólo se mostraba placentera mirando el astro de la noche y comunicando, según decía, con los ángeles blancos que venían a hablarle» (p. 247a). Está claro pues, que la huella postromántica de *El anochecer...* todavía se deja sentir en *El Lago de Carucedo*.

Pero si la leyenda comparte estas características con *El anochecer...*, ¿por qué no se produce la misma intensidad lírica que hemos visto en el primer relato? En parte ya hemos visto la razón: el joven postromántico desaparece con la Introducción, y María sólo interviene al principio y al final de la historia; el resto del cuento consiste en una serie de acontecimientos históricos cuya única

relación con la trama sentimental es que Salvador participa en ellas. Es decir que aquellos elementos que de alguna forma insinúan un trasmundo idealizado –clave de la cosmovisión postromántica–, no afectan al grueso de la narración. E incluso siendo marginales estos pasajes, su fuerza sugestiva se diluye todavía más por el hecho de que Gil explícitamente elimina la posibilidad de que el lector experimente lo sobrenatural como real. En última instancia María no es ángel, ni sílfide, ni maga; es una loca desdichada. Cualquier titubeo del lector sobre ella se resuelve con esta explicación psicológica. Y el joven idealista de la Introducción, cuyas intuiciones de lo infinito podrían haber alimentado nuestra credulidad en lo fantástico a lo largo del cuento –ya que supuestamente recompone el manuscrito «a su manera»–, se queda en silencio.

Por esta razón cuando se producen la catástrofe final y la misteriosa aparición del cisne, es sin haber condicionado previamente al lector para esa complicidad a medias que requiere una narración fantástica auténtica. El tipo de duda que surge en *El anochecer...* –¿es la aparición de Angélica un suceso sobrenatural o el producto de la agitada imaginación de Ricardo?–, ni siquiera se asoma en *El Lago de Carucedo*; pues en última instancia, como ya hemos visto, lo sobrenatural se desmiente directamente o se relega a la categoría de mera invención. Los elementos fantásticos se convierten así en artificio, en algo así como la pirotecnia de la leyenda, lo cual recuerda los cuentos espectaculares que considerábamos antes; y no hay que olvidar que el mismo Gil ha etiquetado la historia como «una de aquellas maravillosas consejas» hechas para la «imaginación del vulgo» (p. 250a).

Mas no nos hemos detenido en la consideración de estos tropiezos para restarle mérito a la leyenda, ni para resaltar la calidad de *El anochecer...*. Al contrario, nos interesan los puntos débiles de *El Lago de Carucedo* por una razón mucho más importante; pues la leyenda que consideramos es, sin lugar a dudas, un borrador de *El Señor de Bembibre*. Veamos las coincidencias: ambas obras tienen lugar en la misma zona geográfica, durante el mismo período histórico; en ambos casos se trata de un amor imposible entre dos jóvenes nobles; en ambas historias la relación amorosa corre peligro por la intervención

de un poderoso rival que persigue a la heroína<sup>41</sup>; en ambas obras un cura se encarga de la educación del héroe e intenta proteger a la heroína; en ambos casos el héroe se marcha a la guerra al verse separado de su amada; en ambas historias la heroína sufre los estragos de una enfermedad que le provoca visiones delirantes; ambas protagonistas recitan versículos bíblicos –de *El cantar de los cantares* y el libro de Job– para aludir a sus penas y amores; en ambas obras el héroe busca refugio en la vida monástica después de la muerte –o supuesta muerte– de la heroína; en ambos casos se presenta la obra como transcripción modificada de un manuscrito; y si esto no fuera suficiente para establecer el parentesco entre los dos textos las descripciones que se hacen del lago de Carucedo en la leyenda se incorporan casi sin alterar a *El Señor de Bembibre*<sup>42</sup>.

Sin embargo, en la novela ya no surgen las dificultades que venimos considerando en la leyenda, y al pasar el lector de una obra a otra, encuentra una serie de cambios muy significativos. En el relato breve apenas se relacionaban el argumento amoroso y el histórico; en la novela uno hace eco al otro. En la primera composición la protagonista y sus visiones fantásticas estaban al margen del desarrollo general de la obra; en la segunda, la heroína y su sensibilidad poética constituyen uno de los núcleos centrales. En *El Lago de Carucedo* el joven que intuye la presencia de misterios trascendentes en la belleza natural sólo tiene una función introductoria; en *El señor de Bembibre* esta figura se manifiesta a lo largo de la novela en forma del narrador.

Estas son algunas de las lecciones que aprende el autor en su experimento de 1840; mas estos ajustes en realidad no son sino parte de un descubrimiento aun más importante. En *El anochecer...* había expuesto Gil una poética lírica en la cual el sentimiento melancólico «postromántico» se vinculaba a la intuición de un bello y fugaz ideal trascendente; mas cuando intentó desarrollar una historia más extensa

---

<sup>41</sup> No por casualidad, en *El Lago* el antagonista, Álvaro de Rebolledo, es vasallo del conde de Lemus, el cual será el principal rival del héroe del *El Señor de Bembibre*.

<sup>42</sup> Para cotejar ambos textos puede consultarse el apéndice a *El Señor de Bembibre*, edición de Jean-Louis Picoche, Madrid, Castalia, 1986, pp. 453-457.

en *El Lago de Carucedo* el aspecto central de su credo estético quedó relegado a una categoría secundaria, subordinándose al material narrativo. El descubrimiento de Gil es que no puede sacrificar su inspiración lírica en los altares de la narración sin sufrir consecuencias negativas como las que hemos considerado. Pocos años después, al escribir la obra que más fama le iba a ganar, nuestro autor da con la solución que le permite combinar la inspiración lírica postromántica de su primer relato con el género novelesco ensayado en el segundo. Como comprobaremos en el siguiente capítulo, en *El Señor de Bembibre* Gil consigue lo que se le había escapado en *El Lago de Carucedo*: novelar con voz de poeta.

## Cuento y drama romántico en *El Lago de Carucedo*

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ

*El Lago de Carucedo*. *Tradición popular* se publicó en cuatro números (29 a 32) del *Semanario Pintoresco Español*, del 19 de julio al 9 de agosto de 1840. Era el segundo relato de Enrique Gil y Carrasco. Año y medio antes había publicado *Anochecer en San Antonio de la Florida*, en diciembre de 1838, en *El Correo Nacional*.

*El Lago de Carucedo* no ha sido una obra que haya recibido gran aplauso crítico. E. A. Peers ni siquiera la menciona en su extensa *Historia del Movimiento Romántico Español*. El crítico que la ha prestado más atención en los últimos tiempos Jean-Louis Picoche (op. cit. 334-336) es muy crítico con ella: «Enrique Gil no sabía exactamente lo que hacía al escribir *El Lago de Carucedo*». Encuentra que la obra está formada por tres relatos, un cuento regionalista, un cuento histórico y una leyenda en prosa «parecida a las que Bécquer escribirá más tarde». Esta falta de unidad la hace «endebles» y «mediocre». Cree que el autor se ve entorpecido por una acción demasiado compleja y una multitud de comparsas, aunque reconoce que tiene trozos muy hermosos. En la misma línea parece situarse Alborg (1980; 683), si bien menos acremente que Picoche. Después de resumir brevemente el argumento menciona como lo más positivo la presentación que el autor hace del paisaje del Bierzo. «Sus descripciones, en una prosa lírica y armoniosa, son bellísimas y no podrá ya sorprender si afirmamos que constituyen lo mejor del relato». Rubio Cremades (1997; 636) no aventura juicios y hace mención de los elementos que hay en el relato comunes con *El Señor de Bembibre*. Díez Taboada (1988) que aborda el estudio del tema de la narración y de las leyendas populares sobre el lago, abunda

igualmente en la deficiente construcción del relato. Tanto Picoche como Díez Taboada mencionan la influencia de *Don Álvaro o la fuerza del sino*. Picoche además opina que es perceptible la influencia, en los episodios más históricos del relato, de *Doña Isabel de Solís* de Francisco Martínez de la Rosa.

Por nuestra parte pretendemos analizar aquí el relato en conexión con el drama romántico. En dos recientes estudios, Donald L. Shaw (1996) y David T. Gies (1996) han acometido el estudio del drama romántico en su conjunto, singularmente en la evolución que se produce desde *La Conjuración de Venecia* de Francisco Martínez de la Rosa (1834) hasta *Carlos II el Hechizado* de Antonio Gil y Zárate (1837). En medio de estas dos obras los jalones fundamentales son *Macías* de Mariano José de Larra (1834), *Don Álvaro o la fuerza del sino* del Duque de Rivas (1835), *Alfredo* de Joaquín Francisco Pacheco (1835), *El Trovador* de Antonio García Gutiérrez (1836) y *Los amantes de Teruel* de Juan Eugenio Hartzenbusch (1837). *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla, estrenado en 1844, como subrayan ambos críticos, representa un nuevo tipo de obra: no es un drama romántico, que finaliza en el desasosiego y angustia que provoca la injusticia y el destino fatal que destruye a los protagonistas sino que el arrepentimiento de Don Juan y su salvación final provoca la tranquilidad final del espectador que ve con burguesa satisfacción como «el héroe *romántico* de Zorrilla solicita el perdón, acepta la gracia de Dios y se dirige flotando hacia el cielo sobre un lecho de flores y al son de una relajante música celestial» (Gies; op. cit. 189).

Este final es, por su naturaleza adverso al drama romántico. Como indica Shaw (op. cit. 317) el drama genuinamente romántico es el que incorpora la injusticia cósmica del mundo «a través del tema del amor contrariado por el destino, que acaba en sufrimiento y muerte. Tema fundamental del romanticismo subversivo, opuesto al amor amenazado por las circunstancias pero preservado por la firmeza y la fe religiosa, el paradigma del Romanticismo histórico».

Gil y Carrasco, crítico teatral durante gran parte de su vida literaria, es testigo de la representación de estas obras que sin duda provocan en él un vivo impacto. Gies (op. cit. 176) recoge una opinión suya sobre *Los Amantes de Teruel* y sobre todo el drama de su tiempo en una crítica

de 1838; «la expresión literaria de la época presente, la que más influjo está llamado a ejercer sobre la actual sociedad». Pocos autores quizás tan predispuestos para ser afligidos con la situación de la injusticia cósmica. El relato de su vida que hace Picoche (1978; 13-55) nos ilustra acerca de la tristeza del personaje. La muerte en breve plazo de su padre (septiembre de 1837), de su íntimo amigo (octubre de 1837) y de su novia (noviembre de 1837) provoca en él una aguda sensación de desamparo y soledad que nunca consiguió superar. La aparición de la enfermedad (ya presente en 1840 cuando escribe *El Lago de Carucedo*) y su implacable avance hasta su muerte no haría sino aumentar su natural melancolía, esa «distracción apasionada y melancólica» con la que se pinta a sí mismo en la presentación del relato que pretendemos analizar.

*El Lago de Carucedo* es una evolución narrativa de los dramas románticos que antes hemos mencionado. Gil retoma el tema allí desarrollado: el amor contrariado injustamente por el destino, e incluye en él las características que Gies (op. cit. 139) encuentra en el drama romántico subversivo: «el encuadre histórico [siglo XV, conquista de Granada, descubrimiento de América], los escenarios terroríficos y misteriosos [ruinas de la fuente de Diana, el terremoto, el fantasma de Salvador], el uso de máscaras [el disfraz de Rebolledo], el héroe huérfano cuyos orígenes se revelan mediante sorprendentes revelaciones [el documento que Salvador debe conocer a los veinticinco años], las expresiones de amor intensas [«Su amor es para mí como la luz, como el aire, como la libertad»], la creencia de que el amor trasciende la propia vida [«¡Venga la muerte a sorprenderme a tu lado con tal que ruede yo en tus brazos por los abismos sin fin de la eternidad!»], la rebelión contra las injusticias que se perciben y contra la opresión [«He pensado que soy hombre, amante y caballero, si no por la alcurnia, al menos por mi corazón»] y la sangrienta conjunción de amor y muerte en el desenlace [muerte de los enamorados]». Pero Gil va más allá que muchos de los dramaturgos: desaparece casi en su totalidad la opresión de los poderosos de la tierra y solo queda la tiranía de Dios mismo, injusta e inmotivada contra el desconcertado protagonista (de nombre, irónicamente, Salvador) que al final se revela contra Dios mismo y le desafía en nombre de su amor, con un atrevimiento sólo igualado por el don Félix de Montemar de *El Estudiante de Salamanca* y que es

castigado por su caprichoso creador, no ya con la muerte sino con la separación final de los amantes por toda la eternidad.

Tras una introducción en la que Gil nos presenta un *manuscrito hallado* de donde saca la historia y que le sirve para desarrollar su amor a la descripción de la tierra del Bierzo, el cuento se organiza en tres partes: «La primer flor de la vida», «La flor sin hojas» y «Hierro y Castigo» y una brevísima conclusión en la que vuelve a hablar el transcriptor del manuscrito.

Las críticas de Picoche y Díez Taboada respecto a la estructura de la obra se dirigen, sobre todo, a la segunda parte, en la que se cuentan las aventuras del protagonista, su participación en la conquista de Granada y su viaje con Cristóbal Colón, participando en el descubrimiento de América. Según Díez Taboada (op. cit. 233) en «una trama erótico-religiosa [...] incrusta unos episodios históricos de los que fácilmente hubiera podido –y debido– prescindir, puesto que son una digresión respecto de la acción principal». Pero esta segunda parte es como veremos fundamental, pues sirve para caracterizar la evolución del protagonista, su progresiva desesperación y radical soledad, y a preparar su alma para la rebelión final.

En la primera parte se nos presenta a dos jóvenes, Salvador y María, unidos por su amor y por el misterio de su origen «pues que ninguno de ellos había nacido en aquellos fértiles valles, y además un misterio impenetrable envolvía en densas sombras el origen de entrambos». Pero entre los dos personajes hay una diferencia básica: el carácter de Salvador.

En su corazón alternaba el resplandor de la dicha con las sombras de la duda y de la incertidumbre y un millón de celos a modo de aves agoreras poblaban siempre el camino de sus pensamientos. Combatido de tantos y tan dolorosos vaivenes, amaba no obstante cada día más, porque si es dulce cosa el amor a los veinte años, en un corazón llagado de amargura se convierte en un consuelo inefable y celestial.

Salvador solo sabe de su origen que existe un pergamino que su protector, el abad del monasterio de Villarrando, Veremundo Osorio, debe abrir cuando cumpla los veinticinco años, en el que se cifra el misterio de su origen. Un día, descubre el joven que María es seguida, por don Álvaro Rebolledo, castellano del castillo de Cornatel, famoso

por su impiedad y por sus desmanes. Alerta al abad de la situación, y le dice que está dispuesto a todo para defender a María, auténtica razón de su vida: «Dejar de amarla es imposible [...] Su amor es para mí como la luz, como el aire, como la libertad». El abad Osorio tranquiliza al joven y acude a Cornatel a entrevistarse con Rebolledo. Pero su misión fracasa, como reconoce a Salvador. Decide por lo tanto pedir hombres de armas al abad del monasterio cercano de Carracedo, advierte a María, callando la verdadera razón, de que cambie los terrenos donde lleva a pastorear a su ganado, y encomienda a Salvador la vigilancia de la joven. Al siguiente día Salvador emprende su vigilancia y descubre a Rebolledo, disfrazado, intentando raptar a María. Acude a su rescate y la hace huir al monasterio mientras él se enfrenta con el secuestrador, a quien mata en legítimo duelo. Vuelve al monasterio y allí el abad le informa de que María y su madre han huido a un destino ignorado y que el debe huir también antes de la previsible venganza. Con el corazón destrozado Salvador marcha a la guerra de Granada.

En la segunda parte asistimos a la vida de Salvador en el ejército. Distinguido por su valor en la conquista de Alhama es armado caballero por el marqués de Cádiz y se convierte en fiel compañero del maestre de Calatrava, Rodrigo Téllez Girón, junto al que permanece hasta la muerte de éste. Pero la gloria militar no le proporciona felicidad y el recuerdo de María le persigue a todas partes, «el amor en un alma nueva se convierte en una pasión imperiosa y exclusiva que todo lo sujeta y subordina a su fin». A pesar de ello conservaba una «esperanza lejana que a manera de crepúsculo dudoso alumbraba su alma». Pero esa esperanza pronto iba a truncarse y precisamente para mayor contraste, en el momento de la victoria de su ejército y de la conquista definitiva de Granada. Solo le quedaba ese poco de esperanza e incluso «de este leve resplandor que le llegaba parecía ofenderse la suerte». Una carta del abad Osorio le indica que había perdido para siempre a su amada.

Vio seca de repente la fuente del consuelo; miró en torno de sí y hallose solo; buscó el estruendo de las batallas y por donde quiera palpó el silencio de la paz: nada encontraba finalmente donde saciar el ansia de su alma calenturienta y desquiciada.

Decidido a buscar el olvido en la acción, se une a Cristóbal Colón, a quien ha conocido durante la guerra y al que le había unido «lazos

secretos y simpatías que ligan a las almas elevadas». Participa en su viaje, en sus penalidades y en su éxito, y como Colón es tratado con injusticia a su regreso.

Salvador pensó entonces en la justicia de los hombres y en las mentirosas glorias del mundo: la hiel que por tanto tiempo había ido filtrando en su corazón se derramó de él y emponzoñó su alma. Vio agostada aquella riquísima cosecha de fama y honor que había soñado, se sonrió amargamente y exclamó meneando la cabeza: « ¡Vanidad de vanidades y todo es vanidad!»

En la tercera parte Salvador regresa al monasterio y le anuncia al abad su intención de hacerse monje. Osorio, dudoso de su intención, le revela su origen: es hijo ilegítimo de Pedro Girón, maestre de Calatrava, y por lo tanto hermano de Rodrigo Téllez Girón, maestre de Calatrava, muerto junto a él en la guerra de Granada. Heredero único de una poderosa familia, un gran porvenir se abre ante él. Pero Salvador lo rechaza e insiste en su propósito y el abad accede. A poco de la llegada de Salvador, Osorio muere y los mojes, en señal de respeto al difunto, escogen como abad a Salvador. El nuevo abad trata a todo el mundo con dulzura, pero es un hombre solitario que impone respeto y en muchas ocasiones temor a los monjes. Extremadamente devoto de la Virgen toma por costumbre rezar ante una Dolorosa en el oratorio de su cámara.

Un año lleva de abad cuando uno de los monjes le informa de los temores populares por una bruja o fantasma que se aparece por las noches en la fuente de Diana. Acude el abad la noche siguiente y con espanto descubre que la bruja es su amada María, enloquecida y vestida con un desastrado hábito. Salvador la lleva a un retiro que el anterior abad había dispuesto para su propio descanso y allí la atiende con ayuda de los monjes de la abadía.

María era hija de un noble asturiano, Alfonso de Quirós y Úrsula, que había casado en contra de la voluntad de su familia y que había muerto en duelo intentando defender a su mujer de los insultos de un familiar. Desde entonces el acoso a la viuda y a su hija había sido tan fuerte que Úrsula, la madre de María, había huido en secreto a ponerse bajo la protección del abad Osorio. Cuando Salvador mata a Rebolledo, la viuda, temerosa de que la descubra la familia de su marido, vuelve a

huir pero su quebrantada salud falla y muere en un convento del pueblo leonés de San Martín del Valle. María cuenta su historia a la abadesa y ésta manda un emisario a tomar informes de Salvador. Pero el emisario es informado en el pueblo de que Salvador ha muerto a manos de los arqueros de Rebolledo y María decide hacerse monja. Cuando Osorio lo descubre ya es tarde y por ello dice a Salvador que ha perdido a su amada para siempre. María, triste y destrozada, pronto enloquece. Es trasladada de convento, buscando otro de paisaje más suave, al de San Miguel de las Dueñas, en el Bierzo, de donde se escapa y errante llega hasta las cercanías del monasterio de Salvador.

Pasan así unos días y Salvador acude a ver a María siempre en compañía de algún religioso, pero «su espíritu era un verdadero campo de batalla y sus fuerzas desfallecían de tanto pelear». Pero cuando llegan mensajeros del monasterio de María que andan buscándola para devolverla a él, Salvador sufre una crisis. Decidido a no perderla se dirige solo al retiro donde está María y la pide que le reconozca, pero María solo recuerda a un joven al que amó, Salvador, tan arrogante con su vestido de caza. En un momento Salvador regresa a su habitación, se despoja del hábito y vuelve junto a su amada vestido de cazador. María le reconoce y le abraza pero entonces la gorra de cazador cae de su cabeza y se descubre la tonsura. María se da cuenta horrorizada y retrocede pero Salvador porfía en su amor y proclama que prefiere la muerte a separarse de nuevo. En ese momento estalla el terremoto y los dos enamorados desaparecen. Los monjes del monasterio huyen a toda prisa y contemplan aterrados una extraña visión sobre las aguas que han inundado el valle.

Un ropaje blanco y negro como sus hábitos flotaba sobre las aguas, como el manto del señor cuando camina con pie enjuto sobre la mar irritada, mientras un cisne de blancura resplandeciente, alzándose del agua y posándose en la cima de las rocas de donde brotaba la inundación, cantó con una dulzura y tristeza infinitas como si a morir fuese; después de lo cual levantó el vuelo y se perdió en las nubes...

Termina Gil el cuento con una breve conclusión en la que dice que no hay ninguna base para esta leyenda y que sin duda el lago es natural: «Es lástima en verdad, que todo ello no pase de unas de aquellas

maravillosas consejas que donde quiera sirven de recreo y de alimento a la imaginación del vulgo, ansioso siempre de cosas milagrosas y de extraordinarios sucesos».

El desarrollo de la historia tiene mucho en común con los dramas que hemos mencionada antes. Como apunta Shaw (op. cit. 324)

Cuatro elementos recurrentes del drama romántico nos dicen que el hombre es una víctima de la adversidad intrínseca a la condición humana: el destino adverso, el uso de la imagen de la cárcel, el uso de la ironía situacional y la identificación del fracaso del amor ideal con la muerte inevitable.

Todos estos elementos están presentes en *El Lago de Carucedo*, como vamos a ver.

El destino de Salvador es uno de los destinos más aciagos que se pueden encontrar en la literatura romántica. No hay en esta obra ningún resquicio por el cual se pueda proceder a una interpretación del destino como acorde con la religión católica. Conocido es el intento que durante mucho tiempo se hizo de la *cristianización* de *Don Álvaro*, interpretando el sino del título como producto de las equivocaciones del protagonista. Como sintetiza admirablemente Juan Valera en *Don Álvaro* «la fatalidad no [es] griega sino española, no nacida de la ira de una divinidad caprichosa, ni del destino o el acaso, sino consecuencia providencial y lógica de una primera falta» (Valera; 1909, 139).

Difícil lo hubiera tenido el buen don Juan para encontrar una primera falta de Salvador que diera origen al drama. Cuando descubre las intenciones de Rebolledo se apresura a informar al abad, sin tomar ninguna decisión temeraria. Es más, el abad afirma terminantemente «Por ahora no hay que temer, porque estáis bajo mi guarda y amparo», (Para más ironía, El abad Osorio y la abadesa de San Martín del Valle van a ser agentes fundamentales del destino aciago de los protagonistas), pero la protección del abad resulta ineficaz y mientras intenta conseguir hombres de armas para proteger a María encarga esa misión a Salvador. Por lo tanto si Salvador acude al rescate de María es porque cumple la misión que le ha encargado el abad. Y si combate en duelo con Rebolledo se debe también a la seguridad que el abad le ha dado de la nobleza de su nacimiento siendo igual, por lo menos, al castellano de Cornatel. Muerto Rebolledo en defensa de María, Salvador se ve

obligado a huir y deja su suerte en manos del abad. El fracaso del abad en encontrar a María y a su madre, el lenguaje ambiguo con que comunica las noticias a Salvador y la ligereza del emisario de la abadesa de San Martín del Valle van a hacer posible que ambos jóvenes crean que el otro ha muerto y que se vuelvan a la religión en busca de consuelo, adoptando, los dos, votos solemnes que les apartan para siempre el uno del otro. El reencuentro de los dos amantes es obra de un destino perverso que se complace en hacer ver a Salvador, no a María feliz en su locura, las consecuencias de sus rectos actos y la inutilidad de sus oraciones y sacrificios.

Cárcel es para María el monasterio de donde ha huido. Las rejas están presentes constantemente en sus palabras: «aquellas redes de hierro me ahogaban», «¿sabes que me moriré si me vuelves a las rejas de hierro?».

La ironía es constante en el cuento. Las acciones de los religiosos, a las que ya hemos aludido y que no sirven más que para precipitar el desastre. El reencuentro de los dos enamorados, ambos religiosos en el escenario pagano de una fuente de Diana, donde habían ocurrido sus primeros encuentros amorosos. La revelación de la identidad de Salvador, cuando ya su hermano ha muerto. El descubrimiento por Salvador de que la María afligida por la enfermedad y la locura es ahora la viva imagen de la Virgen Dolorosa que tiene en su cámara abacial y ante la que reza largas horas cada día en una impremeditada idolatría. La descripción de la capilla del abad Osorio, escenario del fracaso del amor, de la desesperación y de la rebelión de Salvador, un auténtico locus amenus, un teatro de la felicidad y el placer.

Llegábase al pequeño edificio por un largo y frondoso emparrado [...] a los pies y en una deliciosa hondura se distinguían grupos de granados y de cerezos cuyos troncos desaparecían entre romeros y retamas que por su parte hacían sombra a un reducido número de colmenas cuyas abejas sin cesar susurraban entre las flores. El único árbol corpulento que allí crecía era un robusto castaño en cuyo ramaje anidaban las tórtolas y palomas torcaces.

El amor ideal de Salvador, es un amor absolutamente desprovisto de erotismo, que no se disminuye sino se incrementa, cuando vuelve a descubrir a María «flaca, descolorida y macilenta». Como otros

enamorados románticos el amor es para él una pasión obsesiva que no deja lugar a nada más. Así lo vemos en la segunda parte que no es un error de composición, como opinan Picoche y Díez Taboada, sino que es la demostración de que todos los éxitos del mundo a los que Salvador podía aspirar, y que va consiguiendo, no valen nada sin su amor. Por eso se hace coincidir la toma de Granada y la alegría general del ejército cristiano con la desolada tristeza y desesperación de Salvador al enterarse de la muerte de María. Por eso cuando llega el triunfo de la expedición de Colón y se desembarca en la nueva tierra no hay alegría para Salvador. El recuerdo de María se vuelve insoportable; la belleza de la tierra le parece a Salvador «la primera sonrisa de la naturaleza, un sueño de esperanza, de amor y de ventura». El contraste entre la alegría del paisaje y tristeza del corazón se plasma, por parte de Salvador, en un monólogo teatral (en el mejor sentido de la palabra):

¡María! ¡María mía! ¿Por qué no nacimos los dos en este paraíso, lejos de los poderosos de la tierra? Nuestras horas se deslizarían como estos cristalinos arroyos e iríamos a dar en el Océano del sepulcro con toda nuestra felicidad e inocencia. ¡Ángel de luz que estás junto al trono de Dios! ¡Héme aquí solo y errante en estas playas apartadas, el corazón sin amor y el alma sin esperanza!  
¡Oh, María, María!

No es extraño, pues, que este amor, que está presente en su espíritu durante toda su vida aventurera, se convierta en una obsesión para el abad Salvador. Obsesión que va destrozando el alma del protagonista, que a duras penas consigue superar el golpe de encontrar viva, pero alejada para siempre de él a su amada. Cuando María, enloquecida por la tristeza, se para ante él, Salvador solo es capaz de murmurar «dolores hay que no caben en el corazón del hombre y que solo deberían llegar en las alas del ángel de la muerte».

Una vida de sacrificio, una vida de sufrimiento, de aceptación y de oración, se rompe bruscamente cuando se produce el reencuentro y cuando Salvador se da cuenta de que incluso el amargo consuelo de tener cerca de sí a una María enloquecida que no le reconoce, le puede ser arrebatado por una iglesia que no le ofrecido nunca el consuelo que buscaba. La desesperación y la soledad de Salvador se rebelan contra la injusticia del destino. « ¡Apartarla de mí es imposible! He registrado los

lugares más secretos de mi corazón y en ninguno encuentro fuerza para llevar a cabo este propósito». Cuando María recobra la razón y ve, horrorizada como Salvador ha arrojado su hábito, la pasión de éste se desborda.

¡Sí, lo he hollado [el hábito] porque me separaba de ti y porque todo lo atropellaría para llegar hasta donde tú estás! ¿Sabes que después que te perdí he sido poderosos y afamado y que la nombradía y riqueza me parecieron sin ti todo despreciables? ¿Sabes que por huir de tu memoria me acogí como tú a un altar y que el altar me rechazó y que el destino con ímpetu irresistible me ha lanzado a tus pies? ¡Pues bien! ¡Cúmplase mi estrella! Ya nunca me separaré de ti y al que quiera dividirnos le arrancaría el corazón con mis manos.

María se separa de él y aterrada le advierte contra el castigo divino. «¿No temes que la tierra se abra debajo de tus pies y que tus palabras te separen de mí para toda la eternidad?» Pero Salvador ya ha rebasado todas las fronteras de la religión y está dispuesto a desafiar al cielo: «Jamás me separaré de ti y venga la muerte a sorprenderme a tu lado con tal que ruede yo en tus brazos por los abismos sin fin de la eternidad». La rebelión romántica llega aquí a la más alta instancia: es la rebelión contra el mismo Dios, el desafío final, la manifestación de que Salvador prefiere un infierno junto a su amada, al cielo que el Dios implacable le promete si se somete una vez más.

El satanismo de la figura de Salvador se va dibujando desde el principio. Es «adusto y desabrido» y en su espíritu se acumulan «las sombras de la duda» y los celos están en su pensamiento como «aves agoreras». Pero es en la tercera parte donde la figura del nuevo abad va adquiriendo caracteres más siniestros. A pesar de su comportamiento «verdaderamente paternal» los monjes le temían. En el coro «oíanse pronunciar en vez de los versículos sagrados, palabras incoherentes y sin sentido, cuya significación no comprendían, pero por el acento con que salían de su boca, sucedía que los dejaban helados de espanto». El portero se asusta al entrar en su cámara, las gentes le ven «adusto y sombrío» y evitan su trato, y cuando encuentra a María en la fuente de Diana, permanece junto a ella «sombrio y amenazador».

Paralelo a ese satanismo es la presentación de la religión, absolutamente negativa, cosa llamativa en un autor al que de siempre se ha considerado tendente al romanticismo histórico y religioso. Con rebuscada ironía se hace a Salvador devoto de la Virgen desde el principio. Se diría el protagonista ideal de una leyenda mariana en la que la protección de la madre de Dios aporta la felicidad a su devoto. Su extremada devoción le vale incluso la burla de sus compañeros de armas. Una vez abad, su devoción aumenta, sobre todo ante la imagen de la Dolorosa que hay en su cámara. La premonición que tiene Salvador de que otro semblante se transparenta a través de la imagen de la Virgen, la combate con el recuerdo de la fresca belleza de su perdido amor. La cruel ironía del destino hace que María vuelva a él, como una personificación de la Virgen a quien reza.

De tanta lozanía y beldad sólo quedaba el óvalo purísimo de su cara y sus rasgados ojos: y la Dolorosa del monasterio pudiera pasar por traslado de aquella marchita hermosura. Salvador estaba allí a un lado, sombrío y amenazador.

—¡Según eso, —dijo con amargura— mis meditaciones, vigiliyas y plegarias han sido incienso quemado en los altares de la tierra! ¡Según eso mis armas se han vuelto contra mí, y las piedras del santuario se han alzado para herir mi prosternada cabeza!

El sarcasmo de su destino se aparece ya totalmente a Salvador: la devoción a la Virgen, que debía servir para sanar su corazón herido, no ha sido sino una burla cruel. Intentando tapar la imagen de su amada con la de la Virgen Dolorosa, su amada vuelve a él hecha esa virgen. Que María, enloquecida, recite versículos del *Libro de Job*, no es sino una vuelta de tuerca más del sarcasmo del destino. Aunque la rebelión definitiva aún no ha llegado, ya ha muerto en el alma de Salvador el respeto a la ley divina. Sus *armas*, la oración y el sacrificio, han sido armas en su contra, todo el edificio de la iglesia, las *piedras del santuario*, se vuelven contra él y le hieren, a pesar de su posición *prosternada*, de sus servicios a Dios y de sus intentos de resignación. Y, no obstante, Salvador aún aguanta. Se contenta con el magro consuelo, de ver algunas horas al día a la enferma y enloquecida María que no le reconoce ni puede corresponderle. Pero, cuando el implacable destino le quiere quitar también ese triste resto de su amor, estalla. Se rebela

contra su hábito, contra los mandatos de la iglesia y contra el mismo Dios. Prefiere estar para siempre junto a María, aúnen el infierno, en los *abismos de la eternidad*.

Pero el destino implacable le persigue: María le rechaza espantada de su sacrilegio. Y Dios, haciendo uso de esa «ira de una divinidad caprichosa» que Valera juzgaba como inexistente en la Literatura española, le castiga sin la menor piedad. Castigo cruel: no la muerte, que Salvador ha despreciado, sino la separación definitiva, irrevocable, por toda la eternidad. El cisne blanco que se eleva volando del lago y se aleja después de cantar «con una dulzura y tristeza infinitas» es el alma de María que se aleja para siempre de Salvador, que, ¡suprema ironía!, aparece personificado en el hábito que despreció y del cual quiso desprenderse. El hábito permanece por siempre junto al lago, mientras el cisne se alza a los cielos.

*El Lago de Carucedo*, es, como hemos visto, un desarrollo del tema central del drama romántico subversivo: el amor destruido por un destino injusto. Amor puro, ideal y obsesivo, cuya falta provoca la locura y la rebelión. Rebelión total y absoluta contra la religión y contra Dios, en la que la imagen de la Virgen se transforma en una burla más de una divinidad inmisericorde. Sea éste el auténtico sentimiento de su autor, sea la manifestación de un estado de angustia momentáneo, no cabe duda de que pocos autores románticos estaban más predispuestos por su vida a sentir el peso de un destino caprichoso y cruel. Pacheco, García Gutiérrez, Martínez de la Rosa, Saavedra, Gil y Zárata tuvieron una larga vida y una no despreciable cuota de éxitos y fortunas. El drama de Larra, íntimo y personal, no afectó al éxito profesional del que fue el primer periodista de su tiempo. Pero Gil y Carrasco, herido por la muerte de sus más íntimos, llevando siempre para sí el recuerdo de su amada muerta, a quien tantas veces quiso resucitar en su obra, solitario, enfermo, decepcionado, tal vez, de la literatura, abandonando la poesía casi cinco años antes de su muerte, muerto en soledad y olvidado su cadáver en tierra extraña, es testimonio vivo y real, de la desgracia de un destino aciago y no es de extrañar que esas vivencias afloren, con desesperación y amargura en su obra.



## Índice

<b>Prólogo: Algo más que un libro más, FRANCISCO MACÍAS .....</b>	<b>7</b>
<b>Introducción a una novela ¿satánica?, VALENTÍN CARRERA .....</b>	<b>9</b>
1. La dama berciana del lago .....	9
2. Lecturas sobre el <i>Diluvio Universal berciano</i> .....	12
3. Las ediciones anteriores .....	15
4. Nuestra edición .....	16
Bibliografía esencial .....	18
<b>El Lago de Carucedo (tradición popular) .....</b>	<b>19</b>
Introducción .....	21
I. La primera flor de la vida .....	27
II. La flor sin hojas .....	43
III Yerro y castigo .....	57
Conclusión .....	77
<b>Lecturas .....</b>	<b>79</b>
Tema y Leyenda en <i>El Lago de Carucedo</i> , PAZ DÍEZ-TABOADA .....	81
«Una de aquellas maravillosas consejas»: Ensayo de una novela en <i>El Lago de Carucedo</i> , MICHAEL IAROCCI .....	97
Cuento y drama romántico en <i>El Lago de Carucedo</i> , BORJA RODRÍGUEZ .....	105





